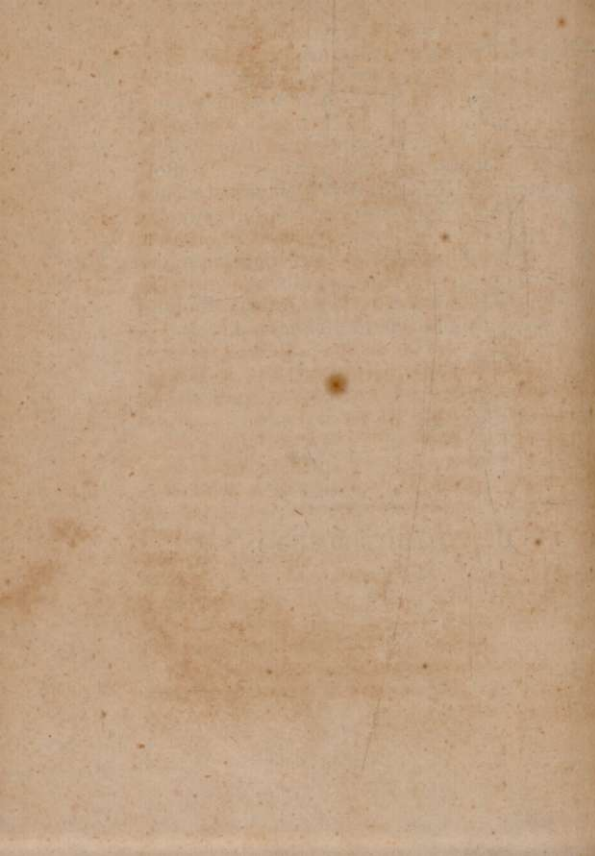








BIBLIOTECA SEVILLANA

EL CABALLERO

de la

CASA ROJA.

**Los suscritores á la BIBLIOTECA SEVI-
LLANA, pagarán 3 rs. por tomo de mas
de 200 páginas, concluida la obra costa-
rá á 4 rs.**

BIBLIOTECA SEVILLANA.

EL CABALLERO

DE LA

CASA ROJA,

por

ALEJANDRO DUMAS.

TOMO 2.

SEVILLA.

**Imprenta de Gomez calle de las Sierpes n. 13,
junto al café del Turco.**

RECEIVED

1864

NOV 15 1864

1864

NOV 15 1864

NOV 15 1864

NOV 15 1864

NOV 15 1864



CAPITULO I

Abnegacion.

El dia siguiente al en que pasaron las Escenas que acabamos de referir, es decir el 1.º de junio á las diez de la mañana, Genoveva estaba sentada en su lugar acostumbrado, cerca de la ventana, preguntándose por qué despues de tres semanas amanecian los dias tan tristes para ella, por qué estos dias pasaban lentamente, y en fin, por qué en lugar de esperar con ansia la tarde, la esperaba ya con espanto.

Sus noches, sobre todo, eran tristes, sus noches que antes eran tan hermosas, esas noches que se deslizaban pensando en la vispera y en el dia siguiente.

En aquel momento sus ojos se fijaron en un magnifico cajon de claveles matizados y

rojos que durante el invierno sacaba de aquel invernadero, donde habia estado encerrado Mauricio para hacerlos abrir en su cuarto.

Mauricio le habia enseñado á cultivarlos en aquel acirrate de caoba en que estaban encerrados, ella los habia regado y limpiado cuidadosamente, mientras Mauricio iba à verla, porque se complacia en manifestarle todas las tardes los progresos que, gracias à los cuidados fraternales de ambos, habia hecho aquellas encantadoras flores durante la noche, pero desde que Mauricio dejó de ir, los pobres claveles habian sido descuidados, y lánguidos, viudos y amarillos inclinaban su cabeza medio marchitos.

Genoveva comprendió solo al verlos la razon de su misma tristeza, y se dijo á si misma que acontecia á las flores lo que á ciertas amistades que cuando se cultivan con pasion, crecen y creciendo esplayan el ànimo y dilatan el corazon; pero llega una hora menguada en que el capricho ó la desgracia corta de raiz la amistad, y el corazon que por esta amistad vivia se comprime y desfallece.

Genoveva sintió entonces la angustia horrible de su corazon; el sentimiento que habia querido combatir y que aun habia esperado vencer, se despertaba mas fuerte

en el fondo de su pensamiento, haciéndole temer que solo moría con aquel corazón; entonces tuvo un momento de desesperación, porque conoció que cada vez era mas impotente para la lucha; inclinó dulcemente la cabeza, besó uno de aquellos botones marchitos y lloró.

En el momento de enjugarse los ojos entró su marido; pero se hallaba este tan entregado á sus propios pensamientos, que no adivinó aquella crisis dolorosa que acababa de experimentar su mujer, ni reparó la rubicundez denunciadora de sus párpados. Verdad es que apenas vió Genoveva á su marido, se levantó vivamente y corrió hácia el, procurando volver la espalda á la ventana para interceptar la escasa luz que á la sazón penetraba por ella.

—Qué hay? dijo á su marido afectando la mayor serenidad.

—Nada de nuevo; es imposible acercarse á ella, imposible hacer llegar nada á sus manos, y hasta imposible verla.

—¿Cómo! esclamo Genoveva, ¡con todo ese ruido que ha habido en París!

—Precisamente ese ruido ha hecho redoblar la vigilancia, temiéndose que á favor de la agitación general se hiciera alguna

tentativa sobre el Temple, y cuando S. M. iba ya á subir á la plataforma, dió orden Santerre para no dejar salir á la reina, ni á madama Isabel, ni á madama real.

—Pobre caballero, qué disgusto tan grande habrá tenido!

—Se puso desesperado cuando vió que se nos escapaba aquella ocasion; se quedó tan pálido que me lo llevé conmigo temiendo que se delatase.

—¿Pero no habia en el Temple ningun municipal conocido tuyo? preguntó Genoveva con timidez.

—Debia haber habido uno pero no fué.

—¿Quién?

—El ciudadano Mauricio Lindey, dijo Dixer en un tono que se esforzaba por hacer indiferente.

¿Y por qué no ha ido preguntó Genoveva, haciendo el mismo esfuerzo sobre si misma.

—Está enfermo.

—¿Enfermo, él?

—Sí, y aun de gravedad; puesto que siendo tan patriota como sabes, se ha visto obligado á ceder á otro su turno.

—Qué lástima!

—Pero, aun cuando hubiese ido, ya comprendes, Genoveva, que hubiera sido lo

mismo; pues, rotas como están nuestras relaciones, acaso hubiera evitado hasta la ocasión de hablarme.

—Creo, amigo mio, dijo Genoveva, que exagera la gravedad de la situación. Mauricio puede tener el capricho de no venir à casa, algunas razones frívolas para no verte; pero no por eso es nuestro enemigo. La frialdad no escluye la política, y estoy segura que al verte ir hacia él, hubiera andado la mitad del camino.

—Genoveva, dijo Dixmer, para lo que esperábamos de Mauricio, se necesitaba más que política; pues acaso no era demasiado una amistad real y profunda. Ahora bien, esa amistad no existe, qué esperanzas podemos ya tener por este lado?

Y Dixmer lanzó un suspiro inclinando la frente casi siempre tan tranquila.

—Pero si consideras, dijo tímidamente Genoveva, à Mauricio tan necesario à tus proyectos...

—Es decir, respondió Dixmer, que desespere llevarlo à cabo sin él.

—Pues bien, ¿entonces por qué no haces otra tentativa para renovar la amistad del ciudadano Lindey?

Creía Genoveva que llamando à Mauricio por su apellido, la entonación de su voz

era menos tierna que cuando le nombraba con su nombre de bautismo.

—No, no puede ser, dijo Dixmer meneando la cabeza; ya he hecho cuanto podia hacer: cualquiera otra jestion pareceria singular y despertaria necesariamente sus sospechas; no, Genoveva; ademas yo veo mas lejos que tú en este asunto: hay una llaga en el fondo del corazon de Mauricio.

—Una llaga? preguntó Genoveva conmovida, Oh! ¡Dios mio! ¿qué quieres decir con eso? Habla, esposo mio, habla.

—Quiero decir, y tú estás tan convencida como yo de esto, que hay en nuestro rompimiento con el ciudadano Lindey algo mas que un capricho.

—¿Pues á qué atribuyes entonces este rompimiento?

—Al orgullo tal vez, dijo vivamente Dixmer.

—Al orgullo!...

—Si, acaso creeria ese semiaristócrata, que bajo su patriotismo conserva todas sus susceptibilidades, acaso creeria, digo, que nos hacia demasiado honor en concedernos su amistad á nosotros fabricantes de pieles, tal vez habremos faltado en algo á ese republicano omnipotente en su seccion, en su club y en su municipalidad.

—Pero, aun cuando así hubiese sido, replicó Genoveva, me parece que el paso que has dado debía ser suficiente para rehabilitarle á sus ojos y dejarle satisfecho.

—Si, suponiendo que hubiese recibido el agravio de mí, pero si por el contrario lo hubiese recibido de ti....

—¿De mí? ¿Cómo puedes suponer que haya yo agraviado en nada á M. Mauricio? dijo Genoveva llena de asombro.

—Oh! quien sabe, con un carácter como el suyo... Además, ¿no has sido tú la primera en acusarle de caprichoso? Insisto, pues, en lo que ya te he dicho, creo que has hecho mal en no escribir á Mauricio.

—Yo! exclamó Genoveva, cómo puedes pensar en semejante cosa?

—No solamente pienso ahora, sino que en las tres semanas que hace ya dura este rompimiento, no he pensado en otra cosa?

—Y....? preguntó timidamente Genoveva.

—Y considero este paso como indispensable.

—¿Oh! exclamó Genoveva, no, no, Dixmer, no exijas eso de mí.

Ya sabes, Genoveva, que jamás exijo nada de ti, te suplico solamente. Pues bien, ya lo sabes, te suplico que escribas al ciudadano Mauricio.

=Pero... exclamò Genoveva.

—Escucha, replicò Dixmer, interrumpiéndola; ó existen entre ti y Mauricio graves motivos de indisposicion, porque en cuanto á mi jamás se ha quejado de mi proceder, ó tu enfado con él provine de alguna niñería.

Genoveva no contestó.

—Si una puerilidad es causa de ese enfado, locura seria por parte tuya eternizarlo, si tiene por causa un motivo serio, debes comprender que en la situacion en que nos hallamos, no podemos ya contar con nuestra dignidad ni aun con nuestro amor propio. Créeme, Genoveva; no debemos poner en la balanza el enfado pueril de jóvenes con intereses inmensos. Has un esfuerzo sobre ti misma, escribe una palabra al ciudadano Mauricio Lindey y volverá.

Genoveva reflexionó un instante.

Pero ¿no podriamos, dijo, hallar un medio menos comprometido para renovar nuestras relaciones con M. Mauricio?

¿Comprometido dices? Creo por el contrario que es un medio muy natural y sencillo el que te propongo.

—Para mi no lo es, amigo mio.

—Eres terca de veras, Genoveva.

—Confiesa á lo menos que esta es la primera vez que lo notas.

Dixmer, que estrejaba su pañuelo entre sus manos hacia algunos instantes, enjugó su frente bañada en sudor.

—Si, dijo, y hé ahí por qué se aumenta mi admiración.

—Dios mio! exclamó Genoveva, es posible, Dixmer, que no comprendas las causas de mi resistencia y que quieras obligarme á hablar?

Y dejó caer su cabeza sobre su pecho y los brazos á los lados, como si con las palabras que acababa de pronunciar hubiese agotado todas sus fuerzas.

Dixmer hizo al parecer un esfuerzo violento sobre si mismo, tomó la mano de Genoveva, le obligó á levantar la cabeza y mirándola atentamente prorrumpió en una carcajada que hubiera parecido forzada á Genoveva, si ella misma hubiese estado menos agitada en aquel momento.

—Veo lo que es, dijo en verdad que tenéis razon. Yo estaba ciego. Con todo tu talento, Genoveva, con toda tu penetración te has dejado llevar de una vulgaridad: has temido que Mauricio se enamorára de ti.

Genoveva sintió penetrar hasta su corazón un frio mortal. Aquella ironia de su marido respecto al amor que Mauricio es-

perimentaba por ella, amor, cuya violencia podia ella apreciar debidamente conociendo el carácter impetuoso de Lindey, amor, en fin, de que ella misma participaba, por mas que no tuviese otros indicios que sus sordos remordimientos, aquella ironia, decimos, la dejó como petrificada; así que no tuvo siquiera fuerzas para mirar á su marido, y conoció que le seria imposible contestar.

—He acertado, no es verdad? replicó Dixmer. Pues bien, tranquilízate, Genoveva, conozco á Mauricio, y sé que es un republicano terrible que abriga en su corazon otro amor que el de la pátria.

—Estás seguro de lo que dices? exclamó Genoveva.

—Sin la menor duda, contestó Dixmer; si Mauricio te amára, en lugar de enojarse conmigo, hubiera redoblado su atencion y sus miramientos para con el hombre á quien trataba de engañar. Si Mauricio te amara, no habria renunciado tan fácilmente á ese título de amigo de la casa, con cuyo auxilio se cubren ordinariamente esta clase de traiciones.

—Por tu honor y por el mio, te suplico que no te burles de semejantes cosas.

—Yo no me burlo, Genoveva, te digo que Mauricio no te ama, y nada mas.

—Y yo, yo, exclamó Genoveva ruborizada, te digo que te engañas.

—En ese caso, replicó Dixmer, Mauricio que ha tenido el suficiente valor para retirarse antes que engañar la confianza de su huésped, es un hombre honrado, y como son tan raros esta clase de hombres, jamás haremos demasiado por renovar su amistad. Genoveva, escribirás á Mauricio, no es verdad?

—Oh, Dios mío! exclamó la jóven; dejando caer su cabeza entre sus dos manos, porque el hombre con quien contaba para apoyarse en el momento del peligro le faltaba de repente y la precipitaba en lugar de contenerla.

Dixmer la miró un instante y esforzándose despues por sonreirse, dijo:

—Ea, querida, á un lado el amor propio de mujer: si Mauricio intentára hacerte alguna otra declaracion, te reirás de ella como has hecho con la primera. Te conozco demasiado; sé que tienes un corazón noble y digno, y estoy seguro de tu fidelidad.

—Oh; exclamó Genoveva dejándose deslizar de modo que una rodilla tocó en tierra. Oh, Dios mío! Quién puede estar seguro de los demas, cuando nadie lo está de si mismo?

Dixmer se quedó pálido como si toda su sangre se retirara á su corazón.

—Genoveva, dijo, he hecho mal en acerte pasar por todas las angustias que acabas de experimentar. Hubiera debido decirte desde luego Genoveva estamos en la época de los grandes sacrificios, y he consagrado á la reina, nuestra bienhechora, no solamente mi brazo, no solamente mi cabeza, sino tambien mi felicidad; otros le darán su vida. Yo haré mas que darle mi vida, yo arriesgaré mi honor, si perece, no será sino una lágrima mas en ese océano de dolores que amenaza tragarse á la Francia; pero mi honor no arriesga nada cuando está bajo la salvaguardia de una muger como Genoveva.

Por primera vez en su vida Dixmer acababa de revelarse enteramente y tal cual era.

Genoveva irguió la cabeza, fijó en él sus hermosos ojos llenos de admiracion, se levantó lentamente y le presentó su frente para que la besara.

—Lo quieres? dijo.

Dixmer hizo una señal afirmativa.

—Dicta entonces, añadió Genoveva tomando una pluma.

—No por cierto, dijo Dixmer, no debemos abusar de ese jóven honrado; puesto

que se reconciliará con nosotros cuando reciba la carta, Genoveva, y no Dixmer, debe escribirle esa carta.

Dixmer volvió á besar á su mujer en al frente, le dió las gracias y salió.

Entonces Genoveva escribió con mano trémula:

«Ciudadano Mauricio.

Bien sabéis cuanto os amaba mi marido. Tres semanas de separacion que nos han parecido un siglo os lo han hecho olvidar? Venid, os esperamos; vuestra vuelta será para nosotros una verdadera fiesta.

Genoveva.»

CAPITULO II.

La Diosa Razon.

auricio continuaba gravemente enfermo, segun habia mandado á decir en el dia anterior al general Santerre. Desde que guardaba cama, Lorin habia

ido á verle con frecuencia, haciendo cuanto podia para determinar alguna distraccion; pero Mauricio se habia opuesto tenazmente. Hay enfermedades de las que no queremos curarnos.

A la una del dia 1.º de junio entró Lorin en la alcoba de Mauricio. Al verle este le preguntó:

—Qué hay de particular hoy, que vienes tan elegante?

En efecto, Lorin llevaba el vestido de rigor: gorro colorado, carmañola, y cinturón tricolor adornado con esos dos instrumentos que se llamaban entonces las vinajeras del abate Maury, y que antes y despues se llamaron simplemente pistolas.

—En primer lugar, dijo Lorin, generalmente hablando, hay el deshielo de la Gironda que está próximo á ejecutarse, pero tambor batiente. En este momento, por ejemplo, se están calentando las balas rojas en la plaza de Carrousel; despues, particularmente hablando, hay una gran solemnidad á la cual te convido para pasado mañana.

—Pero para hoy; qué hay? Vienes á buscar me?

—Si; hoy tenemos el ensayo.

—Qué ensayo?

—El ensayo de la gran solemnidad.

—Amigo mio, dijo Mauricio, tu sabes que hace ocho dias que no salgo á la calle, y por consiguiente, no estoy al corriente de nada y necesito ser informado.

—Como! no lo he dicho ya?

—No me has dicho nada,

—En primer lugar, querido, y¿ sabias que habiamos suprimido á Dios por algun tiempo, y que lo hemos reemplazado por el Ser Supremo.

Si, sé eso.

—Pues bien; parece que se ha caido en la cuenta de una cosa; y es, que el Ser Supremo era un moderado, un rolandista, un girondino.

—Lorin, no te burles de las cosas santas; ya sabes que no me gusta eso.

—Que quieres, querido, es preciso ir con el siglo. Yo tambien amaba mucho al antiguo Dios, aunque no fuera mas que porque ya estaba acostumbrado á él; pero en cuanto al Ser Supremo parece que hay efectivamente motivos de queja, pues desde que está allá arriba, todo sale al revés; en fin, nuestros legisladores han decretado su destitucion.

Mauricio se encogió de hombros.

—Encójete de hombros todo lo que quieras, dijo Lorin. Entre tanto nosotros.

Partidarios del Dios Memus,
Mandamos que la locura
Tenga su culto in partibus.

De modo, continuó Lorin, que vamos á adorar á la diosa Razon.

=Y te mezclas tú en todas esas mascaradas dijo Mauricio.

—Ah! amigo mio; si conocieras á la diosa Razon como yo la conozco, serias uno de sus mas decididos partidarios. Ea, quiero dártela á conocer, te presentaré á ella.

—Déjame en paz con todas tus locuras, estoy triste, bien lo sabes.

—Una razon mas para que vengas, ella te distraerá, es muy buena muchacha. Pero, calla! si tu tambien conoces á la austera diosa que los parisienses van á coronar de laurel y á pasear en un carro de papel dorado. Es... adivínalo ..

—Cómo quieres que adivine?

—Es Artemisa.

—Artemisa? dijo Mauricio queriendo recordar aquel nombre.

—Si, una morena alta, que te hice conocer el año pasado... en el baile de la Opera, por mas señas, que viniste á cenar con nosotros y la emborrachaste.

—¡Ah! si, es verdad, respondió Mauricio, ya me acuerdo; ¿y es ella?

La que reúne mas probabilidades. La he presentado al concurso: todos los Termópilas me han prometido sus votos. Dentro de tres dias se verifica la elección general. Hoy se dá la comida preparatoria, hoy derramamos el vino de Champaña, acaso pasado mañana derramarémos sangre. Pero que se derrame lo que quiera. Artemisa será diosa ó me lleva el diablo. Vamos, ven, la haremos ponerse su túnica.

=Gracias. Siempre me han repugnado esa clase de cosas.

—El vestir á las diosas! Cáspita! no eres poco escrupuloso. En fin, si esto puede distraerte, yo le pondré la túnica, y tu se la quitarás.

—Lorin! estoy enfermo, y no solo no puedo estar alegre, sino que me hace daño la alegría de los demás.

—Me asustas, Mauricio; tú ya no te bates, tú no ries; conspiras por casualidad?

—Yo? Plugiera á Dios!

=Querrás decir, plugiera á la diosa Razon!

—Déjame, Lorin, no puedo, ni quiero salir; estoy en cama y no me levantaré.

Lorin se rasca la oreja.

—Bueno! dijo, veo lo que hay.

—Y que ves?

—Veo que esperas á la diosa Razon.

—Pardiez! exclamó Mauricio, los amigos poetas son bien incómodos é importunos; marcha, ó te lleno de imprecaciones, á ti y á tu diosa.

—Bueno, bueno...

Mauricio levantaba la mano para maldecir, cuando fué interrumpido por su oficioso que entraba en aquel momento, portador de una carta para el ciudadano su hermano.

—Ciudadano Agesilao, dijo Lorin, entras en mala hora; tu amo iba á encolerizarse.

Mauricio dejó caer su mano que estendió negligentemente hácia la carta; pero apenas la tocó se estremeció, y acercándola ávidamente á sus ojos devoró con la vista la letra y el sello, y poniéndose pálido como si fuera á desmayarse, rompió el sello.

—Hola! hola! murmuró Lorin, parece que se anima el enfermo.

Mauricio no oía ya, leía con toda su alma los cuatro renglones de Genoveva. Después de haberlos leído, volvió á leerlos dos, tres, cuatro veces; después se limpió la frente y dejó caer sus manos, mirando, á Lorin con aire de estupidez.

—Diablo! dijo Lorin, parece que esa carta contiene grandes noticias.

Mauricio volvió á leer la carta por la quinta vez, y un vivo carmin animó su rostro.

Sus ojos secos se humedecieron, un profundo suspiro dilató su pecho, después olvidando de repente su enfermedad y la debilidad consiguiente á ella, se lanzó fuera de la cama.

—Mi ropa! exclamó al oficioso estupefacto, mi ropa, mi querido Agesilao! Ah! mi pobre Lorin, mi buen Lorin, la esperaba todos los días; pero ya casi habia perdido las esperanzas. Venga un pantalon blanco, una camisa de pechera; quiero peinarme y afeitarme ahora mismo.

El oficioso se apresuró á ejecutar las órdenes de Mauricio, le peinó y le afeitó en un abrir y cerrar de ojos.

—Voy á verla! voy á verla! exclamó el jóven. Lorin, hasta ahora no he sabido lo que era la felicidad.

—Mi pobre Mauricio, dijo Lorin, creo que tienes necesidad de hacer la visita que te aconsejaba.

—Oh! mi querido amigo, exclamó Mauricio, perdóname, porque he perdido mi razón.

—En ese caso te ofrezco la mia, dijo Lorin riéndose con este juego de vocablos.

Lo mas admirable fué que tambien se rió Mauricio: sin duda la felicidad le habia hecho ya menos escrupuloso. Hizo mas. Cortó un pie de naranjo cubierto de flores y dijo á Lorin:

—Toma, ofrece de mi parte este ramo á la digna viuda de Mausoleo.

—Enhorabuena! dijo Lorin, esto es lo que se llama una bella galanteria: así, pues te perdono. Por otra parte, me parece que estás enamorado y yo profeso siempre el mas profundo respeto á los grandes infortunios.

—Sí, estoy enamorado, exclamó Mauricio, cuyo corazon palpitaba de alegría; estoy enamorado, y ahora puedo confesarlo, puesto que ella me ama; porque cuando me escribe es prueba de que me ama, no es verdad, Lorin?

—Sin duda, respondió el adorador de la diosa Razon; pero ándate con cuidado, Mauricio, porque te confieso que tu alegría me causa miedo...

Muchas veces de una Egeria
el amor mas encendido,
no es mas que traicion villana
del tiranuelo cupido.
Cabe la muger mas cuerda
pierde el hombre los estribos,
ama, cual yo, á la Razon
y conservarás tu juicio.

—Bravo! bravo! exclamó Mauricio batiendo las palmas.

Y echando á correr, bajó la escalera de

cuatro en cuatro escalones; llegó al muelle y tomó la dirección tan conocida de la antigua calle de San Jacobo.

—Creo que me ha aplaudido, Agesilao? preguntó Lorin.

—Sí, ciudadano, y no es extraño, porque es muy bueno lo que acabas de decir.

—Entonces, está mas enfermo de lo que yo creia, dijo Lorin.

Y á su vez bajó la escalera, pero con paso mas tranquilo. Artemisa no era Genoveva.

Apenas se halló Lorin en la calle de San Honorato, él y su naranjo en flor, multitud de jóvenes ciudadanos á quienes, segun la disposición de su espíritu, acostumbraba á dar décimas ó puntapiés por debajo de la carmañola, le siguieron respetuosamente, tomándole sin duda por uno de esos hombres virtuosos, á quienes Saint-Just habia propuesto que se diese un vestido blanco y un ramo de flores de naranjo.

Como el acompañamiento iba creciendo por instantes, pues tan rara cosa era, aun en aquella época, un hombre virtuoso, ascendió á muchos miles el número de jóvenes ciudadanos que presenciaron el solemne acto de entrega del ramo á Artemisa, homenaje que enfermó de envidia á otras muchas razones.

En aquella misma tarde corrió por Paris

la famosa cancion:

Viva la diosa Razon,
Llama pura, dulce luz.

Y como ha llegado hasta nosotros sin nombre de autor, lo cual ha ejercitado mucho la sagacidad de los arqueólogos revolucionarios, casi nos atrevemos á asegurar que fué hecha para la bella Artemisa por nuestro amigo Jacinto Lorin.

CAPITULO III.

El hijo pródigo.

Si hubiera tenido alas Mauricio, no hubiera corrido tanto. Las calles estaban llenas de gente; pero Mauricio no reparaba en esta multitud, sino porque retardaba su carrera; decíase en todos los grupos que la Convencion estaba sitiada, que la

magestad del pueblo estaba ofendida en sus representantes á quienes se impedía salir, y esto tenia alguna probabilidad; porque se oia el toque de arrebato y los cañonazos de alarma.

Pero qué importaban en aquel momento á Mauricio los cañones y las campanas? Qué le interesaba á él que los diputados pudieran ó nó salir, cuando la prohibicion no se estendia hasta él? Corria, y no cuidaba de otra cosa, y corriendo, se figuraba que Genoveva le esperaba asomada á la ventana que daba al jardín, á fin de enviarle desde lo mas lejos que pudiera verle, su mas encantadora sonrisa.

Dixmer, sin duda, estaba prevenido tambien de aquella feliz vuelta, é iba á presentar á Mauricio su tosca mano, tan franca y tan leal, cuando estrechábala un amigo.

Mauricio amaba aquel dia á Dixmer y hasta á Morand y sus cabellos negros y sus anteojos verdes, bajo los cuales habia creido ver hasta entonces brillar una mirada hipócrita.

Amaba á toda la creacion, porque era feliz; de buena gana hubiera arrojado flores sobre la cabeza de todos los hombres, á fin de que todos los hombres fueran felices como él.

Sin embargo, el pobre Mauricio se en-

gañaba en sus esperanzas; se engañaba, como sucede de veinte veces, diez y nueve, al hombre que cuenta con su corazón y según su corazón.

En lugar de aquella dulce sonrisa que Mauricio esperaba, y que debía acogerle desde lo más lejos que fuera visto, Genoveva había prometido no mostrar á Mauricio más que una política fría, débil muralla que oponía al torrente que amenazaba invadir su corazón.

Habíase retirado á su aposento del primer piso y no debía descender al bajo hasta que no la llamaran.

Ay! se engañaba. Solo Dixmer no se engañaba, acechaba á Mauricio detrás de una reja y se sonreía irónicamente.

El ciudadano Morand tenía tranquilamente de negro algunas colillas que debía aplicar sobre pieles de gato blanco para hacer de ellas armiño.

Mauricio empujó la puerta del jardín, y esta como en otro tiempo, hizo oír su campanilla de una manera particular que indicaba que Mauricio era quien la abría.

Genoveva, que estaba de pie delante de su ventana cerrada, se estremeció y dejó caer la cortina que tenía entreabierta.

La primera sensación que experimentó Mauricio al entrar en casa de su huésped,

fué un gran desaliento; no solamente no le esperaba Genoveva en su ventana del piso bajo, sino que al entrar en aquella sala, donde se habia despedido de ella, no la vió y tuvo necesidad de hacerse anunciar, como si durante aquellas tres semanas de ausencia, se hubiese hecho una persona estrana.

Su corazon se oprimió.

Dixmer fué el primero á quien vió Mauricio; Dixmer, que corriendo exalado hácia él le estrechó entre sus brazos dando gritos de alegría.

Entonces bajó Genoveva: habiase golpeado las mejillas con su cuchillo de nácar para llamar á ellas la sangre; pero apenas habia bajado los veinte escalones; cuando este carmin forzado habia desaparecido refluendo hácia el corazon.

Mauricio vió aparecer á Genoveva en la penumbra de la puerta; se acercó sonriendo para besarla la mano, y solamente entonces pudo observar cuan demudada estaba.

Ella por su parte notó con espanto lo mucho que habia enflaquecido Mauricio, así como la luz brillante y febril de su mirada.

—Al fin venis: señor? le dijo con una voz cuya emocion no pudo dominar.

Habia pensado decirle con aire de indiferencia.

—Buenos dias, ciudadano Mauricio; ¿por qué os vendeis tan caro?

La variante pareció todavía fria á Mauricio, y sin embargo, que diferencia!

Dixmer puso término á los exámenes prolongados y á las recriminaciones reciprocas mandando servir la comida, pues eran cerca de las dos.

Al pasar al comedor, notó Mauricio que le habian puesto su cubierto.

Entonces llegó el ciudadano Morand con su levita color de castaña, con el mismo chaleco, con sus anteojos verdes, con sus mechones negros y su pechera blanca. Mauricio se mostró todo lo afectuoso que pudo delante de aquel conjunto que al verlo le inspiraba infinitamente menos temor que cuando estaba ausente.

En efecto, ¿qué probabilidad habia de que Genoveva amase á aquel químico? Preciso era estar muy enamorado, y por consiguiente, muy loco para creer en semejantes parruchas.

Por otra parte, Mauricio habria escogido muy mal la ocasion de mostrarse celoso, teniendo, como tenia, en su bolsillo la carta de Genoveva, y latiendo de alegría debajo de esta carta su corazon enamorado.

Genoveva habia recobrado su serenidad: pues la organizacion de las mujeres es ta...

rara, que el presente puede casi siempre borrar en ellas los vestigios de lo pasado y las amenazas del porvenir.

Al hallarse feliz Genoveva, volvió á sentirse dueña de si misma, esto es, á estar tranquila y fria aunque afectuosa; otra diferencia que Mauricio no podia comprender. Lorin hubiera encontrado su explicacion en Parny, en Berlin, ó en Gentil-Bernard.

La conversacion giró sobre la diosa Razon, sobre la caida de los girondinos y sobre el nuevo culto que hacia recaer la herencia del cielo en las hembras, pues estas tres cosas eran los acontecimientos mas importantes del dia. Dixmer manifestó que se hubiera alegrado mucho que hubiesen concedido á Genoveva aquel inapreciable honor. Mauricio se sonrió de la ocurrencia; pero al ver á Genoveva adherirse á la opinion de su marido, no pudo menos de mirar á los dos con cierto asombro; pues no comprendia que el patriotismo pudiera estraviar hasta ese punto una cabeza tan bien organizada como la de Dixmer, y una naturaleza tan poética como la de Genoveva.

Morand desenvolvió una teoria de la mujer politica, citando los ejemplos de Theroigne de Mericourt, heroína del 10 de agosto, y de Mme. Roland, alma de la Gironda. Despues lanzó al paso algunas palabras con-

tra las mujeres que se ocupan solo de hacer calcetas. Estas palabras hicieron sonreír á Mauricio, y sin embargo, eran crueles chanzonetas contra aquellos patriotas á quienes se dió mas tarde el nombre hediondo de lame-guillotinas.

—Ah! ciudadano Morand, dijo Dixmer; respetemos el patriotismo, aun cuando le veamos estraviado.

—Por lo que hace á mí, dijo Mauricio, en materia de patriotismo creo que las mujeres son siempre bastante patriotas, cuando no son demasiado aristócratas.

—Teneis mucha razon, dijo Morand; yo confieso francamente que tan despreciable es para mí una mujer que afecta modales de hombre, como cobarde es un hombre que insulta á una mujer, aun cuando sea su mas cruel enemiga.

Morand acababa de traer naturalmente á Mauricio á un terreno delicado. Mauricio habia contestado á su vez con una señal afirmativa; la liza estaba abierta; entonces Dixmer, como un heraldo que toca la trompa, añadió:

—Poco á poco, ciudadano Morand; supongo que esceptuais á las mujeres enemigas de la nacion.

Un silencio de algunos segundos siguió á esta réplica, dada á la contestacion de Mo-

rand, y á la señal de Mauricio.

Mauricio fué quien rompió este silencio.

—No escuipitamos á nadie, dijo tristemente, ay! creo que están demasiado castigadas ya las mujeres que han sido enemigas de la nacion.

—Quereis hablar sin duda de las prisioneras del Temple, de la austriaca, de la hermana y de la hija de Capeto, exclamó Dixmer con una volubilidad que quitaba toda espresion á sus palabras.

Morand se puso pálido esperando la respuesta del jóven municipal, y cualquiera que hubiera podido ver en aquel momento la mano que tenia aplicada al corazon, habria dicho que sus uñas iban á trazar un surco en su pecho.

—Justamente, dijo Mauricio; de ellas hablo.

—Cómo! dijo Morand con voz alterada, es cierto lo que dicen, ciudadano Mauricio?

—Y qué dicen? preguntó el jóven.

—Que las prisioneras son cruelmente maltratadas muchas veces por aquellos mismos, cuyo deber seria protegerlas.

—Hay hombres, dijo Mauricio, que no merecen el nombre de tales. Hay cobardes que no habiéndose batido nunca, necesitan atormentar á los vencidos para persuadirse á sí mismos de que son vencedores.

—Oh! vos no sois de esos hombres, Mauricio, estoy muy segura de ello, exclamó Genoveva.

—Señora, respondió Mauricio, yo que os hablo, he mandado la guardia que se situó al lado del cadalso en que pereció el rey difunto. Allí me hallaba yo con sable en mano para matar á cualquiera que hubiese querido salvarle. Sin embargo, cuando llegó cerca de mí, me quité, á pesar mio, el sombrero, y volviéndome hácia mis soldados: «Ciudadanos, les dije, os prevengo que atravesaré con mi espada al primero que se atreva á insultar al ex-rey.» Oh! desafío á cualquiera que diga si salió un solo grito de mi compañía: Yo fui tambien quien escribió el primero de los diez mil carteles que se fijaron en Paris cuando el rey volvió de Varennes. «El que salude al rey será apaleado, y el que le insulte ahorcado.» Ahora bien, continuó Mauricio, sin advertir el terrible efecto que estas palabras producian en la asamblea; yo que he probado que soy un patriota franco, que detesto á los reyes y á sus partidarios, declaro que, á pesar de mis opiniones, que no son otra cosa que convicciones profundas; á pesar de la certidumbre que tengo de que toca á la austriaca una buena parte en las desgracias que asolan á la Francia, jamás, jamás

hombre alguno, aunque sea el mismo Santerre, insultará á la ex-reyna en mi presencia.

—Ciudadano, interrumpió Dixmer meneando la cabeza, como si desaprobára semejante atrevimiento, sabeis que es preeiso que esteis muy seguro de nosotros para decir semejantes cosas en nuestra presencia?

—En vuestra presencia y en la de todo el mundo, Dixmer, y añadiré: ella perecerá tal vez en el cadalso de su marido, pero yo no soy de aquellos hombres á quienes una mujer causa miedo, y respetaré siempre todo lo que es mas débil que yo.

—Y la reina? preguntó timidamente Genoveva, ¿os ha manifestado algunas veces, M. Mauricio, que era sensible á esa delicadeza á que no está acostumbrada?

—La prisionera, señora, me ha dado muchas veces las gracias por las consideraciones que guardo con ella.

—¿En ese caso debe ver con gusto llegar vuestro turno de guardia?

—Asi lo creo, respondió Mauricio.

—Entonces, dijo Morand temblando como una mujer, puesto que confesais lo que nadie se atreve ya á confesar, es decir que teneis un corazon generoso, ¿tampoco perseguireis á los niños?

—Yo! dijo Mauricio; preguntad al infame

Simon lo que pesa el brazo del municipal en cuya presencia tuvo la audacia de castigar al niño Capeto.

Esta respuesta produjo un movimiento espontáneo en la mesa de Dixmer; todos los convidados se levantaron respetuosamente, á escepcion de Mauricio que no sospechaba que él era la causa de aquel impulso de admiracion.

=Y bien, qué hay? preguntó con asembro.

=Creia que llamaban en la fábrica, respondió Dixmer.

—No, no, dijo Genoveva tambien yo lo habia creido; pero nos hemos equivocado.

Y cada uno volvió á ocupar su asiento.

—¿Conque sois vos, ciudadano Mauricio, dijo Morand con voz trémula, conque sois vos el municipal de quien tanto se ha hablado, y que ha defendido tan noblemente á un niño?

—Han hablado de mí? dijo Mauricio con una ingenuidad casi sublime.

=Oh! qué corazon tan noble y generoso! dijo Morand, levantándose de la mesa para no adelantarse, y retirándose á la fábrica, como si un trabajo urgente reclamara su presencia.

=Sí, ciudadano, respondió Dixmer, sí,

han hablado de vos, y debo decir que todos los hombres honrados y valientes han elegido sin conoceros.

—Y dejémosle desconocido, dijo Geneveva; la gloria que le dariamos, seria una gloria demasiado peligrosa.

De esta suerte, en aquella conversacion singular, cada uno, sin saberlo, habia pronunciado su palabra de heroismo, de abnegacion y de sensibilidad, para que nada faltase, hasta habia resonado el grito del amor.





CAPITULO IV.

Los minadores.

En el momento de levantarse de la mesa avisaron á Dixmer que su escribano le esperaba en su gabinete, escusò-

se con Mauricio, á quien por otra parte acostumbraba á dar semejantes pruebas de confianza, y se dirigió á donde le esperaba su tabelion.

Tratábase de la compra de una casita, situada en la calle de la Corderia, enfrente del jardín del Temple; por lo demas, lo que compraba Dixmer era mas bien un solar que una casa, pues el edificio actual amenazaba ruina, si bien tenia intencion de construirlo de nueva planta.

Asi, pues, no hubo grandes dificultades en entenderse con el propietario, á quien aquella misma mañana habia visto el escribano, quedando convenido en recibir por la venta de su propiedad diez y nueve mil quinientas libras, y dejar completamente desocupada ea todo el dia la casa, donde al siguiente debian hallarse instalados los operarios.

Firmado el contrato se dirigieron Dixmer y Morand con el escribano á la calle de la Corderia, para ver en el acto la nueva adquisicion, pues se habia comprado con esta prévia condicion.

La casa se hallaba situada, poco mas ó ments, donde está hoy el número 20, y constaba de tres pisos y una boardilla. La planta baja habia estado alquilada á un vi-





natero, y poseía cuevas magnificas, que no se descuidó por cierto en elogiar el propietario, porque en efecto eran la parte mas notable de la casa; sin embargo, Dixmer y Morand aparentaron dar poca importancia á estas cuevas, y ambos bajaron como por mera complacencia, á lo que el propietario llamaba sus subteràneos.

Contra la costumbre de los propietarios, aquel no habia mentido; las cuevas eran magnificas; una de ellas se estendia hasta la calle de la Corderia, y se oia desde aquella cueva rodar los carruajes por encima de las cabezas.

Dixmer y Morand manifestaron no hacer grande aprecio de esta ventaja, y aun dijeron que seria preciso cegar las cuevas, que por buenas que fuesen para un almacenista de vino, eran de todo punto inútiles para unos vecinos que pensaban ocupar toda la casa.

Despues de las cuevas pasaron á visitar el primer piso, luego el segundo y en seguida el tercero; desde aqui se dominaba completamente el jardín del Temple, el cual, como de costumbre, estaba invadido por la guardia nacional que disfrutaba su absoluta posesion desde que la reina no se paseaba por él.

Dixmer y Morand reconocieron á su amiga, la viuda de Plumeau, que hacia con su actividad ordinaria los honores de su cantina; pero sin duda no debia ser grande el deseo que tenian de ser reconocidos por ella, puesto que procuraron ocultarse detrás del propietario, que llamaba su atencion sobre las ventajas de aquella vista tan variada como agradable.

El comprador manifestó entonces deseos de ver las boardillas.

El propietario no se habia sin duda anticipado á esta esijencia, porque no llevaba consigo la llave; pero enternecido por el paquete de asignados que le habian enseñado, bajó en el acto á buscarla.

—No me habia engañado, dijo Morand, esta casa nos viene como de molde.

—Y la cueva, que decis de ella?

—Que es un socorro de la Providencia que nos borrarà dos dias de trabajo.

—¿Creeis que esté en la direccion de la cueva de la cantina?

—Se inclina un poco á la izquierda; pero no importa.

—Pero, preguntó Dixmer, ¿cómo podreis seguir vuestra linea subterránea con la seguridad de llegar á donde quereis?

—Tranquilizaos, amigo mio, ese cuidado me pertenece.

—Si diéramos siempre desde aquí la señal de nuestra vigilancia!

—Pero desde la plataforma no podría verla la reina; porque creo que las boardillas están á la altura de la plataforma y aun dudo mucho que lo estén.

—No importa, dijo Dixmer, ó Toulan ó Mauny pueden verla desde un agujero cualquiera, y avisarán á S. M.

Y Dixmer hizo algunos nudos á una cortina de lienzo blanco y la echó fuera de la ventana como si el viento la hubiese empujado.

En seguida como impacientes los dos de visitar las boardillas, salieron á esperar al propietario en la escalera, despues de haber cerrado la puerta del piso tercero, á fin de que aquel no cayera en la tentacion de meter dentro su cortina flotante.

—Las boardillas, como habia previsto Morand, no llegaban siquiera á la altura de la torre, lo cual era al mismo tiempo una dificultad y una ventaja; una dificultad, porque no podian comunicarse por medio de señas con la reina, y una ventaja porque esta imposibilidad alejaba toda sospecha. Las casas altas eran naturalmente las mas vigiladas.

—Será preciso murmuró Dixmer, que por

medio de Mauny, Toulan ó la hija de Tison nos proporcionemos el medio de avisarle que esté alerta.

—Yo cuidaré de eso, dijo Morand.

—Bajaron; el escribano esperaba en el salón con el contrato firmado.

—Está bien, dijo Dixmer, la casa me conviene, entregad al ciudadano las diez y nueve mil quinientas libras convenidas y hacedle firmar.

El propietario contó escrupulosamente la suma y firmó.

—Ya sabes, ciudadano, dijo Dixmer, que la cláusula principal es que la casa me será entregada esta misma noche, á fin de que pueda, desde mañana mismo, colocar á mis operarios.

—Y así lo haré, ciudadano; puedes llevarte las llaves; porque esta noche á las ocho quedará enteramente libre.

—¡Ah! ahora que me acuerdo; dijo Dixmer, no me dijiste, ciudadano escribano, que habia una salida á la calle de Portefoin?

—Sí, ciudadano, dijo el propietario, pero la he mandado cerrar, porque no teniendo mas que un oficioso, el pobre diablo no podia atender al cuidado de las dos puertas. Por lo demas, la salida está condenada de modo que pueda abrirse cuando se quiera

con un trabajo de dos horas. ¿Quereis asegurarnos de lo que digo, ciudadanos?

—Gracias, es inútil, replicó Dixmer, no doy ninguna importancia á esa salida.

Y ambos se retiraron despues de haber hecho al propietario renovar por tercera vez su promesa de dejar la habitacion vacia para las ocho de la noche.

A las nueve volvieron ambos, seguidos á cierta distancia por cinco ó seis hombres, en quienes nadie reparó en medio de la confusion que reinaba en París.

Entraron primero los dos; el propietario habia cumplido su palabra, la casa estaba completamente vacia.

Cerraron las ventanas con el mayor cuidado; echaron lumbres y encendieron las bugias que Morand habia llevado en su bolsillo.

En seguida entraron unos tras otros los cinco ó seis hombres.

Estos eran los convidados habituales del maestro curtidor, los mismos contrabandistas que una noche habian querido matar á Mauricio, y que despues se hicieron amigos suyos.

Cerraron las puertas y bajaron á la cueva.

Esta cueva tan despreciada por el dia habia llegado á ser por la noche la parte mas importante de la casa.

Como habia dicho muy bien el propietario, se oia rodar los coches por enci-

ma de la cabeza, lo que probaba que estaban efectivamente debajo de la calle.

Desde luego taparon todos los agujeros por donde una mirada curiosa pudiese es-
cudriñar la parte interior de la casa.

En seguida Morand puso de pié un tonel vacío y sobre un papel trazó con lápiz unas líneas geométricas.

Mientras trazaba estas líneas, sus compañeros conducidos por Dixmer, salían de la casa, seguían la calle de la Corderia, y en la esquina de la de Beauce, se pararon delante de un carro cubierto. Dentro de este carro había un hombre que distribuyó silenciosamente á cada uno un instrumento de gastador á uno una palanca, á otro una piqueta; á este una pala, á aquel un azadón. Cada uno ocultó el instrumento que le habían dado, unos debajo de sus blusas y otros bajo las capas. Se encaminaron en seguida á la casa y el carro desapareció.

Morand había acabado su trabajo y se dirigió á un rincón de la cueva.

—Aquí, dijo, cabad.

Los operarios pusieron inmediatamente manos á la obra.

La situación de las prisioneras del Temple era cada vez mas grave y sobre todo

mas dolorosa. Por un instante habian recobrado alguna esperanza la reina, Mme. Isabel y Mme. Real, pues movidos á compasion los municipales, Toulan y Lepitre, habian manifestado tomarse algun interés por las augustas prisioneras. Al principio, poco habituadas á estas muestras de simpatia, habian desconfiado: pero cuando se espera, dura poco la desconfianza. Por otra parte qué podrá suceder á la reina separada de su hijo por la prision y de su marido por la muerte? Ir al cadalso como él, suerte que hacia largo tiempo tenia delante y á la cual se habia ya acostumbrado. La primera vez que tocó estar de guardia á Toulan y Lepitre, la reina les suplicó que si era cierto que se interesaban por su suerte, le contasen los detalles de la muerte del rey, tristisima prueba á que sometia su adhesion y lealtad. Lepitre habia asistido á la ejecucion y accedió á los deseos de la reina.

—Esta pidió ademas los periódicos que hablaban de la ejecucion. Lepitre prometió traérselos en la próxima guardia, cuyo turno tocaba de tres en tres semanas.

En vida del rey habia en el Temple cuatro municipales; pero despues de su muerte no quedaron mas que tres; uno que ve-

laba de día y dos que belaban de noche. Toulán y Lepitre invitaron entonces una astucia para estar siempre de guardia juntos y de noche.

Las horas de guardia se sacaban á la suerte, escribiendo en una papeleta la palabra día y en otras dos la palabra noche. Cada uno sacaba una papeleta de un sombrero, y la suerte decidia quién habia de haer la guardia de día y quienes de noche. Cada vez que Lepitre y toulán estaban de servicio, presentaban el sombrero al municipal á quien querian despojar. Este metia la mano en la urna improvisada y sacaba necesariamente una papeleta en que estaba la palabra día. Toulán y Lepitre rompian las otras dos lamentándose de la suerte que les daba siempre el servicio mas fastidioso, es decir, el de la noche.

Cuando la reina estuvo segura de sus dos vigilantes, los puso en relacion con el caballero de la Casa Roja. Entonces se acordó hacer una tentativa de evasion. La reina y Mme. Isabel debian huir, disfrazadas de oficiales municipales con cartas de seguridad que al efecto se les proporcionaria. En cuanto á los dos niños, es decir, á Mme. Real y al jóven Delfín, se habia observado

que el hombre que encendia los quinqués llevaba siempre consigo dos muchachos de la misma edad que la princesa y el príncipe. Quedó, pues, convenido que Turgy, de quien no hemos hablado todavía, se pondría el vestido de aquel hombre y sacaría à Mme. Real y al Deifin.

Diremos en dos palabras quién era Turgy. Era este un antiguo criado de palacio, que pasó al Temple con parte de la servidumbre de las Tullerías, porque el rey no se había descuidado en tener un servicio de mesa bastante organizado. El primer mes costó este servicio treinta ó cuarenta mil francos á la nación; pero, como se deja conocer semejante prodigalidad no podía durar mucho tiempo. El Comun se encargó de poner orden en palacio: despidió à los jefes á los cocineros y á los galopinés, y solo dejó un criado: este era Turgy.

Turgy, pues, era un medianero natural entre las prisioneras y sus partidarios, porque Turgy podia salir, y por consiguiente llevar villetes y traer las respuestas.

Generalmente estos billetes servian de tapon á las botellas de leche de almendra que todos los dias llevaban à la reina y à Mme. Isabel. estaban escritos con limon y las letras permanecian invisibles hasta

que se las acercaba al fuego.

Todo estaba dispuesto para la evacion, cuando un dia se le antojò á Tison encender su pipa con el tapon de una de esas botellas. A medida que ardia el papel vió aparecer caractéres. Apagó el papel medio quemado y llevó el fragmento al consejo del Temple: alli lo acercaron al fuego; pero no se pudieron leer mas que algunas palabras sin sentido, por haber sido reducido á cenizas la otra mitad del papel; pero en cambio reconocieron la letra de la reina.

Interrogado Tison, refirió que creia haber notado algunas muestras de deferencia por parte de Lapitre y de Toulan hácia las prisioneras. Estos fueron denunciados á la municipalidad y no pudieron ya volver al Temple.

Quedaba Turgý: pero se habia despertado en el mas alto grado la desconfianza y jamás se le dejaba solo al lado de las princesas, resultando de esto que ya era imposible toda comunicacion con el exterior.

Sin embargo, un dia dió Madama Isabel á Turgý para que lo limpiára, un cuchillito con mango de oro, de que ella se servia para mondar la fruta. Turgý habia sospechado alguna cosa, y al limpiarlo tiró

del mango y vió que contenía un billete. Este billete era un alfabeto de signos.

Turgy devolvió el cuchillo á Madama Isabel, pero al tiempo de entregárselo, un municipal que estaba presente, se lo arrancó de las manos y examinó el cuchillo quitándole tambien el mango, afortunadamente el billete habia desaparecido, aunque no por eso cejó el municipal de confiscar el cuchillo.

Entonces fué cuando el infatigable caballero de la Casa Roja habia proyectado aquella segunda tentativa, que iban á realizar por medio de la casa que Dixmer acababa de comprar.

Entretanto las prisioneras habian perdido poco á poco toda esperanza. Aquel dia, espantada la reina con los gritos de la calle que llegaban hasta ella, y sabiendo por estos gritos que se trataba de acusar á los girondinos, último sosten del moderantismo, no pudo menos que experimentar una mortal tristeza, porque, muertos los girondinos, la familia real no tenia ya un solo defensor en la Convencion.

A las siete de la noche sirvieron la cena á las princesas. Los municipales examinaron cada plato, como de costumbre desdoblaron una á una todas las servilletas, escudriñaron el pan, el uno con un tene-

dor, y el otro con sus dedos, hicieron cascar hasta las nueces, temerosos de que encerráran en sus entrañas algún villete para las prisioneras? tomadas estas precauciones, invitaron á la reina y á las princesas á sentarse á la mesa con estas simples palabras.

—Viuda Capeto, puedes comer.

La reina hizo un movimiento de cabeza indicando que no tenía hambre; pero en aquel mismo momento Mme. real se acercó á su madre, como si quisiera abrazarla y le dijo en voz baja:

—Sentaos á la mesa, creo que Turgý nos hace señas.

La reina se estremeció y levantó la cabeza. Turgý estaba delante de ella con la servilleta puesta en su brazo izquierdo y la mano derecha en un ojo.

Levantóse entonces al punto la reina sin oponer ninguna dificultad y fué á tomar en la mesa su asiento acostumbrado.

Los dos municipales asistían á la cena; porque tenían orden de no dejar á las princesas un instante solas con Turgý.

Los pies de la reina y los de Mme. Isabel se encontraron debajo de la mesa y no dejaron de tocarse unos á otros durante la cena.

Como la reina se habia colocado delante Turgy, no se la escapò ninguna de las señas que este hizo; por otra parte, eran estas señas tan naturales que no podian inspirar y efectivamente no inspiraron desconfianza alguna á los municipales.

Despues de la cena levantaron la mesa con las mismas precauciones que habian tomado para servirla, recogiendo y examinando hasta los pedazos mas pequeños de pan, despues de lo cual salió Turgy primero y detrás de él los municipales; pero se quedó la muger de Tison.

Esta muger se habia hecho feroz desde que se veia separada de su hija, cuya suerte ignoraba completamente. Siempre que la reina abrazaba á madama real, era acometida de un acceso de rabia que se asemejaba á locura, y por lo mismo la reina, cuyo corazon maternal comprendia aquellos dolores de madre, se contenia frecuentemente cuando iba á gozar el consuelo, único que la quedaba, de estrechar á su hija contra su corazon.

Tison vino á buscar á su mujer; pero esta declaró que no se retiraria hasta que no se hubiese acostado la viuda de Capeto.

Entonces Mme. Isabel dió las buenas noches á la reina, y entró en su aposento.

La reina se desnudó y se acostó, así como madama real, y solo entonces la mujer de Tison tomó la bugia y se retiró.

Los municipales estaban ya acostados en sus camas de cordeles en el corredor.

La luna; esa pálida visitadora de las prisioneras, deslizaba un rayo diagonal que iba desde la ventana hasta el pié del lecho de la reina.

Durante un momento todo permaneció tranquilo y silencioso en la estancia. Despues, una puerta girò dulcemente sobre sus goznes: una sombra atravesó por el rayo de luz y se acercó á la cabecera de la cama. Esta era Mme. Isabel.

—Habeis visto? dijo en voz baja.

—Si, respondió la reina.

—Y habeis comprendido?

—Tambien, que no puedo creerlo.

En primer lugar se ha tocado un ojo para indicarnos que habia algo de nuevo.

Despues se ha pasado la servilleta de su brazo izquierdo al derecho, lo que quiere decir que se ocupan de nuestra libertad.

—Despues se ha llevado la mano á la frente en señal de que el auxilio que nos anuncia viene del interior y no del extranjero.

—Ademas cuaodo le digisteis que no se olvidára mañana de traer la leche de al-

mendra, hizo dos nudos en su pañuelo.

—Segun eso, sigue protejiéndonos el caballero de la Casa Roja, ¡qué corazon tan noble!

—El es, dijo **Mme. Isabel**.

—Dormis, hija mia? preguntò la reina.

—No, madre mia: respondió madama **Real**.

—Entonees rezad por quien sabeis.

Mme. Isabel se volvió sin hacer el menor ruido à su cuarto y durante cinco minutos se oyó la voz de la jóven princesa que hablaba á Dios en el silencio de noche.

Pasaba esto precisamente en el momento en que por indicacion de **Morand** se daban las primeras azadonadas en la casita de la calle de la Corderia.



CAPITULO V.

Nublado.

Si esceptuamos la rápida embriaguez de las primeras miradas, Mauricio no vio cumplida ni una sola de las alhagueñas

esperanzas que habia concebido respecto al recibimiento que se prometia por parte de Genoveva, y contaba con la soledad para ganar el terreno que habia perdido, á que á lo menos creia haber perdido en el camino de sus afecciones.

—Pero Genoveva tenia arreglado su plan, y pensaba no darle la menor ocasion de una entrevista, tanto mas, cuanto que recordaba lo peligrosas que eran, por su misma dulzura estas entrevistas.

Mauricio contaba con el dia siguiente; pero la presencia importuna de una parienta de Genoveva, prevenida sin duda de antemano por ella misma, frustró su proyecto; y tuvo que resignarse suponiendo que Genoveva no tenia la menor culpa en aquella visita.

Al retirarse Mauricio, recibió el encargo de acompañar á la parienta que vivia en la calle de los Fosos de San-Victor.

Mauricio se alejó enfadado, pero Genoveva procuró desarrugar su ceño con una dulce sonrisa, que Mauricio interpretó por una promesa.

Ay! Mauricio se engañaba. Al dia siguiente 2 de junio, dia terrible que vió la caída de los girondinos, Mauricio despidió á su amigo Lorin, que queria llevarle á todo trance á la Convencion, y dió de mano á to-

dos sus negocios para ir á ver á su amiga. La Diosa de la libertad tenia una rival terrible en Genoveva.

Mauricio halló á esta en su gabinete, apacible como siempre y atento con él, pero á su lado habia una jóven camarera, con la cucarda tricolor, marcando pañuelos en el alfeizar de la ventana, y la cual no abandonó su asiento ni un instante.

Mauricio frunció el ceño, lo que observado por Genoveva, redobló sus atenciones; pero como no llevó la amabilidad hasta el punto de despedir á la jóven officiosa, Mauricio se impacientó y se retiró una hora antes que de costumbre.

Todo esto podia ser casualidad; así es que se resignó Mauricio. Por otra parte, en aquella tarde era tan terrible la situacion, que aunque Mauricio vivia hacia ya mucho tiempo fuera de la politica, llegó el rumor hasta él. Necesitábase nada menos que la caída de un partido que habia reinado diez meses en Francia para distraerle un momento de su amor.

Al dia siguiente observó Genoveva la misma conducta, y previéndola Mauricio, habia arreglado su plan de ataque; pero á los diez minutos de haber llegado, viendo que la camarera, despues de haber marcado una docena de pañuelos, empezaba á hacer lo mis-

mo con seis docenas de servilletas, sacó su reloj, se levantó, saludó á Genoveva, y partió sin decir una sola palabra.

Hizo mas; al partir no volvió la cara una sola vez; Genoveva que se habia levantado para seguirle con la vista al través del jardin, permaneció un instante sin sentido pálida y nerviosa, y volvió á caer en su silla, consternada al ver el efecto de su diplomacia.

En este momento entró Dixmer.

—Se ha marchado Mauricio? exclamó lleno de asombro.

—Si, balbuceó Genoveva.

—Pero si no hacia nada que habia llegado?

—Hacia un cuarto de hora poco mas ó menos.

—En ese caso volverá?

—Lo dudo mucho.

—Dejadnos, Azucena, dijo Dixmer.

La camarera habia tomado este nombre de flor, por odio al de Maria, que habia tenido la desgracia de llevar como la austriaca.

Obedeciendo el mandato de su amo, se levantó y salió.

—Y bien, querida Genoveva, has hecho las paces con Mauricio?

—Todo lo contrario, creo que estamos ahora peor que nunca.

—Y esta vez, quién tiene la culpa?
preguntó Dixmer.

—Mauricio, sin duda alguna.

—Ea, dime lo que ha habido y fallaré
como juez.

—Cómo! dijo Genoveva ruborizada, no adivináis?

—Por qué se ha enfadado?

—Segun parece, ha tomado tirria á Azucena.

—Bah! de veras? Entonces será preciso despedir á esa muchacha; pues no quiero privarme, por una camarera, de un amigo como Mauricio.

—Oh! dijo Genoveva, creo que no llevaria su exigencia hasta el punto de querer que se la desterrára de la casa, y que le bastaria...

—Qué?

—Qué se la echára de mi habitacion?

—Y Mauricio tiene razon, contestó Dixmer porque á tí, y no á Azucena, viene á ver, despues, inútil que Azucena esté aqui cuando él viene.

Genoveva miró á su marido llena de asombro.

—Pero, esposo mio... dijo.

—Genoveva, replicó Dixmer, creia tener en tí una aliada que me hiciera mas llevadera la carga que me he impuesto, y veo por

el contrario, que redoblas con tus temores nuestras dificultades. Hace cuatro dias que creia estar ya todo arreglado entre nosotros, y ahora conozco que todo está por hacer. Genoveva, no te he dicho ya que confiaba en tí, en tu honor? No te he dicho que era preciso que Mauricio se hiciera ahora amigo nuestro mas íntimo y menos desconfiado que nunca? Oh! Dios mio! cuán cierto es que las mugeres son un eterno obstáculo á nuestros proyectos.

—Pero no tienes algun otro medio? Ya he dicho que mas conveniente nos seria á todos que Mauricio se alejara.

—Si, á todos nosotros tal vez, pero no á la que vale mas que todos nosotros, á aquella á quien hemos jurado sacrificar nuestra fortuna, nuestra vida y hasta nuestro honor; á esa muger, Genoveva conviene que Mauricio sea nuestro amigo. Sabes que ya han sospechado de Turgý y que se habia de dar otro servidor á las princesas?

—Está bien, despediré á Azucena.

—Oh! Dios mio! dijo Dixmer con uno de esos, movimientos de impaciencia tan raros en él, por qué me hablas de eso? Por qué soplas el fuego de mi pensamiento con el tuyo? Por qué creas dificultades con la misma dificultad? Genoveva haz como muger honesta y fiel lo que creas deber hacer; he aqui

lo que te digo; mañana saldré yo; mañana reemplazaré á Morand en sus trabajos de ingeniero. No comeré contigo, pero él comerá aquí; se necesita pedir un favor á Mauricio; él te explicará lo que es; entretanto debo decirte que reflexiones, que es muy importante lo que se le vá á pedir; que no es el objeto hácia que nos dirigimos, sino el medio; en fin que es la última esperanza de ese hombre tan bueno, tan noble y tan desinteresado; de ese protector tuyo y mio, por quien debemos dar nuestra vida.

—Y por quien yo daría la mia! exclamó Genoveva con entusiasmo.

—Pues bien, Genoveva, tú no has sabido hacer que Mauricio ame á ese hombre; de suerte que hoy en la mala disposicion de espíritu en que le has puesto, acaso negará á Morand lo que este le pedirá, y lo que conviene que obtengamos á toda costa. Quieres que te diga ahora, Genoveva, á donde llevarán á Morand todas sus delicadezas y todo tu sentimentalismo?

—Oh! señor, exclamó Genoveva juntando las manos y poniéndose pálida, no hablemos jamás de eso.

—Pues bien, replicó Dixmer, reprimiendo un beso en la frente de su muger, sé fuerte y reflexiona.

En seguida salió.

— Oh! Dios mio! Dios mio! murmuró Genoveva con angustia, cuántas violencias me hacen para que acepte ese amor hácia el cual vuela toda mi alma.

— Al día siguiente, como ya hemos dicho, era un decadi.

En la familia de Dixmer, como en todas las de la clase media en aquella época, había la costumbre de dar los domingos una comida mas larga y ceremoniosa que los demas dias. Convidado Mauricio á esta comida, desde que era amigo de la casa, jamás había faltado á ella, y aunque generalmente no se sentaban á la mesa hasta las dos de la tarde, Mauricio acostumbraba ir á las doce del día.

Por la manera conque se había marchado casi había perdido Genoveva las esperanzas de verle.

En efecto, dieron las doce sin que se presentára Mauricio; despues las doce y media; luego la una.

Imposible seria espresar lo que pasaba durante aquella expectativa en el corazon de Genoveva.

Habiase vestido lo mas sencillamente posible, pero viendo que tardaba Mauricio, por ese instinto de coqueteria, natural en el corazon de la muger, se había puesto una flor en el pecho, otra en sus cabellos, y había

vuelto á esperar, sintiendo que se la oprimia cada vez mas su corazon. De este modo llegó el momento de sentarse á la mesa, y Mauricio no parecia.

A las dos menos diez minutos, oyó Genoveva el paso del caballo de Mauricio, ese paso que tanto conocia.

—Oh! ahí está, ahí está, exclamó; su orgullo no ha podido luchar contra su amor. Me ama! me ama!

Mauricio se apeó de su caballo que entregó al jardinero; si bien mandándole que le esperara donde estaba. Genoveva le miró apearse con inquietud: y notó no sin bastante sorpresa que el jardinero no llevaba el caballo á la cuadra.

Mauricio entró; aquel dia estaba de una hermosura resplandeciente. Su uniforme negro, con grandes solapas vueltas, su chaleco blanco, su calzon de piel de gamuza que dibujaban unas piernas modeladas sobre las de Apolo, y sus hermosos cabellos que descubrian una frente espaciosa y bruniada, hacian de él un tipo de hermosura y elegancia.

Entró; como hemos dicho, su presencia dilató el corazon de Genoveva, que lo recibió con las mayores muestras de alegría.

—Ah! comeis con nosotros no es verdad?

—Todo lo contrario, ciudadana, dijo Mau-

ricio con frialdad; venia á pedirlos permiso para ausentarme.

—Ausentaros?

—Si, los asuntos de la seccion reclaman mi presencia; y si he venido, ha sido solamente porque temia incurrir en la nota de impolitico.

Genoveva sintió oprimirse de nuevo el corazon.

—Oh! Dios mio, dijo, ¿y Dixmer que no come aqui, Dixmer que esperaba hallaros á su vuelta y me habia mandado que os estuviese!

—Ah! comprendo ya el motivo de vuestras instancias, señora. Habia una orden de vuestro marido; yo no adivinaba eso. ¿Cuándo me corregiré de mi fatuidad?

—Mauricio!....

—Puesto que no está aqui Dixmer, tampoco debo quedarme, porque su ausencia, será un motivo mas de incomodidad para vos.

—Por qué? preguntó tímidamente Genoveva.

—Porque todo lo que haceis, me prueba que procurais evitar mi presencia; porque si he vuelto á esta casa ha sido por vos, por vos sola, bien lo sabeis, y sin embargo, no he cesado de encontrar testigos á vuestro lado.

—Ea! dijo Genoveva, volveis á enfadaros y sin embargo hago cuanto puedo.

—No por cierto, Genoveva, todavía podeis hacer mas, pues podeis recibirme como antes ó despedirme de una vez.

—Vamos, Mauricio, dijo Genoveva comprended mi situacion, adivinad mis angustias no seais tirano conmigo.

Y la joven se acercó á él, y le miró con tristeza.

Mauricio guardó silencio.

—Pero qué quereis de mi? continuó Genoveva.

=Queria amaros, Genoveva, porque conozco que no puedo vivir sin ese amor.

—Mauricio, por piedad!

=En ese caso, senora, esclamó Mauricio, será preciso dejarme morir.

—Morir!

—Si morir ú olvidar.

=Podeis vos olvidar! esclamó Genoveva. cuyas lágrimas saltaron del corazon á los ojos.

—Oh! no, no, murmuró Mauricio arrojándose no, Genoveva, morir, tal vez; pero olvidar, jamás jamás.

—Y sin embargo, replicó Genoveva con firmeza eso seria lo mejor, Mauricio, porque ese amor es criminal.

—¿Habeis dicho eso á M. Morand? dijo

Mauricio vuelto en sí por esta frialdad repentina.

—M. Morand no es un loco como vos, Mauricio, jamás he necesitado indicarle la manera con que debía conducirse en la casa de un amigo.

—Apostemos, respondió Mauricio sonriéndose con ironía, apostemos que si Dixmer come fuera, no se ha ausentado Morand. Ah! hé aquí lo que es menester oponerme, Genoveva, para impedirle que os ame, porque mientras Morand esté aquí á vuestro lado, no dejándoos sola ni un segundo, continuó con desprecio, oh! no, no os amaré ó á lo menos no confesaré que os amo.

—Y yo, exclamó Genoveva fuera de sí al ver aquella eterna sospecha, y estrechando el brazo del joven con una especie de frenesí, yo os os juro, ¿lo entendéis Mauricio? ¡yo os juro; y que no sea preciso volver á deciroslo, que Morand jamás me ha dirigido una sola palabra de amor, que jamás Morand me amará, os lo juro por mi honor, os lo juro por el alma de mi madre.

—Ay! ay! exclamó Mauricio, quisiera poder creerlos!

—Oh! creedme, pobre loco dijo con una sonrisa; que para cualquiera otro que no hubiese sido un celoso, habría sido una confesión satisfactoria. Creedme; por otra par-

te ¿quereis saber mas? pues bien Morand, ama una mujer ante la cual se eclipsan todas las mujeres de la tierra, como las flores de los campos se eclipsan ante las estrellas del cielo.

—¿Y qué mujer, preguntó Mauricio, puede eclipsar de ese modo á las demas mujeres, cuando en estas mujeres se encuentra Genoveva?

La mujer á quien un hombre ama, replicó sonriendo Genoveva, ¿no es siempre; decidme, la obra maestra de la creacion?

—Entonces, dijo Mauricio, si nó me amais Genoveva...

La jóven esperó con ansiedad el fin de la frase.

—Si nó me amais, continuó Mauricio, podeis jurarme á lo menos que no amareis jamás á otro.

—Oh! en cuanto á eso, Mauricio, os lo juro con toda mi alma, exclamó Genoveva, que se alegraba que el mismo Mauricio le ofreciera aquella transaccion con su conciencia.

Mauricio cogió las dos manos que Genoveva levantaba al cielo y las llenó de besos apasionados.

—Pues bien, ahora, dijo, seré bueno, crédulo, confiado, y generoso. Quiero sorpreir-me, quiero ser feliz.

—Y no me pedireis más:

—Procuraré hacerlo así.

—Ahora; dijo Genoveva, pienso que es inútil que os tengan el caballo de la brida. La seccion esperará.

—Oh! Genoveva! yo quisiera que el mundo todo esperára y poder hacerle esperar por vos.

En aquel momento se oyeron pasos por el corredor.

—Vienen á avisarnos que está ya la comida, dijo Genoveva.

Y ambos se estrecharon la mano furtivamente.

Era Morand que venia á anunciar que solo esperaban á Mauricio y Genoveva para sentarse á la mesa.

Tambien él se habia engalanado para aquella comida de domingo.



CAPITULO VI.

La pregunta.

Vestido y aderezado Morand con tal esmero, no dejaba de ser un objeto de gran curiosidad para Mauricio.

Tomo 2.

El currutaco mas refinado, no hubiera hallado una sola falta que poner al lazo de la corbata, á los pliegues de sus botas, ni á la fiura de su camisa; pero, preciso es confesarlo, aquellos eran los mismos cabellos y los mismos anteojos.

Creyó entonces Mauricio, pues en tal grado le habia tranquilizado el juramento de Genoveva, que veia por primera vez aquellos cabellos y aquellos anteojos bajo su verdadero punto de vista.

=Par diez! dijo para sí Mauricio saliendo á su encuentro, hoy si que no estoy celoso de tí, excelente ciudadano Morand. Ponte si quieres, todos los dias tu casaca tornasolada, y manda que te hagan para los decadis otra de tela de oro. Desde hoy prometo no ver ya mas que tus cabellos y tus gafas, y sobre todo no acusarte ya de amar á Genoveva.

Ahora, puede comprenderse porque era mas franco y cordial que de costumbre, el apretón de mano dado al ciudadano Morand de resultas de este soliloquio.

Contra lo acostumbrado, la comida de aquel dia contó pocos convidados, pues solo se habian puesto tres cubiertos en una mesa estrecha. Mauricio comprendió que debajo de esa mesa podria encontrar el pié de Genoveva; el pié continuaria la frase muda y amorosa comenzada con la mano.

Sentáronse á la mesa. Mauricio veía de soslayo á Genoveva, la cual estaba entre la luz y en sus cabellos negros tenían un reflejo azul como el ala del cuerpo; su tez brillaba, y sus ojos estaban húmedos de amor.

Mauricio buscó, y encontró el pie de Genoveva. Al primer contacto, cuyo reflejo quiso ver en su rostro, la vió ponerse encarnada y pálida á un tiempo, pero el pequeño pié permaneció pacíficamente debajo de la mesa dormido entre los dos suyos.

Con su casaca tornasolada, parecía que Morand había recobrado su talento del decadi, ese talento brillante que Mauricio había visto algunas veces brotar de los labios de aquel hombre extraordinario, y que sin duda hubiera acompañado perfectamente al fuego de sus ojos, si los anteojos verdes no hubieran apagado este fuego.

Dijo mil chistes sin reírse jamás; pues lo que les daba un encanto extraordinario, era su imperturbable seriedad. Este comerciante que había viajado tanto por el comercio de pieles de todas especies, desde las de pantera hasta las de conejo, este químico conocía el Egipto como Herodoto, el Africa como Levaillant, y el teatro de la Opera como un currutaco.

—Diablo! ciudadano Morand, dijo Mau-

ricio; sois un verdadero sabio.

—Oh! he visto, y sobre todo leído mucho, Morand; además, no conviene que me prepare un poco para la vida de placeres que pienso adoptar luego que haya hecho mi fortuna? Ya es tiempo, ciudadano Mauricio, ya es tiempo.

Morand se volvió estremeciéndose con aquella pregunta á pesar de ser tan natural.

—Tengo treinta y ocho años, dijo. Ah! he ahí lo que vale ser un sábio como decís; para las ciencias no corren los años.

Genoveva se echó á reir, Mauricio hizo lo mismo y Morand se contentó con sonreírse.

—¿Conque habeis viajado y visto mucho? pregunto Mauricio estrechando entre los suyos el pié de Genoveva que hacia esfuerzos casi imperceptibles por desprenderse de ellos.

—He pasado parte de mi juventud en el extranjero, respondió Morand.

—Perdonadme que haya dicho que habeis visto mucho, en vez de decir que habeis observado mucho, replicó Mauricio, porque un hombre como vos no puede ver sin observar.

—Pardiez! Si, he visto mucho, replicó Morand casi podia decir que lo he visto todo.

—Todo! ciudadano, eso es demasiado decir, replicó riendo Mauricio.

—Ah! si teneis razon. Hay dos cosas que jamás he visto. Verdad es que en nuestros dias, cada vez son mas raras estas dos cosas.

—Qué cosas son esas? preguntó Mauricio.

—La primera, respondió gravemente Morand, es un Dios.

—Ah! á falta de un Dios, ciudadano Morand, puede enseñaros una diosa.

—Cómo? interrumpió Genoveva.

—Si, una diosa de creacion moderna; la diosa Razon. Tengo un amigo, de quien me habeis oido hablar algunas veces, mi querido y buen Lorin, un corazon de oro que no tiene mas que un solo defecto, el de hacer cuartetas y retruécanos.

—Y qué?

—Acaba de proporcionar á la villa de Paris una diosa Razon perfectamente acondicionada, y á la cual no se la puede poner ni una tacha. Esta diosa es la ciudadana Artemisa, ex-bailarina del teatro de la Opey en la actualidad perfumista de la calle de Martin. Tan luego como sea definitivamente recibida de diosa, podré enseñárosla.

Morand dió las gracias á Mauricio con un movimiento de cabeza, y continuó:

—La otra, dijo, es un rey.

=Oh! eso es mas difícil, dijo Genoveva esforzándose por sonreír; porque ya no los hay.

—Debiais haber visto el último, dijo Mauricio; esto hubiera sido prudente.

—De aqui resulta, dijo Morand, que no tengo la menor idea de una frente coronada; será una cosa muy triste.

—Muy triste en efecto, dijo Mauricio; os lo aseguro, pues veo una casi todos los meses.

—Una frente coronada? preguntó Genoveva.

—O por lo menos, contestó Mauricio, que ha llevado la pesada y dolorosa carga de una corona.

=Ab! si, la reina, dijo Morand; teneis razon, M. Mauricio, eso debe ser un espectáculo muy lúgubre...

—¿Estan bella como dicen? preguntó Genoveva.

=¿No la habeis visto jamás, señora? preguntó Mauricio á su vez admirado.

=¿Yo? jamás..... respondió la jóven.

—De veras? dijo Mauricio, es extraño!

=Y por qué extraño? dijo Genoveva; nosotros hemos vivido en provincia hasta el 91; desde el 91 habito la antigua calle de

S. Jacobo, que se asemeja mucho á un pueblo de provincia, sin mas diferencia que aqui se disfruta [menos sol, menos aire y menos flores; vos conoceis mi vida, ciudadano Mauricio; pues bien, siempre ha sido la misma; cómo quereis que haya visto á la reina? Jamás se me ha presentado la ocasion.

=Y no creo que aprovecheis la que desgraciadamente se presentará tal vez, dijo Mauricio.

=Qué quereis decir? preguntó Genoveva.

--El ciudadano Mauricio, replicó Morand, hace alucion á una cosa que ya no es un secreto.

--A cual? preguntó Genoveva.

--A la condenacion probable de Maria Antonieta y á su muerte sobre el mismo cadalso donde murió su marido El ciudadano, dice en fin, que no aprovechareis para verla el dia en que salga del Temple para marchar á la plaza de la Revolucion.

=Oh! ciertamente no, exclamó Genoveva á estas palabras pronunciadas por Morand con una calma glacial.

--Entonces renunciad á la esperanza de verla, continuó el impacible quimico, porque la austriaca está bien guardada y la república es una bruja que hace invisible lo que quiere.

—Confieso, no obstante, dijo Genoveva, que hubiera tenido curiosidad de ver à esa pobre mujer.

—De veras teneis esa curiosidad? dijo Mauricio deseoso de satisfacer los menores deseos de Genoveva. Si es asi, no tengais cuidado, pues aun cuando convengo con el ciudadano Morand en que la república es una bruja, yo tambien, como municipal soy algo encantader.

—Podriais hacerme ver à la reina, señor? exclamó Genoveva.

—Ciertamente que puedo.

—Y cómo? preguntó Morand dirigiendo à Genoveva una rápida mirada que pasó desapercibida para el municipal.

—Nada mas fácil, dijo Mauricio. Seguramente hay municipales de quienes se desconfia; pero yo he dado bastantes pruebas de mi adhesion à la causa de la libertad para que se me comprenda en ese número. Por otra parte, las entradas en el Temple dependen de los municipales y de los jefes de puesto, y precisamente el dia en que me toca estar de guardia será el jefe del puesto mi amigo Lorin, que me parece estar destinado à reemplazar indudablemente al general Santerre, en atencion à que en tres meses ha ascendido del grado de cabo

al de ayudante mayor. Pues bien, id à buscar-me al Temple el dia en que esté de guardia, es decir el jueves proximo.

—Es verdad, dijo Morand, de ese modo vereis cumplido vuestro deseo.

—Oh! no, no, dijo Genoveva, no quiero.

—Y por qué exclamó Mauricio, que no veia en esa visita al Temple mas que un medio de ver à Genoveva en un dia en que creia estar privado de esta felicidad.

—Porque eso seria esponeros tal vez à algun conflicto desagradable, y si os sucediera à vos, que sois nuestro amigo, una desgracia cualquiera, causada por la satisfaccion de un capricho mio, no me lo perdonaria en mi vida.

—Mu y bien hablado, Genoveva, dijo Morand. Creedme, hay grandes desconfianzas: los mejores patriotas son hoy sospechosos renunciad à ese proyecto, que para vos, como decís, es un simple capricho de curiosidad.

—Cualquiera diria que hablais como envidioso, Morand, y que no habiendo visto ni reina, ni rey, tampoco quereis que los demas los vean. Vamos no discutais; sed de la partida.

—Yo! no por cierto.

—No es ya la ciudadana Dixmer la que

desea entrar en el Temple, soy yo quien la suplica, así como á vos, que vengais á distraer á un pobre prisionero; porque una vez cerrada la puerta, me encuentro, afortunadamente por veinte y cuatro horas nada mas, tan prisionero como lo seria un rey un principe de la sangre.

Y oprimiendo con sus dos piés el pié de Genoveva, dijo.

—Os suplico que vengais.

—Ea Morand, dijo Genoveva, acompañadme.

—Reflexionad, dijo Morand, que voy á perder un dia, y que esto retardará mas el en que me retire del comercio...

—Entonces no iré, dijo Genoveva.

=Y por qué? preguntó Morand?

=Oh! Dios mio! la razon es muy clara, dijo Genoveva: porque yo no puedo contar con mi marido para acompañarme, y si no me acompañais, vos, hombre de peso, hombre de treinta y ocho años, no tendré el atrevimiento de ir á arrostrar sola los puestos de artilleros, granaderos y cazadores, preguntando por un municipal que solo tiene tres ó cuatro años mas de edad que yo.

—En ese caso, dijo Morand, puesto que creéis indispensable mi presencia, ciudadana...

—Ea, ea, sábio ciudadano, sed galante como si fuéseis simplemente un hombre comun, dijo Mauricio, y sacrificad la mitad de vuestro tiempo á la muger de vuestro amigo.

—Seal dijo Morand.

—Ahora, replicó Mauricio, no os pido mas que una cosa, discrecion; porque es preciso convenir que es muy sospechosa una visita al Temple, y cualquier accidente que ocurra por efecto de esta visita nos llevaria á todos á la guillotina. Los jacobinos no se burlan, diablo! Acabais de ver como han tratado á los jacobinos.

—Cáspita! dijo Morand, lo que dice el ciudadano Mauricio es digno de consideracion, en verdad que seria una manera muy peregrina de retirarme del comercio.

—No habeis oido, replicó Genoveva sonriendo, que el ciudadano Mauricio ha dicho todo?

—Todos?

—Todos juntos.

—Si, no hay duda, dijo Morand, la compañía es agradable, pero prefiero, bella sentimental, vivir en vuestra compañía, á morir en ella.

—Donde diantre tenia yo la cabeza, se preguntó Mauricio, cuando creia que ese

hombre estaba enamorado de Genoveva?

—Entonces, está dicho, contestó Genoveva; Morand, con vos hablo, vos, el distraído, vos, el pensativo; ya lo habeis oído, el jueves prócsimo; no vayais el miércoles por la noche à comenzar algun experimento quimico que os tenga ocupado veinte y cuatro horas, como sucede algunas veces.

—Descuidad, dijo Morand: además, de aqui para entonces tiempo teneis de recordármelo.

Genoveva se levantó de la mesa, Mauricio imitó su ejemplo; Morand iba à hacer otro tanto, cuando uno de los operarios trajo al quimico una botellita de licor que llamó toda su atencion.

—Despachemos, dijo Mauricio llevándose à Genoveva.

—Oh! estad tranquilo, dijo esta. ya tiene para una hora lo menos.

—Veis, le dijo atravesando el jardin y mostrando à Mauricio los claveles que se habian sacado al aire en una caja de caoba, para resucitarlos si era posible. Veis, mis flores están muertas.

—Quién las ha matado? Vuestra negligencia, dijo Mauricio: ¡pobres claveles!

—No ha sido mi negligencia, sino vuestro abandono, amigo mio.

Sin embargo, ellos pedian poca cosa, Genoveva; un poco de agua, y nada mas, y mi ausencia ha debido dejaros mucho tiempo.

—¡Ah! dijo Genoveva, si las flores se regaran con lágrimas, esos pobres claveles como los llamais no habrian muertos.

Mauricio la envolvió en sus brazos, la acercó vivamente á él, y antes que hubiera tenido tiempo para defenderse, apoyó sus labios sobre el aquellos ojos medios risueños, medio lánguidos, que miraban la caja asolada.

Genoveva tenia tantas cosas de que reprehenderse que fué indulgente.

Dixmer volvió tarde, y cuando llegó encontró á Morand, á Genoveva y á Mauricio que hablaban de botánica en el jardin.



CAPITULO VII.

La ramilletera.

 El fin llegó ese famoso jueves, día de guardia para Mauricio.
Era á principio del mes de junio. El

cielo estaba de color oscuro, y sobre aquella bóveda de añil se destacaba el blanco mate de las casas nuevas. Comenzábase ya á presentir la llegada de ese perío terrible que los antiguos representaban acometido de una sed insaciable, y que al decir de los parisienses de la plebe, lame el pavimento de las calles. Paris estaba limpio como un tapete, y los perfumes que caían del aire, subían de los árboles y emanaban de las flores, circulaban y embriagaban, como para hacer olvidar un poco á los habitantes de la capital ese vapor de sangre que humeaba sin cesar sobre el pavimento de las plazas.

Mauricio debía entrar en el Temple á las nueve; sus dos cólegas eran Mercevault y Agrícola. A las ocho estaba en la calle antigua de San Jacobo con su gran uniforme de ciudadano municipal, es decir, con su faja tricolor que oprimía su talle esbelto, y como de costumbre, había ido á caballo á casa de Genoveva, recogiendo en el camino los elogios y las aprobaciones, nada disimulados, de los buenos patriotas que le miraban pasar.

Genoveva estaba ya preparada: se había puesto un simple vestido de muselina, una especie de manto de tafetan ligero y un

lindo gorro adornado con la escarapela tricolor, ostentado con tan sencillo traje una hermosura deslumbradora.

Morand, que, como hemos dicho, se habia hecho de rogar mucho para ir al Temple, temiendo sin duda despertar sospechas de aristócrata, se habia puesto el vestido de todos los dias, ese vestido medio señor y medio artesano. Hacia solamente un rato que habia entrado, y su rostro presentaba la huella de una gran fatiga, pues, segun dijo, habia estado trabajando toda la noche para concluir una obra urgente.

Dixmer habia salido en cuanto llego su amigo Morad.

Y la jóven le abandonó su mano, que Mauricio apretó tiernamente entre las suyas. Genoveva tenia remordimiento por su traicion y le pagaba este remordimiento con una felicidad.

—¡Y bien! preguntó Genoveva, ¿qué habeis decidido, Mauricio? ¿cómo veremos á la reina?

—Escuchad mi plan, dijo Mauricio, á ver qué os parece. Llego con vos al Temple; os recomiendo á Lorin, mi amigo, que manda la guardia. Tomo mi puesto, y en el momento favorable, voy á buscaros.

—Pero, preguntó Morand, ¿donde y cómo

veremos á las prisioneras?

—Durante su almuerzo ó su comida, si os parece bien, detrás de la vidriera de los municipales.

—Perfectamente, dijo Morand.

Mauricio vió entonces á Morand acercarse al armario que habia en el comedor, y beber aceleradamente un vaso de vino puro, lo cual le sorprendió, porque Morand era muy sóbrio y comunamente no bebia mas que agua envinada.

Genoveva observó que Mauricio miraba á Morand con asombro.

—Figuraos, dijo, que ese desgraciado Morand se está quitando la vida con el trabajo, de suerte que es capaz de no haber tomado nada desde ayer por la mañana.

—¿Conque no ha comido aqui? preguntó Mauricio.

—No, sale á hacer algunos experimentos por la ciudad.

Genoveva tomaba una precaucion inútil, pues Mauricio, como verdadero amante, es decir, como egoista, no habia observado la accion de Morand sino con esa atencion superficial que el hombre enamorado concede á todo lo que no es la muger á quien ama.

Al vaso de vino agregó Morand un pe-

dazo de pan que devoró precipitadamente.

—Ea; dijo, ya estoy listo, querido ciudadano Mauricio; cuando gustéis, partiremos.

Mauricio, que deshojaba los pistilos marchitos de uno de los claveles muertos que habia cogido al paso, presentó su brazo á Genoveva diciendo:

—Partamos.

Partieron en efecto Mauricio era tan feliz que su pecho no podia contener su felicidad: hubiera gritado de alegría si no se hubiese contenido. En efecto, ¿qué mas podia desear? No solamente tenia la certidumbre de que no era amado Morand, sino que tenia la esperanza de que él lo era. Dios enviaba un hermoso sol á la tierra: el brazo de Genoveva temblaba debajo del suyo, y el populacho gritando á voz en cuello el triunfo de los jacobinos, y la caída de Brisson y de sus cómplices, anunciaba que la pátria se habia salvado.

Hay verdaderamente momentos en la vida en que el corazón del hombre es demasiado pequeño para contener la alegría ó el dolor que en él se encierra.

—Oh! qué hermoso día! exclamó Morand.

Mauricio volvió la cabeza con asombro, pues aquella era la primera vez que veía

esplayarse aquel espíritu siempre distraído ó comprimido.

—Oh! si, si, muy hermoso, dijo Genoveva cargándose en el brazo de Mauricio. Ojalá dure hasta la tarde, puro y sin nubes como está ahora!

Mauricio se aplicó estas palabras, que redoblaban su felicidad.

Morand miró á Genoveva al través de sus anteojos verdes con una espresion particular de agradecimiento; acaso él tambien se habia aplicado aquellas palabras.

De este molo atravesaron el pequeño Puente, la calle de la Joiverie y el puente de Nuestra Señora: despues se dirigieron por la plaza del palacio de villa, calle de Barre-du-Bec y la de Sainte Avoys. A medida que avanzaban, Mauricio aceleraba el paso, mientras que por el contrario los de Genoveva y Morand eran cada vez mas perezosos y tardos.

Asi llegaron á la esquina de la calle de Vieilles Haudriettes, cuando de repente se interpone al paso de nuestros paseantes una ramilletera presentáadoles su canastillo lleno de flores.

—Oh! qué claveles tan hermosos! exclamó Mauricio.

—Oh! si, muy hermosos, dijo Genove-

va. Bien se conoce que los que los cultivan no tenían otra cosa en qué pensar, pues no se han muerto.

Esta palabra resonó dulcemente en el corazón de Mauricio.

—Ah! mi buen municipal, dijo la ramilletera, compra un ramo á la linda ciudadana. [Está vestida de blanco, mira qué claveles tan encarnados: lo blanco y lo encarnado sientan muy bien ella se pondrá el ramo sobre su corazón, y como su corazón está próximo á tu uniforme azul, llevareis de este modo los colores nacionales.

La ramilletera era jóven y linda; hizo su breve cumplimiento con una gracia particular: su cumplimiento por otra parte habia sido admirablemente escogido, y aunque se hubiera hecho de intento no se habria aplicado mejor á las circunstancias. Además, las flores parecían simbólicas, pues eran claveles parecidos á los que habian muertos en la caja de caoba.

—Si, dijo Mauricio, te los compro porque son claveles, lo entiendes? detesto todas las demas flores.

—Oh! Mauricio, dijo Genoveva, es inútil, tenemos tantos en el jardín!

Y á pesar de esta negativa de los labios,

los ojos de Genoveva decían que ardía en deseos de tener aquel ramo.

Mauricio escogió el mas hermoso de todos; este era por otra parte el que le presentaba la linda vendedora de flores, y el cual contenía unos veinte claveles encarnados de olor acre y suave á la vez. En medio de todos, y dominado como un rey, sobresalía un clavel muy grande.

—Téma, dijo Mauricio á la ramilletera, echándole en su canastillo un asignado de cinco libras. Ahí tienes por todo.

—Gracias, mi buen municipal, dijo la ramilletera; os doy mil gracias.

Y en seguida se dirigió hácia otra pareja de ciudadanos, animada de la esperanza de que no podría menos de ser un buen día el que tan magníficamente principiaba. Durante esta escena, muy sencilla en apariencia y que habia pasado en muy pocos segundos, Morand, trémulo como un azogado, se enjugaba la frente, y Genoveva estaba pálida y temblorosa. Tomó, crispando su mano encantadora, el ramo que la presentaba Mauricio, y le llevó á su rostro, no tanto para respirar su olor como para contener su emocion.

El resto del camino se pasó alegremente, por lo menos en cuanto á Mauri-

cio, pues la alegría de Genoveva era forzada, y la de Morand se desahogaba de una manera rara, es decir, por medio de suspiros ahogados, de risas estrepitosas y epigramas terribles, que caían sobre los transeúntes como un fuego enfilado.

A las nueve llegaron al Temple.

Santerre llamaba á la sazón á los municipales.

—Aquí estoy, dijo Mauricio dejando á Genoveva al cuidado de Morand.

—Ah! bien venido, dijo Santerre presentando la mano al joven.

Mauricio tuvo buen cuidado en aceptar la mano que le ofrecía, porque la amistad de Santerre era seguramente una de las más preciosas de la época.

Al ver Genoveva á aquel hombre que había mandado el famoso redoble de tambores, se estremeció y Morand se puso pálido.

—Quién es esta hermosa ciudadana, preguntó Santerre, y que viene hacer aquí?

—Es la muger del buen ciudadano Dixmer; no has oído hablar de este bravo patriota, ciudadano general?

—Si, si, contestó Santerre: un fabricante de curtidos, capitán de cazadores de la legion de Vicio.

—El mismo.

—Bueno, bueno! es á fé mia muy linda. Y esa especie de mono que la dá el brazo?

—Es el ciudadano Morand, el asociado de su marido, cazador de la compañía de Dixmer.

—Santerre se aprocsimó á Genoveva y le dijo:

—Buenos dias, ciudadana.

—Genoveva hizo un esfuerzo y contestó sonriéndose.

—Buenos dias, ciudadano general.

Linsongeadó Santerre á la vez con la sonrisa y el título continuó:

—Y qué vienes á hacer aqui, bella patriota?

La ciudadana, replicó Mauricio, no ha visto nunca á la viuda de Capeto y quiere verla.

—Si, antes que.... dijo [Santerre haciendo un gesto atroz.

—Precisamente, respondió Mauricio con frialdad.

—Está bien, dijo Santerre: procura solamente que no la vean entrar en la fortaleza, porque eso seria dar muy mal ejemplo; por otra parte, yo me fio de ti.

Santerre estrechó de nuevo la mano de

Mauricio, hizo con la cabeza un movimiento amistoso y protector á Genoveva y se retiró para ocuparse de sus demas funciones.

Despues que los granaderos y cazadores hicieron multitud de evoluciones, y despues de algunas maniobras de cañon, cuyos sor-dos estampidos se esperaba que esparcieran en las inmediaciones una intimacion salu-dable, Mauricio volvió á dar el brazo á Genoveva, y seguido por Morand se enca-minó hácia el puesto á cuya puerta se des-gañitaba Lorin mandando el ejercicio á su batallon.

—Bueno! exclamó, aqui viene Mauricio; cáspita! y con una muger que me pare-ce un poco agradable. Será que el so-carron quiera presentarla en competencia con mi diosa Razon? Si asi fuese, pobre Artemisa!

—Buenos dias, ciudadano ayudante, di-jo el capitan.

—Atencion! gritó Lorin, media vuelta á la izquierda... buenos dias Mauricio; paso redoblado... marchen!

Sonaron los tambores; las compañías fueron á ocupar sus puestos, y cuando ca-da una estuvo en el suyo, acudió Lorin.

—Despues de dirigirse mutuamente todos

los primeros cumplimientos, fué presentado este por Mauricio á Genoveva y Morand.

Despues empezaron las esplicaciones.

—Si, si, comprendo, dijo Lorin; quieres que el ciudadano y la ciudadana entren en la torre: eso es muy fácil, voy á colocar á los centinelas y á decirles que te denjen pasar con las personas que te acompañan.

Diez minutos despues entraban Genoveva y Morand preecedidos por tres municipales y se colocaron detrás de la vidriera.





CAPITULO VIII.

El clavel encarnado.

La reina acababa de levantarse; enferma hacia dos ó tres dias, estaba en cama mas tiempo que de costumbre;

pero habiendo sabido por su hermana que el sol brillaba magnífico, había hecho un esfuerzo, y pidió, con objeto de hacer respirar el aire á su hija, permiso para pasearse sobre el terrado; lo cual le habían concedido sin dificultad.

Determinábala además otra razón. Había visto una vez, una sola es verdad, desde lo alto de la torre, pasearse por los jardines del delfín; pero al primer ademán que habían hecho el hijo y la madre para dirigirse una mirada, muda pero espresiva, de dolor y de ternura, Simón había interpuesto su despótica autoridad, obligando al niño á retirarse.

No importa, ella le había visto y esto le bastaba. Verdad es que el pobre niño prisionero estaba muy pálido y demudado, y vestido además como un muchacho cualquiera del pueblo con su carmañola y su pantalon de lienzo crudo. Pero le habían dejado sus hermosos cabellos rubios rizados, que le hacían una aureola que sin duda ha querido Dios que el niño mártir guarde en el cielo.

Si ella pudiera verle todavía una sola vez siquiera, qué regocijo para aquel corazón de madre!

Había además otra cosa.

—Hermana mía, le había dicho á Mme.

Isabel, ya sabeis que hemos encontrado en el corredor una paja arrimada en el ángulo de la pared, lo que en el lenguaje de nuestros signos quiere decir que debemos poner atención á nuestro alrededor y que un amigo se aproxima.

—Verdad es, contestó á la reina, que mirando á su hija con lástima, se animaba á si misma á no desesperar de su salvación.

Satisfechas las necesidades del servicio, Mauricio quedaba entonces tanto mas dueño de la fortaleza del Temple, cuanto que la suerte lo habia designado para la guardia de dia, dejando para el de la noche á los municipales Agrícola y Mersevaut.

Los municipales salientes se habian retirado despues de haber hecho su proceso verbal en el consejo del Temple.

—Ola! ciudadano municipal, dijo la mujer de Tison saludando á Mauricio, traeis gente para ver á nuestras palomas? solo yo estoy condenada á no ver ya á mi pobre Sofia.

—Son unos amigos míos, dijo Mauricio, que jamás han visto á la viuda de Capeto.

—Estarán perfectamente detrás de la vidriera.

—Seguramente, dijo Morand.

—No hay mas, contestó Genoveva, sino

que nos parecemos á esos curiosos crueles que se ponen detrás de una reja á gozar de los tormentos de un preso.

=¿Y por qué no habeis colocado á vuestros amigos en el camino de la torre, puesto que allí es donde va á pasearse la austriaca con su hermana y su hija? Ah! á ella le han dejado su hija, mientras que á mí, que no soy culpable, me han quitado la mia! Oh! malditos aristócratas! por mas que se haga, siempre habrá favores para ellos, ciudadano Mauricio.

=Pero le han quitado á su hijo, respondió este.

=Ah! si yo tuviera un hijo, murmuró la carcelera, creo que no echaria tanto de menos á mi hija.

Genoveva y Morand se habian dirigido durante este tiempo algunas miradas.

—Amigo mio, dijo la jóven á Mauricio, la ciudadana tiene razon. Si quisiérais colocarme de cualquier modo al paso de Maria Antonieta, eso me repugnaria menos que mirarla desde aqui; pues me parece que esta manera de ver á las personas es humillante á la vez para ellas y para nosotros.

=Sois demasiado delicada, Genoveva, dijo Mauricio.

—Pardiez! ciudadadana, exclamò uno de los dos cólegas de Mauricio, que estaba almorzando en la antesala un pedazo de salchichon con pan, si estuviérais presa, y la viuda de Capeto quisiera veros, no sería tan escrupulosa como vos.

Genoveva, con un movimiento mas rápido que el relámpago, volvió los ojos hacia Morand para observar el efecto que hacian en él estas injurias. En efecto, Morand tembló; una luz estraña, fosfórica, por decirlo así, brotó de sus párpados; sus puños se crisparon por un momento; pero todas estas señales fueron tan rápidas que pasaron desapercibidas.

—Cómo se llama ese municipal? preguntó à Mauricio.

—Es el ciudadano Mersevaul, respondió el jòven.

Despues añadió como para escuзар su groseria.

—Un picapedrero.

Mersevaul lo oyó y miró de reojo à Mauricio.

—Vamos, vamos! dijo la mujer de Tison, acaba tu salchichon y tu media botella: ya es hora de levantar las mesas.

—No es culpa de la austriaca si las acabo á estas horas, dijo el municipal, pues

si hubiera podido hacer que me degolláran, el 10 de agosto, lo hubiera hecho ciertamente; así es que el día que le llegue su San Martín, estaré en primera fila y firme en mi puesto.

Morand se puso pálido como un difunto.

=Vamos, vamos, ciudadano Mauricio, vamos a donde habeis prometido llevarnos, pues aquí me parece que estoy también presa, me ahogo.

Mauricio hizo salir á Morand y á Genoveva; los centinelas prevenidos por Lorin los dejaron pasar sin dificultad alguna. Los instaló en un pasillo del piso alto, de suerte que cuando la reina, madama Isabel y madama Real subiesen á la galeria, no podría menos de pasar por delante de ellos.

Como el paseo se habia fijado para las diez, y solo habia que esperar algunos minutos, Mauricio no solamente no abandonó á sus amigos, sino que para alejar hasta la mas ligera sospecha, hizo que les acompañase también el ciudadano Agrícola.

Dieron las diez.

=Abrid! gritó desde abajo de la torre una voz que Mauricio conoció ser la del general Santerre.

Al punto se formó la guardia, cerráronse las rejas y los centinelas prepararon sus armas. Hubo entonces en toda la torre un

ruido de hierro, de piedras y de pasos que causó cierta desagradable impresion á Morand y Genoveva, pues Mauricio los vió ponerse pálidos.

Cuántas precauciones para guardar á tres mugeres! murmuró Genoveva.

—Si, dijo Morand haciendo un esfuerzo por sonreirse. Si los que intentan facilitarles su evasion estuviesen en nuestro lugar y vieran lo que nosotros, se cansarian pronto del oficio.

—En efecto, dijo Genoveva, comienzo á creer que no se salvarán.

—Y yo lo espero, respondió Mauricio: é inclinándose al decir esto sobre la escalera, dijo:

—Atencion! ahí vienen las prisioneras.

—Nombrádmelas, dijo Genoveva, porque no las conozco.

—Las dos primeras que suben son la hermana y la hija de Capeto. La última, á quien precede un perrito es Maria Antonieta.

Genoveva dió un paso hácia adelante; pero Morand por el contrario, en vez de mirar, se arrimó contra la pared. Sus lábios estaban mas lívidos que la piedra de la torre.

Genoveva; con su vestido blanco y sus hermosos ojos puros, parecia un ángel que esperaba á las prisioneras para alumbrar el

triste camino que recorrian y derramar al paso sobre su corazon un poco de alegria.

Mme. Isabel y Mme. real pasaron despues de haber dirigido una mirada de asombro á los curiosos; sin duda la primera sospechó que serian los que les anunciaban las señales, pues se volvió vivamente hácia Mme. real y le apretó la mano, dejando caer su pañuelo como para avisar á la reina.

—Prestad atencion, hermana mia, dijo, he soltado mi pañuelo.

Y continuó subiendo con la jóven princesa.

La reina, cuyo malestar indicaban su respiracion anhelosa y su tos seca, se bajó para recoger el pañuelo que estaba caido á sus pies; pero mas pronto que ella su perro se apoderó de él y corrió á llevarlo á Mme. Isabel. La reina, pues, continuó subiendo, y despues de algunos escalones se encontró á su vez delante de Genoveva, Morand y el jóven municipal.

—Oh! flores! dijo, hace mucho tiempo que no las he visto. Qué feliz es la que puede tener flores; señora.

Rápida como el pensamiento que acababa de formularse por medio de estas palabras dolorosas, Genoveva alargó la mano para ofrecer su ramo á la reina. Entonces Maria Antonieta levantó la cabeza, la miró, y

un imperceptible rubor apareció en su frente descolorida, pero por una especie de movimiento natural, por esa costumbre de obediencia pasiva al reglamento, Mauricio alargó la mano para sujetar el brazo de Genoveva.

Entonces la reina vaciló y mirando á Mauricio, reconoció en él al jóven municipal que acostumbraba á hablarla con firmeza, pero al mismo tiempo con respeto.

—Está prohibido, señor? dijo.

—No, no, señora, contestó Mauricio: Genoveva, podeis ofrecer vuestro ramo.

—!Oh! ¡gracias, gracias, señor! exclamó la reina con vivo agradecimiento, y saludando con graciosa afabilidad á Genoveva alargó una mano flaca y cogió al acaso un clavel del ramo.

—Tomadlo todo, señora, tomadlo dijo tímidamente Genoveva.

—No, contestó la reina con una sonrisa encantadora este ramo viene talvez de una persona á quien amais y no quiero privaros de él.

Genoveva se ruborizó y este rubor hizo sonreír á la reina.

—Vamos, vamos! ciudadana Capeto, dijo Agrícola, no podeis deteneros.

La reina saludó y continuó subiendo, pe-

ro antes de desaparecer volvió la cabeza diciendo en voz baja.

— ¡Qué bien huele este clavel, y qué linda es esa dama.

— No me ha visto, murmuró Morand, que casi arrodillado en la penumbra del corredor, no había atraído efectivamente las miradas de la reina.

— Pero vos la habeis visto bien, ¿no es verdad, Morand? ¿no es verdad, Genoveva? dijo Mauricio doblemente feliz, en primer lugar por el espectáculo que había proporcionado á sus amigos, y en segundo por el placer que acababa de dar á tan poca costa á la desgraciada prisionera.

— Oh! si, si, dijo Genoveva, la he visto bien, y no se me olvidarán sus facciones aun cuando viviese cien años.

— Y qué tal os parece?

— Muy bella.

— Y á vos, Morand?

Morand juntó las manos sin responder.

— Decidme, preguntó Mauricio en voz baja y riendo á Genoveva, será la reina de quien está enamorado Morand?

Genoveva tembló, pero reponiéndose pronto, contestó riéndose á su vez.

— Así parece á lo menos.

— No quereis decirme qué tal os parece, Morand? insistió Mauricio.

—Me ha parecido que está muy pálida, respondió.

Mauricio volvió á dar el brazo á Genoveva y la hizo bajar hácia el zaguan. En la escalera sombría le pareció que Genoveva le besaba la mano.

—Qué significa esto, Genoveva? dijo Mauricio.

—Esto significa, Mauricio, que no olvidaré jamás que por un capricho mio habeis arriesgado vuestra cabeza.

Oh! dijo Mauricio, eso es una exageracion, Genoveva; de vos á mi, bien sabeis que no es la gratitud el sentimiento que ambiciono.

Genoveva; le apretó dulcemente el brazo.

Morand seguia con paso vacilante.

Llegaron al zaguan, donde reconocidos por Lorin, los dejó salir del Temple, no sin haber obtenido antes Genoveva que al dia siguiente iria Mauricio á comer á la antigua calle de San Jacobo.



CAPITULO IX.

Simon el censor

Mauricio se volvió á su puesto lleno el corazón de una alegría casi celeste, y encontró llorando á la mujer de Tison.

—Qué teneis? la preguntó.

—Estoy furiosa, contestó la carcelera.

—Y por qué?

—Porque todo es injusticia para los pobres en este mundo.

—Pero en fin....

—Vos sois rico, sois feliz, venis aquí por un día solamente, y os permiten recibir visitas de lindas damas que dan ramos de flores á la austriaca, y yo, que anido perpetuamente en el palomar, no puedo ver á mi pobre Sofia.

Mauricio le cogió la mano y deslizó en ella un asignado de diez libras.

—Tomad, mi buena Tison, le dijo, tomad esto y tened valor. La austriaca no durará siempre.

—Un asignado de diez libras! exclamó la carcelera; agradezco vuestra generosidad, pero preferiria un papelillo que hubiese envuelto los cabellos de mi pobre hija.

Acababa de pronunciar estas palabras, cuando Simon, que subia, las oyó, y vió á la carcelera meter en su bolsillo el asignado que le habia dado Mauricio.

Digamos en que disposicion de espíritu estaba Simon. Venia del zaguán donde habia encontrado á Lorin, y sabida es la antipatia que reinaba entre estos dos hombres, antipatia mucho menos motivada por la es-

cena violenta que hemos puesto ya ante los ojos de nuestros lectores, cuanto por la diferencia de clases, fuente eterna de esas enemistades ó de esa inclinacion que se llaman misterios y que sin embargo se explican perfectamente.

Simon era feo; Lorin hermoso; Simon era sucio, Lorin aseado; Simon un republicano fanfarron. Lorin uno de esos patriotas exaltados que habian hecho innumerables sacrificios por la revolucion, y por último, si hubiera sido preciso recurrir á las pruebas de fuerza. Simon conocia por instinto que el puño del currutaco le hubiera dado, no menos elegantemente que Mauricio, un castigo plebeyo.

Al ver Simon á Lorin se quedó cortado y se puso pálido murmurando:

—¡Todavía es este batallon el que dá la guardia!

—Y qué tenemos con eso? respondió un granadero á quien desagradó el apóstrofe: me parece que vale tanto como otro.

Simon sacó un lápiz del bolsillo de su carmañola; y tomó al parecer una nota en una hoja de papel casi tan negra como sus manos.

—Hola! dijo Lorin, ¿conque sabes escribir, Simon, desde que eres el preceptor de Capeto? Mirad, ciudadanos, mirad como to-

ma notas: este es Simon el censor.

Y una carcajada universal que salió de las filas de los guardias nacionales, casi todos jóvenes legistas, entonteció, por decirlo así, al miserable zapatero.

—Bueno, bueno, dijo, rechinando los dientes y bramando de cólera, se dice que has dejado entrar á varias personas en la torre, y esto sin permiso del comun. Bueno, bueno, yo haré que el municipal instruya el sumario correspondiente.

—A lo menos ese sabe escribir: respondió Morin, es Mauricio, ya sabes, Simon, Mauricio el del puño de hierro, le conoces?

En aquel momento salian precisamente Morand y Genoveva.

Al verlos Simon se retiró al interior de la fortaleza, justamente cuando, como hemos dicho, daba Mauricio á la mujer de Tison un asignado de diez libras por via de consuelo.

Mauricio no fijó la atencion en la presencia de aquel miserable, de quien por otra parte se alejaba instintivamente siempre que lo encontraba al paso, como nos alejamos de un réptil venenoso ó repugnante.

—Hola! hola! ciudadana! dijo Simon á la carcelera que se enjugaba los ojos con su dental, parece que quieres que te lleven á la guillotina.

—Yo! dijo la mujer de Tison, y por qué?

—Cómo por qué? No recibes dinero de los municipales para dejar entrar á los aristócratas en el encierro de la austriaca?....

—Yo! dijo la mujer de Tison; calla, calla; estás loco.

—Se consignará en el proceso verbal, dijo Simon con énfasis.

—Bah! esos son amigos del municipal Mauricio, uno de los mejores patriotas que existen.

—Pues yo digo que son unos conspiradores; pero en fin, se informará de todo al comun, y él juzgará.

—Segun eso, vas á delatarme! espia de policia.

—Así es la verdad, á no ser que te delates á tí misma.

—Pero de qué? qué quieres que delate?

—Toma! lo que ha pasado.

—Pero si nó ha pasado nada.

—Dónde estaban los aristócratas?

—Allá, en la escalera.

—Cuando la viuda Capeto subió á la torre?

—Si.

—Y se han hablado?

—Se han dicho dos palabras.

—Dos palabras, lo ves? Por otra parte, esa gente huele aquí á aristocracia.

—Es decir, que huele á clavel.

—Cómo clavel?

—Porque la ciudadana tenia un ramo de ellos que embalsamaba.

—Qué ciudadana?

—La que miraba pasar á la reina.

—Lo estás viendo? Acabas de decir la reina; el trato con los aristócratas te pierde. Pero calla! qué es lo que piso? continuó Simon inclinándose hácia el suelo.

—Ah! justamente, dijo la mujer de Tison, una flor, un clavel que se habrá caido de las manos de la ciudadana Dixmer cuando Maria Antonieta tomó uno de su ramo.

—La viuda Capeto ha tomado una flor del ramo de la ciudadana Dixmer? dijo Simon.

—Sí y yo mismo se lo he dado, lo entiendes? dijo con voz amenazadora Mauricio, que escuchaba aquel coloquio hácia algunos instantes, y al cual este coloquio impacientaba ya demasiado.

—Está bien, está bien, se vé lo que se vé, y se sabe lo que se dice, replicó Simon, que conservaba en la mano el clavel aplastado por su pié.

—Y yo, contestó Mauricio, sé una cosa, y voy á decírtela, y es que nada tienes que hacer aqui, y que tu puesto de verdugo está allá abajo al lado del niño Capeto, á quien sin embargo no maltratarás

hoy, porque yo estoy aquí y te lo prohibo.

—Hola! me amenazas y me llamas verdugo? exclamó Simon estrujando la flor entre sus dedos; ah! ya veremos si es permitido á los aristócratas!... Pero calla! qué significa esto?

—El qué? preguntó Mauricio.

—Lo que tienta en este clavel. Ah! ah!

Y en presencia de Mauricio estupefacto sacó Simon del cáliz de la flor su papeli- to enrollado con un cuidado esquisito, el cual habia sido artísticamente introducido en el centro de su espeso penacho.

—Oh! exclamó á su vez Mauricio, qué significa esto, Dios Dios?

—Ya lo sabremos, ya lo sabremos, dijo Simon aproximándose á una ventanilla. Ah! tu amigo Lorin dice que no sé leer: bueno, ahora lo verás.

Lorin habia calumniado á Simon, pues sabia leer lo impreso en todos los caracté- res y las letras manuscritas cuando eran de cierto tamaño; pero el billete estaba es- crito tan diminutivamente, que Simon se vió obligado á recurrir á sus anteojos. Dejó, pues, el billete sobre la ventana y se puso á hacer el inventario de sus bolsillos; pero cuando se hallaba en la mitad de este tra- bajo, el ciudadano Agricola abrió la puerta de la antesala, que estaba precisamente

en frente de la ventanilla, y una corriente de aire se llevó el papel, ligero como una pluma, de suerte que cuando Simon, después de su momentánea exploración, había hallado sus gafas, y después de haberlas montado sobre su nariz, buscó inútilmente el papel, este había desaparecido.

Simon lanzó un rugido

—Y el papel que dejé aquí? Dónde está? Dónde está? Ciudadano municipal? Oh! es preciso que parezca.

Y bajó rápidamente dejando absorto á Mauricio.

Diez minutos después entraron en la torre tres individuos del comun. La reina estaba todavía en el terrado, y se había dado la orden de no decirle nada de lo que acababa de pasar. Los miembros del comun se hicieron conducir á donde ella estaba.

El primer objeto que hirió su vista fué el clavel encarnado que todavía tenía en la mano. Miráronse unos á otros sorprendidos y acercándose á ella, dijo el presidente de la diputación.

—Dadnos esa flor.

La reina, que no esperaba semejante irrupción, tembló y vaciló.

—Entregad esa flor, señora, dijo Mauricio con una especie de terror; yo os lo suplico.

La reina alargó el clavel que se le reclamaba.

El presidente lo tomó y se retiró seguido de sus colegas á una sala inmediata, para hacer la indagacion é instruir el proceso verbal.

Abrieron la flor pero estaba vacia.

Mauricio respiró.

=Aguardad, aguardad un momento, dijo uno de los individuos: han quitado el corazon del clavel. Verdad es que el alvéolo está vacio, pero indudablemente se ha encerrado en él un billete.

=Estoy pronto, dijo Mauricio, á dar todas las esplicaciones necesarias; pero ante todas cosas pido que se me constituya en prision.

=Tomamos acta de tu proposicion, dijo el presidente, pero no hacemos de ella un derecho pues eres conocido por buen patriota ciudadano Lindey.

—Y yo respondo con mi vida de los amigos que he tenido la imprudencia de traer conmigo.

—No respondas de nadie, dijo el procurador.

En este momento se oyó gran bullicio en los corredores.

Era Simon, que despues de haber buscado inútilmente el billete arrebatado por el

viento, habia ido á buscar á Santerre y le habia contado la tentativa de raptó de la reina con todos los accesorios que podian prestar á semejante acontecimiento los encantos de su imaginacion.

Santerre habia acudido á las voces de Simon, se cercaba de tropa al Temple, y mudaban la guardia no sin gran despecho de Lorin, que protestaba contra aquella ofensa hecha á su batallon.

—Ah! picaro zapatero! dijo á Simon amenazándole con su sable, tu tienes la culpa de todo esto; pero no tengas cuidado, tú me la pagarás.

—Creo por el contrario que tú serás quien las pague todas juntas á la nacion, dijo el zapatero frotándose las manos.

—Ciudadano Mauricio, dijo Santerre; estás á la disposicion del comun, que vá á interrogarle.

—Estoy á tus órdenes, comandante; pero ya he pedido que se me arreste y vuelvo á pedirlo ahora.

—Aguarda, aguarda, murmuró Simon con socarroneria: puesto que te empeñas en ello vamos á ver si podemos darte gusto.

Y se retiró en busca de la mujer de Tison.



CAPITULO X.

La diosa Razon

Durante todo el dia se buscó por el pá-
tio, por el jardin y por las inmediacio-
nes el papelito que causaba todo aquel

rumor, y que segun todos sospechaban, debia encerrar una gran conjuracion.

Se preguntó á la reina despues de haberla separado de su hermana y de subirla; pero no respondió otra cosa sino que habia encontrado en la escalera á una joven que llevaba un ramo; que esta jóven le habia ofrecido el ramo y que ella se habia contentado con coger solo una flor. Ademias, habia cogido esta flor con el consentimiento del municipal Mauricio. Nada mas tenia que decir, y esta era la verdad en toda su desnudez y en toda su fuerza.

Interrogado despues Mauricio, apovó la deposicion de la reina como franca y exacta.

—¿Luego habia una conspiracion? dijo el presidente.

—Es imposible, dijo Mauricio, pues yo he sido quien comiendo en casa de Mme. Dixmer le propuse que viniera á ver la prisionera que jamás habia visto; pero ni se fijó el dia, ni se acordó la manera con que se habia de verificar la visita.

—Pero se pensó en traer flores, dijo el presidente; ese ramo habia sido hecho de antemano.

—Nada de eso; yo mismo he comprado esas flores á una ramilleteira que vino á ofrecérnoslas en la esquina de la calle de

Vieilles-Haudriettes.

—¿Pero la ramillettera te presentó el ramo?

—No, ciudadano, yo mismo lo escojí entre diez ó doce; verdad es que escojí el mas hermoso.

—¿Pero habrán deslizado en él ese billete durante el camino?

—Imposible, ciudadano, no he abandonado un minuto á Mme. Dixmer, y para hacer la operacion que decis en cada una de las flores, pues reflexionad que, segun lo que dice Simon, cada flor debia encerrar un billete semejante, hubiera sido preciso por lo menos medio dia.

—Pero en fin, no pueden haber deslizado entre esas flores dos billetes preparados de antemano?

—En mi presencia tomò la prisionera una al acaso, y despues de haberse negado á recibir todo el ramo.

—Entonces, ciudadano Lindey, opina porque no hay conspiracion?

—Si tal, hay conspiracion, replicó Mauricio, y soy el primero, no solamente á creerlo, sino á afirmarlo; pero puedo asegurar que esa conspiracion no es obra de mis amigos. Sin embargo, como conviene no esponer la nacion á ningun temor, ofrez-

co una caucion y me constituyo prisionero.

—Nada de eso, respondiò Santerre, ¿puede dudarse de patriotas experimentados como tu? Si te constituyes prisionero para responder de tus amigos, yo tambien me constituiré prisionero para responder de ti. Esto es muy sencillo, no hay denuncia positiva, no es verdad? Nadie sabrá lo que ha pasado. Redoblemos la vigilancia, tú sobre todo, y llegeremos à conocer el fondo de las cosas evitando su publicidad.

=Gracias, comandante, dijo Mauricio, pero os responderé, lo que responderiais en mi lugar. Nosotros no debemos contentarnos con esto, sino que necesitamos buscar à todo trance à la ramilletera.

=Quién sabe donde estará ahora? Pero no tengas cuidado, se la buscará. Tú vigila à tus amigos; yo vigilaré las correspondencias de la prision.

No habian pensado en Simon, pero Simon tenia su proyecto.

Llegó al fin de la sesion que acabamos de referir para averiguar lo que se habia resuelto por el Comun, y enterado de su decision, dijo:

—¡Ah! no se necesita mas que una denuncia en regla, esperad cinco minutos y yo la traeré.

—¿Pero qué denuncia? preguntó el presidente.

—¿Qué denuncia? respondió el zapatero, la que da la valiente ciudadana Tison contra los manejos ocultos del partidario de la aristocracia, Mauricio, y las ramificaciones de otro falso patriota de sus amigos llamado Lorin.

—Poco á poco, Simon; tu celo por la nacion te estravia tal vez, dijo el presidente; Mauricio Lindey y Jacinto Lorin son patriotas experimentados.

—Ya se verá eso en el tribunal, replicó Simon.

—Considera, Simon, que ese será un proceso escandaloso para todos los buenos patriotas.

—Escandaloso ó nó, que me importa á mi? Por ventura temo yo el escándalo? Al menos se sabrá toda la verdad y se conocerán los traidores.

—Conque persistes en denunciar en nombre de la mujer de Tison?

—Y aun me denunciaré á mi mismo esta tarde y á ti mismo con los demas, ciudadano presidente, si nõ quieres decretar el arresto del traidor Mauricio.

—Pues bien, sea, dijo el presidente que, segun la costumbre de aquella malhadada

época, temblaba delante de quien mas alto gritaba. Bien, se le prenderá.

Mientras se adoptaba esta decision contra él, Mauricio habia vuelto al Temple donde le esperaba un billete concebido en estos términos.

«Habiendo sido violentamente interrumpida nuestra guardia, no podré, segun todas las probabilidades, verte hasta mañana por la mañana: ven á almorzar conmigo y me pondrás al corriente de las tramas y de las conspiraciones descubiertas por el maestro Simon.

Aunque Simon asegure
Que un clavel causára el mal;
Yo preguntaré à la rosa
Y me dirá la verdad.

Y mañana te dirè lo que Artemisa me haya contestado.

Tu amigo,
Lorin.»

«Nada hay de nuevo, contestó Mauricio, duermo en paz esta noche y almuerza sin mi mañana, puesto que, en atencion á los incidentes de hoy, no saldré probablemente antes del medio dia.

«Quisiera ser céfiro para tener el derecho de enviar un beso á la rosa de que hablas.

«Te permito que silbes mi prosa como yo silbo tus versos.

Tu amigo,
Mauricio.»

«P. S. Por lo demas, creo que la conspiracion no era mas que una falsa alarma.»

En efecto Lorin habia salido hácia las once con todo su batallon, gracias á la mocion brutal del zapatero.

Habiase consolado de esta humillacion con una cuarteta y, como él mismo decia, en esta cuarteta, habia ido á casa de Artemisa.

Esta se alegró al ver llegar á Lorin; pues el tiempo estaba magnífico, como hemos dicho, y le propuso dar un paseo á que Lorin accedió gustoso.

Durante el camino, se pusieron á hablar de politica, y Lorin, contó su espulsion del Temple y trató de adivinar qué circunstancias habian podido provocarla, pero al llegar á la altura de la calle de las Barras, vieron á una ramilletera qué como ellos subia por la márgen derecha del Sena.

—Ah! ciudadano Lorin, dijo Artemisa, espero que me des un ramo.

=¡Cómo uno! dijo Lorin, dos si tal es tu gusto.

Y ambos redoblaron el paso para alcanzar á la ramilletera quien tambien seguia su camino aceleradamente.

Al llegar al puente Maria, se paró la jóven é inclinándose por encima del parapeto, vació su canastillo en el rio.

Las flores separadas se arremolinaron por un instante en el aire. Los ramos, arrastrados por su misma gravedad cayeron mas rápidamente, y despues ramos y flores sobrenadando en la superficie siguieron el curso del agua.

—Calla! dijo Artemisa mirando con atencion á la ramilletera, cualquiera diria... oh! si... oh!... no... pero si... Ah! que cosa mas rara!

La ramilletera se puso un dedo sobre los lábios como para suplicar á Artemisa que guardase silencio y desapareció.

=Qué significa esto? dijo Lorin; conoceis á esa mortal, diosa?

=No, Crei al principio... pero ciertamente me he engañado.

—Sin embargo, ella os ha hecho señas, insistió Lorin.

—¿Por qué será hoy ramilletera? preguntó Artemisa hablando consigo misma.

—Conque confesais que la conoceis, Artemisa? preguntó Lorin.

—Si, respondió Artemisa, es una ramillettera á quien compro algunas veces.

—Como quiera que sea, dijo Lorin, esa ramillettera tiene una manera muy singular de dar salida á su mercancia.

Y ambos despues de haber mirado por última vez las flores que habian ya tropezado con el puente de madera, y recibido nuevo impulso del brazo del rio que pasa por debajo de sus arcos, continuaron su camino hácia la Rapée donde pensaban tomar un refrigerio.

El incidente no tuvo por el pronto mas consecuencia, pero como era extraño [y presentaba cierto carácter misterioso, se grabó en la imaginacion poética de Lorin.

Entretanto la denuncia de la muger de Tison, denunciada contra Mauricio y Lorin, levantaba gran tumulto en el club de los jacobinos, y Mauricio recibió en el Temple un aviso del Comun, manifestándole que su libertad estaba amenazada por la indignacion pública, lo cual equivalia á decir al jóven municipal, que se ocultára si era culpable; pero descansando Mauricio en su conciencia se quedó en el Temple, y alli le encontraron en su puesto cuando fueron á prenderle.

En aquel mismo momento fué interrogado; pero firmemente resultó á no comprometer á ninguno de los amigos de quienes por otra parte estaba seguro, y poco inclinado á sacrificarse ridiculamente, con su silencio, como un héroe de novela, pidió la formacion de causa contra la ramilletera.

Eran las cinco de la tarde, cuando Lorin entró en su casa, donde no tardó en saber la prision de Mauricio y la peticion que habia hecho.

Presentósele en aquel momento á su imaginacion la ramilletera del puente Maria arrojando sus flores al Sena, cuya estraña circunstancia, unida á la semi confesion de Artemisia, todo le gritaba instintivamente que alli estaba la explicacion del misterio que deseaba aclarar Mauricio.

Salió aceleradamente de su habitacion, bajó los cuatro pisos como si hubiese tenido alas, y corrió á casa de la diosa Razon á quien encontró ocupada en bordar unas estrellas de oro en un vestido de gaza azul.

▲quel era su vestido de divinidad.

—Déjate de estrellas ahora, querida amiga, dijo Lorin. Esta mañana han prendido á Mauricio, y yo lo seré probablemente esta tarde.

—Mauricio está preso!

—Si, en estos tiempos nada hay mas comun que los grandes acontecimientos, y como sobrevienen de tropel nadie repara en ellos. Y cuenta que casi todos estos grandes acontecimientos provienen de fruslerias; pero no debemos despreciar las fruslerias. Quién era esa ramilleteira que encontramos esta mañana, querida amiga?

Artemisa tembló.

—Qué ramilleteira?

—Pardiez! la que arrojaba con tanta prodigalidad sus flores en el Sena.

—Oh! Dios mio, dijo Artemisa, es tan grave ese acontecimiento para que insistais de ese modo?

—Tan grave, querida amiga, que os suplico contesteis al instante á mi pregunta.

—Amigo mio, no puedo.

—Diosa, nada es imposible para vos.

—He jurado por mi honor guardar silencio.

—Y yo he jurado por el mio haceros hablar.

—Pero por qué insistis de ese modo?

—Por qué... diablo! porque no quiero que le corten la cabeza á Mauricio.

—Oh! Dios mio, Mauricio guillotinado! exclamó la jóven asustada.

—Y eso sin hablaros de mí, que á la

verdad no las tengo todas conmigo.

—Oh! no, no, dijo Artemisa, seria perderla infaliblemente.

En aquel momento el oficioso de Lorin entró corriendo en la habitacion de Artemisa.

—Oh ciudadano! exclamó, ponte en salvo! ponte en salvo!

—Y por qué, preguntó Lorin?

—Porque los gendarmes han entrado en tu casa, y mientras derriban la puerta, salté á la casa inmediata por el tejado y he venido á avisarte.

Artemisa lanzó un grito terrible, porque amaba realmente á Lorin.

—Artemisa, dijo Lorin afectando cierto aire de gravedad, quereis comparar la vida de una ramilletera con la de Mauricio y la de vuestro amante? Si es así, os declaro que ceso de teneros por la diosa Razon y os proclamo por la diosa Locura.

—Pobre Sofía! exclamó la ex-bailarina de la ópera; no es culpa mia si te delato.

—Bien, bien, querida amiga, dijo Lorin presentando un papel á Artemisa. Me habeis ya dicho su nombre de bautismo, decidme ahora su apellido y las señas de su casa.

—Oh! no exijais que escriba eso, exclamó

Artemisa, contentáos con que os lo diga de palabra.

—Pues bien, decidmelo y no tengais cuidado que no lo olvidaré.

Y Artemisa dijo á Lorin de viva voz el nombre y las señas de la falsa ramilletera.

Se llamaba Sofía Tison y vivia en la calle de Nonandieres, número 24. Al oir este nombre lanzó un grito Lorin y echó à correr. No habia llegado aun al fin de la calle cuando Artemisa recibia una carta.

Esta carta no contenia mas que las siguientes lineas:

«No digas ni una palabra de mi, querida amiga, porque la revelacion de mi nombre me perderia sin remedio. Espera hasta mañana para nombrarme, pues esta tarde saldré de Paris.

Tu Sofia,»

—Oh! Dios mio! exclamó la futura diosa, si hubiera podido adivinar esto habria esperado hasta mañana.

Y corrió hácia la ventana para llamar á Lorin, si todavia era tiempo, pero este habia desaparecido.



CAPITULO XI.

Madre é hija.

Ya hemos dicho que en pocas horas se habia divulgado por todo Paris la noticia de este acontecimiento. Habia en aque-

lla época indiscreciones muy fáciles de comprender de parte de un gobierno cuya política se anudaba y desataba en la calle.

Pronto llegó el rumor terrible y amenazador á la antigua calle de San Jacobo, y dos horas despues de la prision de Mauricio ya se sabia en ella esta noticia.

Gracias á la actividad de Simon, pronto salieron fuera del Temple los pormenores de la conjuracion; solo qué como cada uno glorificaba á su gusto la noticia, llegó algo alterada á casa del maestro curtidor; tratábase, segun se decia, de una flor envenenada que se habia hecho pasar á manos de la reina, para que, durmiendo con ella á sus guardias, pudiera salir del Temple; ademas, á estos rumores se habian agregado ciertas sospechas sobre la fidelidad del batallon despedido el dia anterior por Santerre, de suerte que habia ya muchas victimas designadas al furor del pueblo. Empero los vecinos de la antigua calle de San Jacobo no se engañaban, y con razon, sobre la verdadera naturaleza del acontecimiento, y Morand por una parte y Dixmer por otra salieron al punto, dejando á Genoveva entregada á la mas violenta desesperacion.

En efecto, si sucedia alguna desgracia á Mauricio, Genoveva era la causa de esta

desgracia; ella era la que habia conducido de la mano al ciego jóven hasta el calabozo donde estaba encerrado, y del cual no saldria, segun todas las probabilidades, sino para marchar al cadalso.

Pero como quiera que fuese, Mauricio no pagaria con su cabeza su abnegacion y obediencia al capricho de Genoveva. Si Mauricio era condenado, Genoveva se presentaria al tribunal, se acusaria à si misma y lo confesaria todo, cargando ella sola con la responsabilidad, y à espensas de su vida salvaria la de Mauricio, pues en vez de estremecerse ante el pensamiento de morir por Mauricio, hallaba por el contrario en este sacrificio una amarga felicidad.

Genoveva amaba à Mauricio, le amaba mas de lo que convenia à una mujer que no se pertenece, y de este modo queria entregar à Dios su alma pura y sin mancha como la habia recibido de sus manos.

Al salir de la casa, Morand y Dixmer se habian separado; este se encaminó hácia la calle de la Corderia, y aquel corriò hacia la de Nonandieres. Al llegar al puente Maria pudo observar esa multitud de ociosos y curiosos que se estacionan en Paris durante ó despues de un acontecimiento en el sitio en que este ha ocurrido, como los cuer-

vos se estacionan en el campo de batalla.

Al ver Morand este gentio, se paró y tuvo necesidad de apoyarse en el parapeto del puente para no caerse.

En fin, despues de algunos segundos recobró ese poder maravilloso que en las grandes circunstancias tenia sobre si mismo, se mezcló entre los grupos, preguntó y supo que diez minutos antes acababan de prender en la calle de Nonandieres, núm. 24, á una jóven culpable indudablemente del crimen que se le imputaba, puesto que la habian sorprendido ocupada en liar su ropa.

Morand averiguó el club ante el que la pobre jóven debía ser interrogada, y supo que la habian conducido ante la seccion principal, y se dirigió alli al punto.

El club estaba lleno de gente; sin embargo, á fuerza de codazos y puñetazos logró Morand deslizarse hasta una tribuna. La primera cosa que vió fué la alta estatura, el noble continente y aire desdeñoso de Mauricio, de pié en el banco de los acusados, y anonadando con sus miradas á Simon que peroraba.

—Si, ciudadano, gritaba Simon, si, la ciudadana Tison acusa á los ciudadanos Lindey y Lorin. El ciudadano Lindey habla de una ramilletera, sobre la cual quiere hacer

recaer su crimen; pero os prevengo de antemano que no se encontrará á la ramilleteira; esta es una conjuracion formada por una sociedad de aristócratas, que se echan la pelota unos á otros como cobardes que son. Por otra parte, habeis visto que el ciudadano Lorin habia desaparecido de su casa cuando fueron á buscarle. Pues bien, estoy seguro de que no se le encontrará, del mismo modo que á la ramilleteira.

=Mientes, Simon, dijo una voz furiosa, se le encontrará, porque aquí está.

Y Lorin entró precipitadamente en la sala.

=Abridme, paso! gritó atropellando á los espectadores, abridme paso.

Y fué á colocarse al lado de Mauricio.

Esta entrada de Lorin, hecha naturalmente, sin énfasis y sin aceptacion alguna, sino con toda la franqueza y todo el vigor inherente al carácter del jóven, produjo el mejor efecto en los tribunales, que se pusieron á aplaudir y á gritar bravo.

Mauricio se contentó con sonreirse y presentar la mano á su amigo, como si se hubiese dicho á si mismo: »estoy seguro de no permanecer largo tiempo solo en el banco de los acusados.»

Los espectadores miraban con visible interés aquellos dos hermosos jóvenes, á quie-

nes el inmundo zapatero del Temple acusaba como un demonio envidioso de la juventud y de la hermosura.

Simon notó la mala impresion que comenzaba á inspirar con sus palabras, y resolvió dar el último golpe.

--Ciudadanos, gritó, pido que se oiga á la generosa ciudadana Tison. Pido que hable, pido que acuse.

--Ciudadanos, dijo Lorin, pido que antes sea oída la ramilletera que acaba de ser presa, y que sin duda van á traer á vuestra presencia.

=No, dijo Simon, será algun falso testigo, algun partidario de los aristócratas. Por otra parte, la ciudadana Tison desea ilustrar la justicia.

Durante este tiempo Lorin hablaba en voz baja á Mauricio.

—Sí, gritaron desde las tribunas, sí, la declaracion la muger de Tison, si, si, que declare.

—La ciudadana Tison está en la sala? preguntó el presidente.

—Está, exclamó Simon; ciudadana Tison, di que estás aqui.

—Aqui estoy, ciudadano presidente, dijo la carcelera; pero si declaro, me volverán á mi hija?

—Nada tiene que hacer tu hija en el asun-

to que nos ocupa, dijo el presidente; declara primero, y despues dirigete al Común para reclamar tu hija.

—Lo oyes? el ciudadano presidente te manda declarar, gritó Simon; declara desde luego.

—Esperad un momento, dijo volviéndose hácia Mauricio el presidente, admirado de la calma de aquel hombre ordinariamente tan fogoso: esperad un momento: ciudadano municipal, nada tienes que decir?

—Nada, ciudadano presidente, sino que antes de llamar cobarde y traidor á un hombre como yo, hubiera debido Simon esperar á estar mejor enterado.

—Qué dices? qué dices? preguntó Simon con ese acento burlon del hombre del pueblo, peculiar á la plebe parisiense.

—Digo, Simon, replicó Mauricio con mas tristeza que cólera, que ahora mismo vas á ser cruelmente castigado, cuando veas lo que suceda.

—Y que vá á suceder? preguntó Simon.

—Ciudadano presidente, replicó Mauricio sin responder á su odioso acusador; me adhiero á mi amigo Lorin para pedirte que se oiga á la jóven que acaban de prender antes que se haga hablar á esa pobre muger, á quien sin duda han sugerido su declaración.

—Lo oyes, ciudadana? gritó Simon, lo

oyes? dicen allá abajo que eres un falso testigo.

—Yo falso testigo! dijo la muger de Tison. ah! ahora se verá; aguarda, aguarda.

—Ciudadano, dijo Mauricio, por piedad manda callar á esta desdichada.

—Ah! tienes miedo, gritó Simon, tienes miedo. Ciudadano presidente, reclamo la deposicion de la ciudadana carcelera del Temple.

—S, sí, la deposicion, gritaron desde las tribunas.

—Silencio! gritó el presidente; ya vuelve el Comun.

En aquel momento se oyó rodar un coche por la parte exterior con gran estrépito de armas y ahullidos.

Simon se volvió inquieto hácia la puerta.

—Deja la tribuna, le dijo el presidente; no tienes ya la palabra.

Simon bajó.

En aquel momento entraron los gendarmes acompañando á una jóven y seguidos de multitud de curiosos.

--Es ella? preguntó Lorin á Mauricio.

--Sí, sí, ella es, dijo este. Oh desgraciada está perdida!

--La rami letera, la rami letera, murmuraron desde las tribunas, es la rami letera!

--Pido ante todas cosas la declaracion de

la muger de Tison, exclamó el zapatero: le habias mandado que declarára, presidente, y ya ves que no declara.

La mujer de Tison fué llamada, y entabló una denuncia terrible y circunstanciada. Segun ella, la ramilletera era culpable, pero Mauricio y Lorin eran sus cómplices.

Esta delacion produjo un efecto indecible en el público.

--Entretanto, Simon triunfaba.

--Gendarmes, traed la ramilletera, gritó el presidente.

--Oh! esto es horroroso, murmuró Morand, ocultando su cabeza entre sus dos manos.

La ramilletera fué llamada y se colocó al pie de la tribuna en frente de la muger de Tison, cuyo testimonio acababa de hacer capital el crimen de que se la acusaba.

Entonces se levantó su velo.

--Sofia! exclamó la muger de Tison: hija mia... tú aqui!...

--Si, madre mia, respondió dulcemente la jóven.

--Y por qué estás entre dos gendarmes?

--Porque he sido acusada, madre mia!

--Tú... acusada! exclamó la muger de Tison con angustia, y por quién?

--Por vos, madre mia!

Un silencio espantoso, silencio de muerte sucedió de repente á la confusa griteria

que reinaba en el salon, y el sentimiento doloroso de aquella horrible escena oprimió todos los corazones.

—Su hija! esclamaron multitud de voces, su hija! desdichada!

Mauricio y Lorin miraban á la acusadora y á la acusada con un sentimiento de profunda compasion y de dolor respetuoso.

Deseando Simon ver el fin de aquella escena, en la que esperaba que Mauricio y Lorin seguirian comprometidos, trató de evitar las miradas de la muger de Tison, que absorba y estupefacta no hacia, mas que mirar á su alrededor.

—Cómo te llamas ciudadana? dijo el presidente, conmovido tambien, á la jóven, tranquila y resignada.

—Sofia Tison, ciudadano.

—Qué edad tienes?

—Diez y nueve años.

—Donde vives?

—En la calle de Nonandieres, número 24.

—Eres tú la que has vendido al ciudadano municipal Lindey, que se halla en ese banco, un ramo de claveles esta mañana?

La hija de Tison se volvió hácia Mauricio, y despues de haberle mirado,

—Sí, ciudadano, yo soy, dijo.

La muger de Tison miraba tambien á su hija con ojos dilatados por el espanto.

—¿Sabes que cada uno de esos claveles contenia un billete dirijido á la viuda de Capeto?

—Lo sé, respondió la acusada.

Un movimiento de horror y de admiracion se notó en todo el salon.

—¿Por qué ofreciste esos claveles al ciudadano Mauricio?

—Porque le veia la faja de municipal, y sospechaba que iba al Temple.

—¿Quiénes son tus cómplices?

—No los tengo.

—¿Cómo! has tramado la conspiracion tu sola?

—Si hay conjuracion yo sola le he tramado.

—Pero sabia el ciudadano Mauricio...

—Qué esas flores contenian billetes?

—Si.

—El ciudadano Mauricio es municipal; el ciudadano Mauricio podia ver á la reina á cualquiera hora del dia y de la noche, y si hubiese tenido que decir algo á la reina, no necesitaba escribir, pudiendo hablarla.

—¿Y no conociais al ciudadano Mauricio?

—Le habia visto venir al Temple en la época en que yo estaba en compañía de mi madre; pero solo le conocia de vista.

—¿Lo ves, miserable! exclamó Lorin ame-

nazando con el puño á Simon, que bajando la cabeza, aterrado al ver el giro que tomaban las cosas, queria huir sin ser visto. Ves lo que has hecho?

Todas las miradas se fijaron en Simon con un sentimiento de indignacion profunda.

El presidente continuó.

—Puesto que eres tú la que has entregado el ramo, puesto que sabias que cada flor contenia un papel, debes saber tambien que habia escrito en ese papel.

—Ciudadano, dijo con firmeza la jóven, he dicho todo lo que podia, y sobre todo, lo que queria decir.

—Y te negarás á contestar?

—Si.

—¿Confias acaso en tu juventud y en tu hermosura?

—Yo no confio mas que en Dios.

—Ciudadano Mauricio Lindey, dijo el presidente, ciudadano Jacinto Lorin, estais libres, el Comun reconoce vuestra inocencia, y hace justicia á vuestro civismo. Gendarmes, conducid á la ciudadana Sofia á la cárcel de la seccion.

Al oir la mujer de Tison estas palabras pareció despertarse, lanzó un espantoso grito, y quiso precipitarse para abrazar á su hija; pero los gendarmes se lo impidieron.

—Os perdono, madre mia, gritó la jóven cuando se la llevaban los gendarmes.

La mujer de Tison lanzó un rugido salvaje y cayó como muerta.

Qué hija tan noble y generosa! exclamó Morand con profunda emocion.





CAPITULO XII.

El billete.

Despues de los acontecimientos que acabamos de referir, ocurrió otra escena como complemento de aquel drama que

comenzaba á desarrollarse en sus sombrías peripecias.

Aterrada la mujer de Tison por lo que acababa de pasar, abandonada de los que la habían acompañado, porque aun en el crimen involuntario hay cierta odiosidad, y es crimen muy grande el de una madre que mata á su hija, aunque sea por exceso de celo patriótico, la mujer de Tison, despues de haber permanecido algun tiempo en absoluta inmovilidad, levantó la cabeza, miró á su alrededor, y viéndose sola lanzó un grito y corrió hácia la puerta.

Hallábanse todavia estacionados aqui algunos curiosos mas tenaces ó menos sensibles que los otros; al verla venir le abrieron paso, mostrándosela unos á otros con el dedo y diciendo:

—Ves esa mujer? Es la que ha denunciado á su hija.

La carcelera dió un grito de desesperacion y se lanzó en la direccion del Temple; pero al llegar á la tercera parte de la calle de Miguel el Conde, se interpuso á su paso un hombre que ocultaba casi todo su rostro embozado en su capa.

—Estás ya contenta? le dijo: has asesinado á tu hija.

—Asesinado á mi hija! asesinado á mi hija! exclamó la pobre madre: no; no es posible.

—Y sin embargo, así es, puesto que tu hija está presa.

—Y á donde la han llevado?

—A la consergeria: desde allí partirá para el tribunal revolucionario, y ya sabes la suerte que espera á los que van á este tribunal.

—Dejadme pasar, dijo la mujer de Tison, dejadme pasar.

—A dónde vas?

—A la consergeria.

—Qué vas á hacer allí?

—A verla otra vez.

—No te dejarán entrar.

—Pero me dejarán acostarme en la puerta, vivir allí, dormir. Allí permaneceré hasta que salga, y á lo menos la veré otra vez.

—Y si alguno te prometiese devolverte tu hija?

—Qué decis?

—Te pregunto que si un hombre te prometiese devolverte tu hija; harías lo que este hombre te dijera?

—Todo por mi hija, todo por mi Sofia, exclamó la pobre madre retorciéndose los brazos con desesperacion. Todo, todo, todo.

—Escucha, respondió el desconocido: Dios es quien te castiga.

—Y de qué?

—De los tormentos que has causado á

una infeliz madre como tú.

—De quien hablais? qué quereis decir?

—Que has conducido muchas veces á tu prisionera á dos dedos de la desesperacion á que marchas tú misma en este momento por tus revelaciones y brutalidades. Dios te castiga conduciendo á la muerte á esa hija á quien tanto amas.

—Habeis dicho que habia un hombre que podia salvarla. Donde está ese hombre? Qué quiere? Qué pide?

—Ese hombre quiere ceses de perseguir á la reina, que la pidas perdon por los últimos trages que le has hecho, y que si conoces que esa muger, que tambien tiene una madre que sufre, que llora y se desespera, puede salvarse por una circunstancia imposible, ó por un milagro del cielo, en vez de oponerte á su fuga, contribuyas á ella con todo tu poder.

—Escucha, ciudadano, dijo la mujer de Tison, tu eres ese hombre, no es verdad?

—Y qué?

—Eres tu quién prometes salvar á mi hija?

El desconocido guardó silencio.

—Me lo prometes? Te comprometes á ello? Me lo juras? Responde.

—Escucha. Todo lo que un hombre puede hacer para salvar á una mujer lo haré yo para salvar á tu hija.

—No puede salvarla! esc!amó la muger de Tison lanzando terribles ahullidos, no puede salvarla! Mentia cuando me prometió salvarla.

—Haz lo que puedas por la reina, y yo haré lo que pueda por tu hija.

—Qué me importa á mi la reina? es una madre que tiene una hija y nada mas; pero si cortan la cabeza á alguno, no será á su hija, sino á ella. Que me corten á mi la cabeza, pero que salven á mi hija. Que me lleven á la guillotina, siempre que no le corten ni un solo cabello de su cabeza, é iré á la guillotina cantando:

«Perezca la aristocrácia
Colgada de los faroles.»

Y la muger de Tison se puso á cantar con voz espantosa; despues interrumpió de repente su canto dando una gran carcajada.

El hombre embozado se asustó al parecer de aquel principio de locura y dió un paso hácia atrás.

—Oh! no te marcharás así, dijo la carcelera desesperada y sujetándole por la capa; no se dice á una madre: «Haz esto y salvaré á tu hija,» para decirle despues: «Tal vez!» La salvarás?

—Sí.

=Cuándo?

=El día en que la conduzcan desde la conserjería al cadalso.

--Por qué esperas á ese día? Por qué no la salvas esta noche, esta tarde, ahora mismo?

--Porque no puedo.

--Ah! lo ves! lo ves! exclamó la desolada madre, ves como no puedes? pues bien, yo puedo.

- Qué puedes?

--Puedo perseguir á la prisionera, como tu la llamas; puedo vigilar á la reina, como dices, porque eres aristócrata. Puedo entrar á todas horas de día y de noche. En cuanto á salvarla, ya veremos. Puesto que no quieren salvar á mi hija, tampoco ella se salvará. Cabeza por cabeza, quieres? Mme. Veto ha sido reina, lo sé; Sofia Tison no es mas que una pobre muchacha: tambien lo sé; pero en la guillotina todos somos iguales.

--Pues bien! sea; dijo el hombre embozado; sálvala, y yo la salvaré.

--Juras?

--Lo juro.

—Por quién?

—Por quien quieras.

=Tienes una hija?

—No.

—Entonces, dijo la carcelera dejando caer sus brazos con desaliento, sobre quién quieres jurar?

=Lo juro por Dios.

—Bah! respondió la carcelera, bien sabes que han deshecho el antiguo y no han hecho todavía el nuevo.

=Lo juro por el sepulcro de mi padre.

—No jures por un sepulcro... Oh! Dios mio! Cuando pienso que dentro de tres dias tal vez juraré yo tambien por la tumba de mi hija! Hija mia, mi pobre Sofia! gritó la carcelera.

Y á su voz estrepitosa se abrieron muchas ventanas.

Al abrirse estas ventanas se vió á otro hombre como destacarse de la pared y avanzar hácia el primero.

—Nada se puede hacer con esta mujer dijo el primero al segundo: está loca.

=No, es madre, dijo este, y se retiró con su compañero.

Al verlos alejarse la mujer de Tison pareció volver en si.

=A dónde vais? exclamó, vais á salvar á Sofia? Entonces esperadme, voy con vosotros, esperadme, esperadme.

Y la pobre madre siguió detras de ellos dando gritos; pero en la esquina de la calle mas próxima los perdió de vista, y no

sabiendo ya hácia que punto dirigirse permaneció un instante indecisa, mirando á todos lados, y viéndose sola en la noche y en el silencio, doble símbolo de la muerte, lanzó un grito penetrante y cayó sin conocimiento sobre el empedrado.

Dieron las diez.

Durante este tiempo, y cuando esta misma hora resonaba en el reloj del Temple, sentada la reina en aquella estancia que ya conocemos, al lado de una lámpara hermosa, entre su hermana y su hija, y oculta á las miradas de los municipales por Mme. Real que fingia abrazarla, leía por segunda vez un billete escrito en el papel mas delgado que se habia podido encontrar, con una letra tan fina que apenas sus ojos, encendidos por las lágrimas, podian descifrarlo.

El billete contenia lo que sigue:

«Mañana martes pedis permiso para bajar al jardin, lo cual os concederán sin dificultad alguna, porque se ha dado la orden de otorgaros este favor en cuanto lo pidais. Despues de dar tres ó cuatro vueltas finjid que os hallais cansada, aroximaos á la cantina, y pedid á la viuda Plumeau permiso para sentaros en su casa. Al cabo de un instante finjid que os sentis mala y que

os desmayais. Entonces se cerrarán las puertas para socorremos y permaneceréis con Mme. Isabel y Mme. Real. Inmediatamente se abrirá la trampa de la cueva; penetrad con vuestra hermana y vuestra hija por esta abertura y os salvareis las tres.»

—¡Dios mío! dijo Mme. Real, ¿se habrá cansado al fin nuestra mala suerte?

—¿O este billete no será mas que un lazo? replicó Mme. Isabel.

—No, no, dijo la reina: estos caracteres me han revelado siempre la presencia de un amigo misterioso, pero muy valiente y leal.

—Es del caballero? preguntó Mme. Real.

—Del mismo, respondió la reina.

Mme. Isabel juntó las manos.

—Volvamos á leer el billete cada una de nosotras por sí y en voz baja, dijo la reina, á fin de que si una de nosotras olvida alguna cosa, la otra se acuerde de ella.

Y todas tres volvieron á leer para sí; pero al acabar esta lectura oyeron girar sobre sus goznes la puerta de su estancia. Las dos princesas se volvieron: la reina solo permaneció como estaba, y con un movimiento casi imperceptible, llevó el billete á sus cabellos y lo deslizó en su peinado.

Uno de los municipales abría la puerta.

—Qué quereis, señor? preguntaron á un tiempo Mme. Isabel y Mme. Real.

—Hum, dijo el municipal; me parece que os acostais muy tarde esta noche...

—Hay por ventura, dijo la reina volviéndose con su dignidad acostumbrada, alguna nueva órden del comun que prescriba la hora en que he de acostarme?

—No, ciudadana, dijo el municipal; pero si es necesario se dará una.

—Entre tanto, señor, dijo Maria Antonieta, respetad, ya que no la alcoba de una reina, á lo menos la de una mujer.

—Bah! bah! contestó el municipal, estos aristócratas hablan siempre como si fuesen alguna cosa.

Pero sometido sin embargo por aquella dignidad, alivia en la prosperidad, pero que tres años de padecimientos habian hecho tranquila, se retiró.

Un instante despues se apagó la lámpara, y, como de costumbre, las tres mujeres se desnudaron en las tinieblas, haciendo de la oscuridad un velo á su pudor.

Al dia siguiente, á las nueve de su mañana, despues de haber leído otra vez la reina encerrada entre las cortinas de su cama el billete de la vispera á fin de no apartarse en nada de las instrucciones que con-

tenia, despues de haberlo rasgado y reducido á pedazos casi impalpables, se vistió y despertando á su hermana pasó al dormitorio de su hija.

Un momento despues salió y llamó á los municipales de guardia.

=Qué quieres ciudadana? preguntó uno de ellos presentándose en el umbral de la puerta, mientras que el otro no abandonó su almuerzo para acudir al llamamiento real.

—Señor, dijo Maria Antonieta, acabo de ver á mi hija, y la pobre niña está realmente muy enferma. Tiene las piernas hinchadas y le duelen mucho, sin duda por falta de ejercicio. Por lo demás yo sola la he condenado á esta imitacion, pues por no pasar por delante del cuarto que mi marido habitaba en vida, no he querido hacer uso de la autorizacion que me habian concedido para bajar á pasearme por el jardin, y me he limitado solo al paseo del terrado. Este paseo es ya insuficiente á la salud de mi pobre hija, y así os suplico, ciudadano municipal, que reclameis en mi nombre al general Santerre el uso de esa libertad que me habian concedido; hacedme este favor, y contad con mi eterno reconocimiento.

La reina pronunció estas palabras con

acento tan dulce y digno á la vez, evitando con tanto cuidado cualquiera calificación que pudiese ofender la susceptibilidad republicana de su interlocutor, que este, que se habia presentado á ella con la cabeza cubierta, como era costumbre en la mayor parte de aquellos hombres, levantó poco á poco su gorro colorado, y cuando la reina acabó, la saludó diciendo:

—Estad tranquila, señora, se pedirá al ciudadano general el permiso que deseais.

Despues retirándose, como para convenirse á si mismo que cedia á la justicia y no á su debilidad.

—Es justo, repitió; despues de todo es justo.

—Qué es justo? preguntó el otro municipal.

—Que esa muger pasee á su hija, que está enferma.

—Y qué es lo que pide?

—Piden que la dejen bajar á pasearse una hora por el jardin.

—Bah! dijo el otro, que pida ir á pié desde el Temple á la plaza de la Revolución, y asi se paseará.

La reina oyó estas palabras, y se puso pálida; pero sacó de ellas nuevo valor para el gran acontecimiento que se preparaba.

El municipal acabó de almorzar y bajó. La reina por su parte pidió que le llevaran el desayuno al cuarto de su hija, lo cual le fué concedido.

Para confirmar la noticia de su enfermedad se quedó Mme. Real en cama y á su cabecera se sentaron Mme. Isabel y la reina.

A las once llegó Santerre como de costumbre; su llegada, como siempre, fué anunciada por los tambores que batieron marcha, y por la entrada del nuevo batallón y de los nuevos municipales que venían de relevo.

Luego que Santerre, montado en su pesado caballo normando, pasó revista en el pátio al batallón saliente y al entrante, se paró un instante para oír las reclamaciones, peticiones y denuncias que se le dirigian diariamente á semejantes horas.

El municipal aprovechó este momento para acercarse á él.

—Qué quieres? le dijo bruscamente Santerre.

—Ciudadano, contestó el municipal, vengo á decirte de parte de la reina...

—Qué es eso de reina? interrumpió Santerre.

—Ah! es verdad, dijo el municipal ad-

mirado él mismo de aquella distraccion. Qué es lo que digo? Estoy loco? Vengo á decirte de parte de madama Veto...

=Eso ya es otra cosa, dijo Santerre: y bien, que es lo que vienes á decirme?

—Vengo á decirte que la niña Veto está enferma, segun parece, por falta de aire y de movimiento.

—Y por ventura, tiene la culpa la nacion? No le habia permitido la nacion que se paseara en el jardin y ella no ha querido? De qué se queja?

=De eso mismo, y arrepentida ya, pide que la dejes bajar.

—No hay dificultad en eso. Lo ois vosotros todos? dijo Santerre dirigiéndose á todo el batallon. La viuda Capeto vá á bajar para pasearse por el jardin. La nacion le ha concedido este permiso; pero cuidad de que no se escape por encima de las tápias, porque si tal cosa sucede, os hago cortar la cabeza á todos.

Una carcajada acogió la chanza del ciudadano general.

—Y puesto que quedais prevenidos, dijo Santerre, voy á la Convencion, pues parece que acaban de atrapar á Rolando y Barbarroja y se trata de darles pasaporte para el otro mundo.

Esta era la noticia que habia puesto de tan buen humor al ciudadano general.

Santerre partió al galope, y detrás de él salió el batallón que acababa de ser relevado. En fin, los municipales cedieron el puesto á los recién llegados, los cuales habian recibido las instrucciones de Santerre relativas á la reina.

Uno de los municipales subió al cuarto de Maria Antonieta y le trasmitió esta orden.

La reina dió gracias al municipal, y observó que su hija se ruborizaba y su hermana acababa de dar gracias á Dios mentalmente.

—Oh! exclamó interiormente mirando al cielo al través de su ventana, habrá cesado vuestra cólera, señor, y vuestra diestra terrible se habrá cansado de pesar sobre nosotras?

=Gracias, señor, dijo al municipal con esa encantadora sonrisa que perdió á Barnave y rindió á tantos hombres insensatos, gracias.

Y volviéndose despues hácia su perrito, que saltaba á su lado, porque conocia en las miradas de su ama que pensaba alguna cosa extraordinaria.

=Vamos, Black, dijo ella, vamos á paseo.

El perro se puso á ladrar y brincar, y despues de haber mirado al municipal, comprendiendo sin duda que de aquel hombre procedia la noticia que tanto alegraba á su ama, se acercó á él arrastrándose, agitando su larga cola sedosa, y aun aventurándose á acariciarlo.

Aquel hombre, que acaso hubiera permanecido insensible á las súplicas de la reina, se sintió enternecido con las raricias del perro.

—Aunque no hubiese sido mas que por este perro, ciudadana Capeto, debiais haber salido con mas frecuencia. La humanidad manda que se tenga cuidado de todas las criaturas.

—¡A qué hora saldremos, señor? preguntó la reina. ¿No opinais que el sol de mediodia nos haria mucho provecho?

—Podeis salir cuando gustéis, dijo el municipal, sobre este particular no he recibido orden alguna. Sin embargo, si quereis salir á las doce, como es el momento en que se relevan las centinelas, creo que será mucho mejor, habrá menos movimiento en la torre.

—Bien, saldremos á las doce, dijo la reina apoyando la mano sobre su corazon para comprimir sus latidos, y miró fijamente á

aquel hombre que parecia menos duro que sus compañeros, y que tal vez por premio de su condescendencia á los deseos de la prisionera iba á perder la vida en la lucha que los conjurados meditaban.

Pero tambien en aquel momento, en que cierta compasion iba á ablandar el corazon de la mujer se despertó el alma de la reina: pensó en el 10 de agosto y en los cadáveres de sus amigos cubriendo las alfombras de su palacio; pensó en el 2 de setiembre y en la cabeza de la princesa de Lamballe levantada en la punta de una pica delante de sus ventanas; pensó en el 21 de enero y en su marido moribundo sobre un cadalso al ruido de los tambores que apagaban su voz; en fin, pensó en su hijo, pobre niño, cuyos gritos de dolor habia oido mas de una vez desde su estancia sin poder prestarle el menor socorro, y su corazon se endureció.

—Ay! murmuró, la desgraciada es como la sangre de las hidras antiguas, fecundiza las mieses con nuevas desgracias!



CAPITULO XIII.

Black.

El municipal salió para llamar á sus cólegas y leer el acta que habian dejado los municipales salientes.

La reina quedó sola con su hermana y su hija.

Todas tres se miraron con cierto aire de terror: madama Real se arrojó en los brazos de la reina y la tuvo abrazada; Mme. Isabel se apriesimó á su hermana y le presentó su mano.

—Roguemos á Dios, dijo la reina; pero oremos así, á fin de que nadie sospeche que oramos.

Hay épocas fatales en que la oracion, ese himno natural que Dios ha puesto en el fondo del corazon del hombre, se hace sospechoso á los ojos de los demas, porque la oracion es en acto de esperanza ó de agradecimiento. Por tanto era causa de inquietud á los ojos de los guardianes de la reina su esperanza ó su agradecimiento, porque esta no podia esperar mas que una sola cosa, la fuga, ni dar gracias á Dios sino por haberle dado los medios para ello.

Terminada esta plegaria mental, permanecieron las tres sin pronunciar una sola palabra.

Dieron las once y tres cuartos y despues la doce.

Al dar la última campanada, cierto ruido de armas comenzó á llenar la escalera de caracol y subir hasta el cuarto de la reina.

—Son los centinelas que relevan, dijo: ahora van á venir á buscarnos, y viendo que su hermana y su hija se ponian pálidas, añadió; ánimo! si bien ella misma habia perdido tambien el color.

—Son las doce, gritaron desde abajo. Haced bajar á las prisioneras.

—Aqui estamos, señores, respondió la reina que con un sentimiento casi mezclado de pesar saludó con una tierna y última mirada las negras paredes y los muebles, si no groseros, á lo menos muy sencillos, compañeros de su cautiverio.

Abrióse el primer postigo que daba sobre el corredor, este era sombrío, y en su oscuridad podian las tres presas disimular su emocion. Delante corria el fiel Black; pero cuando llegaron al segundo postigo; es decir, á aquella puerta de la que Maria Antonieta intentaba apartar la vista, el pobre animal pegó su hocico sobre los grandes clavos, y, despues de muchos gritos lastimeros, lanzó un gemido doloroso prolongado. La reina pasó de largo y con la mayor celeridad, sin tener fuerzas para llamar á su perrro, y buscando la pared para apoyarse.

Despues de haber dado algunos pasos, vacilaron sus piernas y tuvo necesidad de pa-

rarse. Su hermana y su hija se aproximaron á ella, y, por un instante, las tres mujeres permanecieron inmóviles, formando un grupo doloroso, apoyando la reina su cabeza sobre el hombro de madama Real.

Black vino á buscarla.

=Eh! gritó la voz, baja ó no baja?

—Allá vamos, dijo el municipal que se habia parado tambien, respetando aquel dolor tan grande en su sencillez.

—Vamos, dijo la reina, y acabó de bajar...

Cuando las prisioneras llegaron al pié de la escalera de caracol, en frente de la última puerta bajo la cual trazaba el sol anchas fajas de luz dorada, se oyó el tambor que llamaba á la guardia; despues hubo un gran silencio provocado por la curiosidad, y la pesada puerta se abrió lentamente rodando sobre sus goznes rechinales.

Habia sentada en el suelo una mujer, ó mas bien acostada en el ángulo del guarda canton contiguo á aquella puerta. Era la mujer de Tison, á quien la reina no habia visto despues de veinte y cuatro horas, ausencia que habia suscitado su admiracion muchas veces en la tarde de la vispera y

en la mañana de aquel mismo día.

La reina veía ya la luz, los árboles, el jardín, y dirigiendo sus ávidas miradas mas allá de la barrera que cerraba este jardín buscaba la casita de la cantina donde sin duda la aguardaban sus amigos, cuando el ruido de sus pasos la mujer de Tison separó sus manos, y la reina vió un rostro pálido desencajado y una cabellera cana.

El cambio era tan grande que la reina se quedò asombrada.

Entonces, con esa lentitud que se observa en las personas faltas de razon, vino á arrodillarse delante de aquella puerta, cerrando el paso á Maria Antonieta.

—Qué quereis, buena mujer? preguntò la reina.

—Me ha dicho que era preciso que me perdonáseis.

—Quièn? preguntó la reina.

—El de la capa, replicó la mujer de Tison.

La reina miró á Mme. Isabel y á su hija con aire de asombro.

—Retiraos, retiraos, dijo el municipal, dejad pasar á la viuda de Capeto; tiene permiso para pasearse en el jardín.

—Ya lo sé, dijo la vieja; por lo mismo he venido á esperarla aqui: ya que no han

querido dejarme subir, y debiendo yo pedirle perdon, ha sido preciso que la espere aqui.

=Por qué no os han dejado subir! preguntó la reina.

La muger de Tison se echó á reir.

—Porque dicen que estoy loca! contestó.

La reina la miro, y vió en efecto en los ojos estraviados de aquella desgraciada resplandecer un resplendor extraño, esa luz vaga que indica la ausencia del pensamiento.

=¡Oh Dios mio! dijo, ¡pobre mujer! ¡qué os ha sucedido?

=Me ha sucedido... ¿no lo sabeis? dijo la mujer; pero si... si lo sabeis, porque por vuestra culpa ha sido condenada...

—¿Quién?

=Sofia,

—Vuestra hija!

—Si, ella... mi pobre hija.

=Condenada... pero ¿por quién? ¿cómo? ¿por qué?

—Porque ella es quien ha vendido el ramo...

—¿Qué ramo?

—El ramo de claveles... sin embargo, ella no es ramilletera, replicó la mujer de Tison, como si tratase de coordinar sus ideas, ¿cómo ha podido vender ese ramo?

La reina se estremeció. Un lazo invisible unia esta escena á la situacion presente; comprendió que era preciso no perder tiempo en un diálogo inútil.

—Mi buena mujer, dijo, os suplico que me dejeis pasar; despues me contareis todo eso.

—No, ahora mismo; es menester que me perdoneis; es menester que os ayude á huir para que él salve á mi hija...

La reina se puso pálida como una difunta.

—!Dios mio! exclamó, levantando los ojos al cielo; y volviéndose despues al municipal, le dijo:

—Señor, tened la bondad de separar á esta mujer, pues ya veis que está loca.

—Vamos, vamos, buena mujer, dijo el municipal, retiraos.

Pero la mujer de Tison se apoyó en la pared.

—No, replicó, es menester que me perdone para que él salve á mi hija.

—¿Pero quién?

—El hombre de la capa.

—Hermana mia, dijo Mme. Isabel, dirígidle algunas palabras de consuelo.

—Oh! con mucho gusto; dijo la reina. En efecto, creo que esto será lo mas breve, y volviéndose hácia la loca le dijo: buena mujer, qué deseais.

—Deseo que me perdoneis todo lo que os he hecho sufrir con las injurias que os he dicho y con las delaciones que he hecho, y que cuando veais al hombre de la capa le mandeis que salve á mi hija, puesto que él hace todo lo que quereis.

—No sé lo que quereis decir con el hombre de la capa, respondió la reina, pero si basta para tranquilizar vuestra conciencia que yo os perdone las ofensas que creéis haberme hecho, oh! con toda mi alma os perdono, pobre muger, y ojalá me perdonen también aquellos á quienes yo haya ofendido.

—Oh! exclamó la muger de Tison con indefinible acento de alegría, conque salvará á mi hija, puesto que me habeis perdonado? Vuestra mano, señora, vuestra mano.

La reina, llena de asombro, presentó maquinalmente su mano, y asiéndola fuertemente la vieja, apoyó en ella sus lábios.

En aquel momento se oyó la ronca voz de un pregonero que gritaba en la calle del Temple:

—Causa y sentencia que condenan á Sofía Tison á la pena de muerte por el crimen de conspiracion.

Apenas estas palabras hirieron los oídos de la muger de Tison, se alteraron sus facciones, se incorporó apoyándose sobre una ro-

dilla, y estendió los brazos para cerrar el paso á la reina.

—Oh! Dios mio! murmuró la reina, que no habia perdido una palabra del terrible anuncio.

—Condenada á la pena de muerte! exclamó la madre, mi hija condenada! mi Sofia perdida! Con que no la ha salvado? Conque no puede salvarla? Ah es ya demasiado tarde.

—Pobre muger, dijo la reina, creed que os compadezco.

—Tú! dijo, y sus ojos se inyectaron de sangre, tú, tú me compadeces! jamás! jamás!

—Os engañais, os compadezco con todo mi corazon, pero dejadme pasar.

—Dejarte pasar? (La muger de Tison prorrumpió en una carcajada) No no! yo te dejaba huir porque me habia dicho que si te pedia perdon y te dejaba huir, salvaria á mi hija; pero puesto que condenan á mi hija, no te salvarás.

—A mí! señores, venid en mi auxilio, exclamó la reina; Dios mio! no veis que esta muger está loca?

—No, yo no estoy loca, no, bien sé lo que digo, exclamó la muger de Tison. Habia tramada una conspiracion; Simon es quien la ha descubierto. Mi hija, mi pobre hija, es quien ha vendido el ramo; así la ha declarado ante el tribunal revolucionario: un ra-

mo de claveles que tenía papeles dentro.

—Señora! dijo la reina, en nombre del cielo!

Oyóse de nuevo la voz del pregonero que repetía:

=Causa y sentencia que condena á Sofia Tison á la pena de muerte por crimen de conspiración.

—Lo oyes? gritó la loca, á cuyo alrededor se agrupaban los guardias nacionales. Lo oyes? condenada á muerte! por tí, por tí, van á matar á mi hija, entiendes? por tí, austriaca.

—Señores, dijo la reina, en nombre del cielo, si no quereis desembarazarme de esta pobre loca, dejame á lo menos subir, pues no puedo soportar las reconvenciones de esta muger: por injustas que sean me ofenden y atormentan.

Y la reina volvió la cabeza dejando escapar un doloroso suspiro.

—Si, si, llora, hipócrita, llora, gritó la loca; tu ramo la cuesta caro; por otra parte ya debia ella sospechárselo; así es como mueren todos los que te sirven. Tú haces desgraciados á cuantos te rodean, austriaca: han perecido tus amigos, tu marido, tus defensores, en fin, van á matar á mi hija. Cuando te matarán á tí para que nadie muera ya por tu causa?

Y la desgraciada pronunció estas últimas palabras acompañándolas con gesto amenazador.

La reina ocultó su rostro entre sus manos.

—Desgraciada! exclamó Mme. Isabel; olvidas que estás hablando con la reina?

—La reina! ella... la reina! repitió la muger de Tison, cuya demencia se exaltaba por momentos: si es la reina, que prohíba á los verdugos que maten á mi hija... que perdone á mi pobre Sofia... los reyes perdonan... Ea! devuélveme á mi hija y te reconoceré por reina... hasta entonces no eres mas que una muger, y una muger que hace desgraciados á cuantos la rodean; una muger que mata!...

—Ah por piedad, señora, exclamó Maria Antonieta, mirad mi dolor, mirad mis lágrimas...

Y Maria Antonieta intentó pasar, no ya con la esperanza de huir, sino maquinalmente para librarse de aquella espantosa persecucion.

—Oh! no pasarás, gritó la vieja; quereis huir, Mme. Veto... bien lo sé, el hombre de la capa me lo ha dicho; quereis ir en busca de los prisioneros... pero no huirás, continuó agarrándose del vestido de la reina; yo te lo impediré, yo! al farol, Mme. Veto! á las armas, ciudadanos! marcamos... que

una sangre impura... Y desgredada, el rostro encendido y los ojos inyectados en sangre, cayó de espaldas desgarrando el vestido de la reina.

Esta, atónita, pero desembarazada á lo menos de la loca, iba á huir por el lado del jardín, cuando de repente un grito terrible mezclado de ahullidos y acompañado de un rumor extraño vino á sacar de su estupor á los guardias nacionales, que atraídos por aquella escena rodeaban á Maria Antonieta.

A las armas! á las armas! traicion! gritaba un hombre, en quien la reina reconoció al zapatero Simon por la voz.

Al lado de este hombre; que con sable en mano guardaba el umbral de la cantina, chillaba Black con furor.

A las armas toda la guardia, gritó Simon. Estamos vendidos. Haced entrar á la austriaca. A las armas, á las armas!

Presentóse un oficial á quien Simon habló mostrándole con los ojos encendidos el interior de la cantina. El oficial gritó á su vez á las armas!

—Black! Black! dijo la reina dando algunos pasos hácia adelante.

Pero el perro no le contestó y siguió ladrando con furor.

Los guardias nacionales corrieron á las ar-

mas y se precipitaron hácia la cantina, mientras los municipales se apoderaban de la reina, de su hermana y de su hija, y obligaban á las prisioneras á pasar nuevamente la reja, que se cerró detras de ellas.

—Preparad vuestras armas! gritaron los municipales á los centinelas.

Y se oyó el ruido que hacian los fusiles al armarse.

—Allí, allí es, debajo de la trampa, gritaba Simon, estoy seguro de ello. Por otra parte, el perro de la austriaca, un buen perro que no estaba mezclado en la conspiracion, ha ladrado contra los conspiradores, que probablemente están en la cueva. Eh escuchad, todavia ladra.

En efecto, animado Blak por los gritos de Simon, redobló sus ladridos.

El oficial cogió la argolla de la trampa. Dos granaderos de los mas vigorosos, viendo que aquel no podia levantarla, le ayudaron, pero tambien infructuosamente.

—Mirad como sujetan la trampa por dentro, dijo Simon. Fuego, fuego á la trampa. amigos míos, fuego!

—Eh! gritó Mme. Plumeau, vais á romper mis botellas.

—Fuego! repitió, fuego!

—Galla, vocinglero, dijo el oficial, y vosotros traed hachas y romped las tablas.

Entretanto que esté listo un peloton de guardias, y en cuanto se abra la trampa fuego en ella.

Un gemido de las chillas y un sobresalto repentino anunció á los guardias nacionales que acababa de verificarse un movimiento interior. Poco despues se oyó un ruido subterráneo como el que produce una reja de hierro al cerrarse.

—Animo, dijo el oficial á los zapadores que acudieron á su llamamiento.

El hacha rompió las tablas. Veinte cañones de fusil se inclinaron en la direccion del agujero que de segundo en segundo se iba ensanchando.

Pero no se vió á nadie por la abertura.

El oficial encendió una antorcha y la arrojó en la cueva; esta se hallaba vacía.

Levantaron la trampa, que esta vez cedió sin oponer resistencia alguna.

—Seguidme, gritó el oficial precipitándose denodadamente en la escalera.

—Adelante! adelante! gritaron los guardias nacionales, lanzándose detras de su oficial.

—Ah! viuda Plumeau, dijo Simon, tu prestas tu cueva á los aristócratas.

La pared estaba desgastada; multitud de pasos habian pisado el suelo húmedo y un

conducto de tres pies de ancho por cinco de alto, semejante al ramal de una trinchera, se hundia en la direccion de la calle de la Corderia.

El oficial penetró por esta apertura, decidido á perseguir á los aristócratas hasta las entrañas de la tierra; pero apenas hubo andado tres ó cuatro pasos cuando fué detenido por una reja de hierro.

—Alto! dijo á los que le empujaban por detrás, no se puede ir mas adelante, porque hay un impedimento fisico.

—Y bien, dijeron los municipales, que despues de haber encerrado á las prisioneras acudian para saber noticias, qué hay?

—Diablo! dijo el oficial saliendo del subterráneo; qué ha de haber? una conspiracion; los aristócratas querian robar á la reina durante su paseo, y probablemente estaba en connivencia con ellos.

—Quédate aqui, gritó el municipal. Que vayan á buscar al general Santerre y á avisar al Comun.

—Soldados, dijo el oficial, quedaos en esta cueva y matad á cuantos se presenten.

Y despues de haber dado esta orden se retiró el oficial á dar su informe.

—Ah! ah! gritó Simon, frotándose las manos. Ah! ah! ah! dirán todavia que estoy loco? Buen Black, oh! Black es un famoso

perro que ha salvado á la república. Ven aquí, Black, ven Y el pícaro, que habia aparentado acariciar al pobre perro, le dió un puntapie cuando estuvo cerca y lo lanzó á veinte pasos.

=Oh! te quiero mucho, Black, dijo, porque harás que deguellen á tu ama, ven aquí Black, ven.

Pero en lugar de obedecer, esta vez Black se dirigió chillando hácia la torre.





CAPITULO XIV.

El currutaco.

Dos horas habian pasado poco mas ó menos desde los acontecimientos que acabamos de referir.

Lorin se paseaba en la habitacion de Mauricio, mientras Agesilao limpiaba las botas de su amo en la antesala; y para mayor comodidad de la conversacion, la puerta habia quedado abierta y de vez en cuando se paraba Lorin delante de ella para dirigir preguntas al oficioso:

—Dices, ciudadano Agesilao, que tu amo ha salido esta mañana?

—Si.

—A su hora acostumbrada?

—Diez minutos antes ó despues.

—¿Y no le has vuelto á ver desde entonces?

—No, ciudadano.

Lorin volvió á pasearse y dió silenciosamente tres ó cuatro vueltas, al cabo de las cuales volvió á pasearse y preguntó:

—Llevaba su sable?

—Oh! cuando vá á la seccion lo lleva siempre.

—Y estás seguro de que ha ido á la seccion?

—Asi me lo ha dicho á lo menos.

—En ese caso, voy á buscarle, dijo Lorin. Por si nó nos encontramos en el camino, le dirás que he venido y he ido á buscarle.

—Aguardad, dijo Agesilao.

—Qué hay?

=Oigo su paso en la escalera.

=De veras?

—Estoy seguro de ello.

En efecto, casi al mismo tiempo se abrió la puerta de la escalera y entró Mauricio.

Lorin le dirigió una mirada rápida, y no observando en su rostro nada de extraordinario, le dijo:

Hace dos horas que te espero.

—Tanto mejor, dijo Mauricio sonriendo, así habrás tenido tiempo para preparar los disticos y cuartetas.

—Ay! mi querido Mauricio, dijo el improvisador, ya no las hago.

—Disticos y cuartetas?

—No.

—Bah! se va á acabar el mundo?

—Mauricio, amigo mio, estoy triste,

—Tú, triste!

=Soy desgraciado.

=Tú, desgraciado?

—Si, que quieres? tengo remordimientos.

—Remordimientos?

=Oh! si, dijo Lorin; tú ó ella, amigo mio, no habrá término medio, tú ó ella, ya sabes que no he vacilado; pero Artemisa está desesperada; era amiga suya.

=Pobre muchacha!

=Y como ella es la que me ha dado sus señas....

—Hubieras hecho infinitamente mejor en dejar las cosas como estaban.

—Sí, y á estas horas te hallarias condenado en su lugar. Soberbio discurso! y yo que venia á pedirte un consejo porque te suponía mas fuerte.

—No importa, pídemelo.

—Pues bien, quisiera hacer algo para salvar á esa pobre muchacha....

—Estás loco, Lorin? dijo Mauricio encogiéndose de hombros.

—Y si me presentase ante el tribunal revolucionario?

—Es demasiado tarde; ya está condenada.

—En verdad, dijo Lorin, es cosa terrible ver perecer así á esa muchacha.

—Tanto mas terrible, cuanto que yo tengo la culpa de su muerte; pero despues de todo, Lorin, lo que debe consolarnos es que conspiraba.

—Y por ventura no conspira todo el mundo poco ó mucho en los tiempos que corren? La pobre ha hecho lo que todo el mundo.

—No la compadezcas tanto, amigo, y sobre todo no la compadezcas demasiado alto, dijo Mauricio, porque nosotros participamos de su crimen. Créeme, no estamos tan puros de la acusacion de complicidad, que podamos estar tranquilos. Hoy en la seccion

me ha llamado girondino el capitán de cazadores de Saint-Leu, y ahora mismo he tenido que darle un buen sablazo para probarle que se engañaba.

—Y por esa razón vuelves tan tarde?

—Justamente.

—Pero por qué no me has avisado?

—Porque en esta clase de negocios no puedes contenerle: era preciso terminar esto desde luego, á fin de no armar escándalo, y cada uno de nosotros escogió el padrino que encontró mas á mano.

—Y esa canalla te habia llamado girondino, á ti, Mauricio? un patriota tan puro!...

—Sí, eso mismo te probará que si nos sucede otra aventura semejante, nos hacemos impopulares; ya sabes, Lorin, que en los tiempos que alcanzamos el sinónimo de impopular es sospechoso.

—Lo sé, contestó Lorin: y esa palabra hace estremecer á los mas valientes, pero no importa.... me repugna dejar ir á la pobre Sofia á la guillotina sin pedirle perdon...

—En fin, que quieres?

—Quisiera que te quedáras aquí Mauricio, tu que nada tienes que echarle en cara respecto de ella; pero en cuanto á mí, ya conoces que es otra cosa, puesto que nada puedo hacer por ella, me pondré á su paso, y con tal que me tienda la mano....

—Entonces te acompañaré, dijo Mauricio.

—Imposible, amigo mio; reflexiónalo bien; tu eres municipal y secretario de seccion; has sido encausado, mientras que yo solo he sido tu defensor; te supondrian culpable, y por consiguiente debes quedarte; yo nada arriesgo en ir.

Era tan acertado todo lo que decia Lorin, que no admitia réplica; pues una sola seña que Mauricio hiciera á la hija de Tison al marchar al cadalso, bastaba para denunciar su complicidad.

—Vé, pues, le dijo, pero sé prudente.

Lorin se sonrió, apretó la mano á Mauricio y partió.

Mauricio abrió su ventana y le envió un triste adios; pero antes que Lorin hubiese vuelto la esquina de la calle, se habia asomado mas de una vez para mirarle, y mas de una vez, atraido Lorin por una especie de simpatia magnética, se volvió para verle sonriendo.

En fin, cuando desapareció, Mauricio cerró la ventana, se dejó caer en un sillón, y quedó sumergido en una de esas somnolencias que hombres de carácter fuerte y organizacion vigorosa son los presentimientos de las grandes desgracias, porque se asemeja á la calma precursora de la tempestad.

—Mauricio no salió de esta meditacion,

ó mas bien de este letargo, hasta que, al volver el oficioso de un recado, entró con ese aire avisado de los criados que desean comunicar á su amo las noticias que acaban de recoger; empero viendo á Mauricio tan pensativo, no se atrevió á distraerle, y se contentó con pasar varias veces por delante de él hasta que logró llamar su atencion.

—Qué hay? preguntó Mauricio con aire de indiferencia; habla, si tienes algo que decirme.

—Ah! ciudadano, otra famosa conspiracion. Mauricio hizo un movimiento de hombros.

—Una conspiracion que hace herizar los cabellos, continuó Agesilao.

De veras! respondió Mauricio, como hombre acostumbrado á 30 conspiraciones cotidianas en aquella época.

—Sí, ciudadano, replicó Agesilao; es una conspiracion horrible: solo de pensarlo me tiemblan las carnes.

—Pero sepamos qué conspiracion es esa, dijo Mauricio.

—Nada, una friolera, que la austriaca estaba á pique de escaparse.

—Bah! dijo Mauricio, comenzando á prestar una atencion mas verdadera.

—Parece, dijo Agesilao, que la viuda Capeto tenia relaciones secretas con la hija de Tison, que van á guillotinar hoy.

—¿Y cómo tenía la reina relaciones con esa muchacha? preguntó Mauricio, que sentía su frente bañada en sudor.

—Por medio de un clavel. Imaginaos, ciudadano, que han hecho pasar á sus mas el plan de la conspiracion en un clavel.

—¿En un clavel?... ¿Y quién?

—El caballero...de...Aguardad... Es un nombre muy conocido...pero yo olvido siempre esos nombres... El caballero del Castillo... ¡Qué bestia soy! No hay aquí Castillos que valgan... El caballero de la Casa...

—¿De la Casa Roja?

—Eso es.

—¡Imposible!

—¡Como, imposible! Y si os digo que se ha encontrado una trampa, un subterráneo, coches...

—Es que nada de eso me habias dicho todavía.

—Pues bien; voy á deciroslo ahora.

—Dí. Si es un cuento, por lo menos es divertido.

—Nó ciudadano, no es cuento, y la prueba es que lo sé por el ciudadano portero. Los aristócratas han abierto una mina que conducia desde la calle de la Corderia hasta la cueva de la cantina de la ciudadana Plumeau, y aun esta pobre mujer ha estado

á punto, de ser acusada de complicidad. ¿La
conoceis no es verdad?

—Sí, dijo Mauricio, ¿y qué mas?

—Pues bien; la viuda Capeto debia escapar por este subterráneo. Ya tenia el pié sobre el primer escalon pero el ciudadano Simon la atrapa por el vestido. Mas, ¿qué escucho? Están tocando generala, ¿no ois el tambor? Dicen que los prusianos están en Dammartin, y que sus avanzadas han llegado hasta las barreras.

En medio de este flujo de palabras, de verdadero y de falso, de posible y de absurdo, Mauricio pudo casi cojer el hilo conductor. Todo provenia de aquel clavel dado á la reina en su presencia y comprado por él á la desgraciada ramilleteira. Este clavel contenia el plan de una conspiracion que acababa de estallar en los pormenores mas ó menos exactos que referia Agesilao.

En aquel momento se aproximó el ruido del tambor y Mauricio oyó gritar en la calle:

—¡Gran conspiracion descubierta en el Temple por el ciudadano Simon! ¡Gran conspiracion en favor de la viuda Capeto descubierta en el Temple!

—Sí, sí, dijo Mauricio, hay verdad en todo eso; y Lorin, que en medio de esa exal-

tacion popular, se va á dejar hacer pedazos por dar la mano á esa pobre muchacha...

En seguida cogió su sombrero, se ciñó el sable y en dos brincos se halló en la calle.

=¿Dónde estarán? se preguntó á si mismo; indudablemente en el camino de la Consergeria.

Y se dirigió corriendo hácia el muelle.

Al extremo del muelle de la Megiseria atrajeron sus miradas multitud de picas y bayonetas que sobresalian en medio de un gran concurso, en el que creyó distinguir un uniforme de guardia nacional, y en el grupo movimientos hostiles. Corrió lleno de inquietud hácia el corro de gente que obstruía la orilla del agua.

Aquel guardia nacional cercado por la cohorte de marseleses era Lorin, el cual, pálido, con el rostro desencajado y la vista amenazadora, parecia disponerse á hacer uso de su sable, que ya tenia empuñado.

Á dos pasos de Lorin estaba Simon, riéndose con esa manera feroz que le era habitual, y designaba la persona de Lorin á los marseleses y al populacho diciendo: -Mirad mirad á este; es un aristócrata que hice echar ayer del Temple; es ademas uno de los que favorecen las corres-

pondencias en los claveles; es el cómplice de la hija de Tison, que va á pasar por aquí ahora mismo. Y sin embargo, miradle como se pasea tranquilamente, mientras que su cómplice va á marchar al cadalso, y acaso seriamas que su cómplice, acaso sea su querida, y habrá venido aquí para decirle adios ó para intentar salvarla.

Lorin no tuvo paciencia para oir mas, y furioso y fuera de si desenvainó su espada.

Al mismo tiempo abrió paso la multitud á un hombre que se habia lanzado sobre el grupo, derribando á tres ó cuatro espectadores que se preparaban á ser actores.

Este hombre era Mauricio, quien al llegar donde estaba Lorin le echó al cuello su brazo izquierdo.

—Gózate, Simon, dijo Mauricio; sin duda echabas ya de menos mi presencia para ejercer tu oficio de denunciador en grande. Denuncia, Simon, denuncia, ya estoy aquí.

—Pardiez! si, dijo Simon con espantosa sonrisa, llegas á tiempo. Este es, dijo Mauricio Lindey, que ha sido acusado al mismo tiempo que la hija de Tison, y que ha salvado porque es rico.

—Al farol! al farol! gritaron los marseleses.

—Haced la prueba si quereis, dijo Mauricio.

Y dió un paso hácia adelante y picó, como para ensayarse, en medio de la frente á uno de los mas furibundos gritadores, á quien la sangre cegó al punto.

=Al asesino! exclamó este.

Los marseleses bajaron las picas, levantaron los hachas y armaron los fusiles; la multitud se separó asustada, y los dos amigos permanecieron aislados y espuestos á todos los golpes.

Miráronse el uno al otro dirigiéndose la última y sublime sonrisa, porque esperaban ser devorados por aquel torbellino de hierro y de fuego que les amenazaba, cuando de repente se abrió la puerta de la casa que tenían á la espalda, y un enjambre de jóvenes vestidos elegantemente, de esos que se llamaban currutacos, armados todos de un sable y llevando cada uno un par de pistolas en el cinto, se lanzó sobre los marseleses y empenó una refriega terrible.

—Hurra! gritaron á un tiempo Lorin y Mauricio, reanimados por aquel socorro, y sin reflexionar que al pelear en las filas de los recién venidos daban fuerza á las acusaciones de Simon. Hurra!

Pero si ellos no pensaban en su salva-

cion, no faltó quien pensase por ellos, un jóven de 25 á 26 años, al parecer, de ojos azules, principió á dar cuchilladas á diestro y siniestro con una destreza y un ardor indefinibles, armado de un sable de zapador que nadie hubiera creído que pudiera levantar con su mano de mujer; al observar que Mauricio y Lorin, en lugar de huir por la puerta que al parecer se habia abierto con intencion, peleaban á su lado, se volvió diciéndoles en voz baja:

—Huid por esta puerta; lo que venimos á hacer aqui no os importa, y os comprometeis inútilmente.

Y como viese que los dos amigos vacilaban, exclamó de repente, dirigiéndose á Mauricio:

—Atras! no queremos patriotas con nosotros; municipal Lindey, nosotros somos aristócratas.

Al oir este nombre, al ver esta audacia con que un hombre acusaba una cualidad que en aquella época equivalia á una sentencia de muerte, la multitud lanzó un gran grito.

Pero el jóven rubio, y tres ó cuatro amigos suyos, sin asustarse por aquel grito, empujaron á Mauricio y Lorin hácia el zaguán de la casa, cuya puerta cerraron de-

trás de ellos, y en seguida se volvieron á confundir entre la multitud que se habia aumentado al aproximarse la carreta fatal.

Mauricio y Lorin, tan milagrosamente salvados, se miraron llenos de estupor y de sorpresa; pero comprendieron que no podian perder tiempo, y buscaron una salida.

Esta salida parecia proporcionada espresamente; entraron en un pátio, en cuyo fondo vieron una puertecita secreta que daba á la calle de San German el Auxerrois.

En aquel momento desembocó por el puente de Change un destacamento de gendarmes, que despejó en breve el muelle, aunque desde la calle transversal donde se hallaban los dos amigos se oyó por espacio de un instante el ruido de una lucha encarnizada.

Los gendarmes precedian á la carreta que conducia á la guillotina á la pobre Sofia.

=Al galope! gritó una voz; al galope!

La carreta partió al galope. Lorin distinguió á la desgraciada jóven de pié con la sonrisa en los lábios y la vista altiva, pero no pudo hacerle la menor seña, y la infeliz pasó sin verle en medio de un torbellino de pueblo que gritaba:

—Muera la aristócrata, muera!

Y el ruido se alejó disminuyendo pro-

gresivamente en direccion de las Tullerías.

Al mismo tiempo volvió à abrirse la puercecita por donde se habian salvado Mauricio y Lorin, y salieron tres ó cuatro currutacos con su ropa desgarrada y ensangrentada. Esto era probablemente cuanto quedaba de la partida.

El jòven rubio salió el último.

=Ay! dijo, conqué esta causa es maldita!

Y arrojando su sable mellado y lleno de sangre se lanzó hácia la calle de las Lavanderas.





CAPITULO XV.

El Caballero de Casa-Roja

auricio se apresuró á ir á la seccion para presentar su queja contra Simon. Verdad es que Lorin, antes de sepa

rarse de su amigo, habia encontrado un médio mas espeditivo de vengarse del zapatero, y consistia este en reunir algunos Termópilas, esperar á Simon y matarle en un combate en regla; pero Mauricio se habia opuesto formalmente á este proyecto.

—Te pierdes miserablemente, le dijo, si apelas á vias de hecho. Venguémosnos de Simon; pero venguémosnos por medios legales, lo cual debe ser fácil á unos legistas.

En su consecuencia al siguiente dia se presentó Mauricio en la seccion y formuló su queja; pero no fué poca su sorpresa cuando oyó al presidente de la seccion recusarse á si mismo diciendo que no podia tomar partido entre dos buenos ciudadanos uno y otro del amor de su pátria.

—Bueno, dijo Mauricio, ya lo sé lo que se necesita hacer para merecer la fama de buen ciudadano. Ah! ah! reunir al pueblo para asesinar á un hombre que os desagrada; á esto llamais estar animado del amor de la pátria? Entonces, desde hoy daré pruebas de patriotismo, como vos lo entendéis, y lo ensayaré en Simon.

—Ciudadano Mauricio, respondió el presidente, acaso sea Simon menos culpable que tú en ese negocio, pues ha descubier-

to una conspiracion sin que su destino le obligase á ello, al paso que tu, que estabas en el deber de descubrirla, nada has visto; ademas, de intento ó por casualidad, estás en connivencia con los enemigos de la nacion.

—Yo! dijo Mauricio, bah! me gusta la ocurrencia, y con quién, ciudadano presidente.

—Con el ciudadano Casa Roja.

—Yo! dijo Mauricio estupefacto; yo estoy en connivencia con el caballero de la Casa Roja? No le conozco, ni le he visto jamás...

—Te han visto hablar con él.

—Yó?

—Y apretarle la mano.

—Yo?

—Si.

—Dónde? cuando? te equivocas, faltas á la verdad, ciudadano presidente, dijo Mauricio arrebatado por la conviccion de su inocencia.

—Tu celo por la pátria te estravia, ciudadano Mauricio, dijo el presidente, y ahora mismo te arrepentirás de lo que acabas de decir cuando te dé la prueba de que no he dicho mas que la verdad. Aquitienes tres informes diferentes que te acusan.

—Bah! dijo Mauricio, sin duda me suponéis bastante necio para creer en vuestro caballero de la Casa Roja.

—Y por qué no has de creer en él?

—Porque es un espectro de conspirador que os sirve para tener siempre dispuesta una conspiracion y meter en ella á vuestros enemigos.

—Lee las denuncias.

—No leeré nada, dijo Mauricio. Protesto que jamás he visto al caballero de la Casa Roja, y que jamás he hablado con él. El que no quiera creerme bajo mi palabra de honor, que venga á decirmelo: yo sabré lo que he de contestarle.

El presidente se encogió de hombros, y Mauricio, que no queria ser menos que nadie, hizo otro tanto.

Durante el resto de la sesion reinó cierta reserva fatídica y terrible.

Despues de la sesion, el presidente, que era un buen patriota elevado al primer rango del distrito por el sufragio de sus conciudadanos, se aprocsimò á Mauricio y le dijo:

—Ven, Mauricio, tenço que hablarte.

Mauricio siguió al presidente que le condujo á un gabinete contiguo á la sala de sesiones.

Al llegar aquí le miró atentamente, y poniéndole la mano sobre el hombro, le dijo.

—Mauricio, he conocido y apreciado à tu padre, razon por lo que te aprecio y amo à ti tambien. Mauricio, créeme, corres un gran peligro dejándote llevar de esa incredulidad, primera decadencia de un espíritu verdaderamente revolucionario. Mauricio, amigo mio, desde que se pierde la fé, se pierde la fidelidad. No crees en los enemigos de la nacion, y hé aqui por qué pasas por su lado sin verlos, aun eres el instrumento de sus planes sin sospecharlo.

—Qué diablo! ciudadano, dijo Mauricio, yo me conozco demasiado; soy un patriota muy celoso, pero mi patriotismo no me ciega ni me hace fanático, y lo que sé decir es, que van ya veinte conspiraciones supuestas que la república firma con el mismo nombre. Vive Dios! que ya deseo ver á su editor responsable.

—No crees en los conspiradores, Mauricio? dijo el presidente; pues bien, dime, crees en el clavel encarnado por el cual guillotinaron ayer á la hija de Tison.

Mauricio se estremeció.

—Crees en el subterráneo abierto en el jardin del Temple y que comunica desde la

cueva de la ciudadana Plumeau con cierta casa de la calle de la Corderia?

—No, contestó Mauricio.

—Entonces, haz como Tomás el apóstol, ve á ver.

—No estoy de guardia en el Temple, y no me dejarán entrar.

—Todo el mundo puede entrar ya en el Temple.

—Cómo?

—Lee este informe, puesto que eres tan incrédulo; no trato ya de convencerte sino con documentos oficiales.

—Cómo! exclamó Mauricio leyendo el informe, ha llegado hasta tal punto...?

—Continuad.

—Se traslada la reina á la [Consergeria?

—Y qué dices ahora? preguntó el presidente.

—Ah! ah! exclamó Mauricio.

—¿Crees que la junta de salvacion pública haya adoptado una medida tan grave fundándola en un sueño, en una suposicion, como tu dices, en una conseja?

—Se ha adoptado esta medida, pero no se llevará á cabo, como otras muchachas que he visto tomar...

—Lee hasta el fin dijo el presidente presentándole otro papel.

—El recibo de Richard, carcelero de la Conserjería, exclamó Mauricio.

—A las dos se ha notado su nombre en el libro de registros.

Esta vez Mauricio permaneció pensativo.

—Ya sabes, continuó el presidente, que el Comun obra con miras profundas. El se ha abierto un camino ancho y derecho, sus medidas no son niñerías y ha puesto en ejecución aquel principio de Cromwell: *«conviene no herir á los reyes sino en la cabeza.»* Lee esta nota secreta del ministro de la policía.

Mauricio leyó:

«En vista de que tenemos la certidumbre de que el caballero de la Casa Roja se halla en París; que se le ha visto en diferentes sitios, que ha dejado huellas de un paso en muchas conjuraciones felizmente abortadas, invito á todos los jefes de las secciones á que redoblen su vigilancia...»

—Vamos, ¿qué dices ahora? preguntó el presidente.

—Digo que es preciso creerte, ciudadano presidente, contestó Mauricio, y continuó:

=Señas del caballero de la Casa Roja: cinco pies tres pulgadas, cabellos rubios, ojos azules, nariz recta, barba redonda, voz dulce, manos de mu^jer..

«Treinta y cinco ò treinta y seis años.

Cuando Mauricio acabó de leer estas señas, una estraña sospecha se apoderó de su espíritu; pensó en aquel jóven que mandaba la cuadrilla de curutacos que el día anterior habia salvado á Lorin y á él, y que con tanto denuedo descargaba golpes sobre los marseleses con su sable de zapador.

—Pardiez! murmuró Mauricio, sera él? en ese caso no seria falsa la denuncia que dice me han visto hablar con él, solo que no recuerdo haberle apretado la mano.

—Y bien, Mauricio, preguntó el presidente, qué dices ahora de esto?

—Digo que os creo, respondió Mauricio, meditando con tristeza porque hacia ya algun tiempo que sin saber qué mala influencia entristecia su vida, veia oscurecerse todas las cosas á su alrededor.

—No espongas asi tu popularidad, Mauricio, continuó diciendo el presidente; porque la popularidad es hoy la vida. La impopularidad, no olvides esto, es la sospecha de traicion, y nadie puede sospechar que sea un traidor el ciudadano Mauricio Lindey.

Mauricio no tenia nada que contestar á una doctrina que conocia ser la suya. Dió gracias á su antiguo amigo y dejó la seccion.

—¡Ay! murmuró, respiremos un poco: estas son ya demasiadas sospechas y luchas: busquemos el reposo en la inocencia y en la alegría vamos á ver á Genoveva.

Y Mauricio tomó el camino de la antigua calle de San Jacobo.

Cuando llegó á casa del fabricante de curtidos, Dixmer y Morand sostenian á Genoveva, víctima de un violento ataque de nervios: así es que en lugar de dejarle la entrada libre como de costumbre, un criado le impidió el paso.

—Anúnciame sin embargo, dijo Mauricio inquieto, y si Dixmer no puede recibirme, me retiraré.

El criado entró en el pabellon, mientras que Mauricio espera en el jardin, creyendo no sin fundamento que algo de extraordinario ocurría en la casa; pues los obreros de la tenería no estaban trabajando y atravesaban el jardin con aire inquieto.

Dixmer vino hasta la misma puerta del jardin donde estaba Mauricio y le dijo:

—Entrad, amigo mio, para vos nunca está cerrada la puerta de esta casa.

—¿Pero qué hay? preguntó el joven municipal.

—Genoveva se ha puesto mala, dijo Dixmer, mas que mala, pues está delirando.

—¡Oh Dios mio! exclamó el joven conmo-

vldo al hallar tambien en aquella casa el oidor y la turbacion; ¿qué tiene?

= Ya sabeis, amigo mio, replicó Dixmer, que nadie sabe una palabra de las enfermedades de las mujeres, sobre todo el marido.

Genoveva estaba recostada en un sillón, y à su lado se veia á Morand dándole à oler un pomito de esencia.

=Qué tal sigue? preguntó Dixmer.

—Sigue lo mismo, contestó Morand.

—Sofia! Sofia! murmuró la jòven al través de sus lábios blancos y de sus dientes apretados.

—Sofia! repitió Mauricio con asombro.

—Oh! Dios mio, si, contestó vivamente Dixmer; Genoveva tuvo la desgracia de salir ayer y ver pasar aquella malhadada carreta con una pobre muchacha llamada Sofia que conducian à la guillotina. Desde entonces ha sufrido cinco ó seis ataques de nervios, y no hace mas que repetir este nombre.

—Lo que sobre todo la ha afectado, dijo Morand, es haber reconocido en esa muchacha la ramilletera que la vendió los clavos que sabeis.

—Ciertamente que lo sé, puesto que en poco ha estado que no me costáran la vida.

—Si, hemos sabido todo eso, querido Mauricio, y creed que nos ha consternado y alarmado sobremanera; pero Morand asistió à la sesion y os vió salir en libertad.

—Silencio, dijo Mauricio, pues creo que vuelve à hablar.

—Oh! palabras entrecortadas, ininteligiblos replicó Dixmer.

—Mauricio, murmuró Genoveva: van à matar à Mauricio. A él, caballero, à él!

Un silencio profundo sucedió à estas pocas palabras.

—Casa Roja, volvió à decir Genoveva, Casa Roja!

Un relámpago de sospecha cruzó por la imaginacion de Mauricio, pero no fué mas que un relámpago, por otra parte, estaba demasiado conmovido con el dolor de Genoveva para comentar sus palabras.

—Habeis llamado à un médico? preguntó.

—Oh! esto no será nada, contestó Dixmer: un poco de delirio y nada mas.

Y estrechó tan violentamente el brazo de su muger, que Genoveva volvió en si, y lanzando un ligero grito, abrió sus ojos, que hasta entonces habia tenido constantemente cerrados.

—Oh! estais aqui todos, y Mauricio con vosotros. Oh! quanto me alegro de veros,

amigo mío! si supiérais lo que he....

Pero reponiéndose un poco, añadió.

—Lo que hemos sufrido de dos dias á esta parte.

—Si, dijo Mauricio, aqui estamos todos; tranquilizaos y desechad todo temor: pero os suplico que no volvais á pronunciar un nombre que en estos momentos no está en olor de santidad.

—Y cuál? preguntó vivamente Genoveva.

—El del caballero de la Casa Roja.

—He nombrado yo al caballero de la Casa Roja? dijo Genoveva espantada.

—Si, lo has nombrado, respondió Dixmer con una risa forzada, pero como comprendéis muy bien, Mauricio, esto no tiene nada de particular, puesto que se dice públicamente que era cómplice de la hija de Tison, y que él es quien ha dirigido la tentativa de rapto, que por fortuna se frustró ayer.

—No digo que tenga nada de particular, respondió Mauricio, digo solamente que le importa mucho ocultarse bien.

—Quién? preguntó Dixmer.

—Quién ha de ser? el caballero de la Casa Roja; el Comun le anda buscando, y sus sabuesos tienen la nariz muy fina.

—Con tal que le cojan, dijo Morand, an-

tes que lleve á cabo alguna otra empresa que le salga mejor que la última...!

—Pero en ese caso, dijo Mauricio, no será ya en favor de la reina.

—Y por qué? preguntó Morand.

—Porque la reina está ya al abrigo de sus golpes de mano.

—Y dónde está? preguntó Dixmer.

—En la Consergeria, respondió Mauricio, y donde la han trasladado esta noche pasada.

Dixmer, Morand y Genoveva lanzaron un grito que Mauricio tomó por una exclamación de sorpresa.

—De ese modo, continuó, ya veis que se ha llevado el diablo todos los planes del caballero de la reina. La Consergeria es mas segura que el Temple.

Morand y Dixmer se dirigieron una mirada que por fortuna no observó Mauricio.

—Oh! Dios mio, exclamó, ya vuelve á ponerse pálida Mme. Dixmer.

—Genoveva, dijo Dixmer á su muger, es menester que te metas en la cama, hija mia; estás enferma.

Mauricio comprendió que lo despedían, besó la mano á Genoveva, y se retiró acompañándole Morand hasta la antigua calle de

San Jacobo, donde se separó de él para ir á decir algunas palabras á un criado que tenia de la brida á un caballo ensillado.

Estaba tan pensativo Mauricio, que no preguntó siquiera á Morand, á quien por otra parte no habia dirigido una palabra desde que salieron juntos de la casa, quién era aquel hombre, y qué hacia allí aquel caballo: se metió por la calle de los Fosos de San Victor, y salió á los muelles.

=Es extraño lo que me sucede, decia para sí mientras andaba; no sé si es la debilidad de mi cabeza, ó si efectivamente se hacen cada vez mas graves los acontecimientos: el resultado es que veo todas las cosas abultadas como si las viera con un microscópio.

Y deseoso de gozar alguna calma, presentó su frente á la brisa de la tarde y se apoyó en el pretil del puente.

FIN DEL TOMO II.

NOVELAS QUE SE ENCUENTRAN
EN ESTA IMPRENTA.

=====

El Conde de Monte-Cristo, por Dumas
10 tomos con láminas.

Martin el Espósito, por Eugenio Sué:
La sociedad del Puñal, por Velazquez,
un tomo en octavo mayor.

La Joven Regente, por Masson y To-
más, dos tomos.

Teresa Dunnoyer, por Eugenio Sué un
tomo en octavo mayor.

Zanoni, por Mr. Eduardo Litton Bulwer,
cuatro tomos.

Los últimos dias de un pueblo ó Ni-
colás de Lápi, por Máximo D' Azzeglio,
tres tomos.

El Hijo del Diablo, por Paul Féval.



